

Javier Roberto González

**EL NOMBRE DE LA PATAGONIA:
HISTORIA Y FICCIÓN**

Javier Roberto González

EL NOMBRE DE LA PATAGONIA:
HISTORIA Y FICCIÓN



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

Anejo del número 32 de Anales de Literatura Chilena, Diciembre 2019

© Javier Roberto González

© Facultad de Letras. Pontificia Universidad Católica de Chile

ISSN 0717-6058

Impreso en Gráfica LOM

PREFACIO A LA PRESENTE EDICIÓN

El presente volumen reedita, a veinte años de su edición original, mi breve libro *Patagonia-patagones: orígenes novelescos del nombre*, publicado por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia del Chubut (Rawson, Argentina) en 1999. Agradezco vivamente al Profesor Pedro Lastra, Director de los *Anales de Literatura Chilena*, y al Doctor Patricio Lizama, Decano de la Facultad de Letras de la Universidad Católica de Chile, por su iniciativa e invitación para reeditar este texto como volumen anejo de los *Anales*. Su grata propuesta me brinda la oportunidad de retomar una investigación y un tema de estudio que durante largos años habían seguido, naturalmente, interesándome y ocupándome, pero que a causa de otras urgencias tanto intelectuales como profesionales no había tenido ni el tiempo ni la ocasión de volver a abordar en forma sistemática, más allá de unos pocos y breves trabajos que no hacían otra cosa sino sintetizar lo ya analizado y defendido en el libro de 1999, o bien ahondar en aspectos parciales y muy específicos que en lo esencial ya habían quedado expuestos en aquel.

El presente *El nombre de la Patagonia: historia y ficción* reedita sin cambios –salvo muy pequeños y ocasionales, casi imperceptibles ajustes de sintaxis o de estilo– el texto de *Patagonia-patagones: orígenes novelescos del nombre* tal como apareció publicado por primera vez en 1999. Naturalmente, y dados los años transcurridos desde entonces, se volvía inexcusable una puesta al día de la cuestión tratada; la ofrezco en una *Addenda* en la que consigno, comento y analizo críticamente las principales novedades bibliográficas que desde 1999 se han ocupado de la etimología del topónimo *Patagonia* o del gentilicio/etnónimo *patagones*. Algunos de esos aportes no han tomado en cuenta la propuesta de 1999 que aquí se reedita; otros sí lo han hecho, ya para aceptarla, ya para rechazarla, ya para admitirla con algunas reservas; a modo de –confío– fecundo diálogo con todos ellos, me permito en la mencionada *Addenda* responder tanto a sus silencios como a sus adhesiones, interpretaciones y rechazos, con la esperanza de que del intercambio pueda surgir al cabo la mejor y más satisfactoria solución.

No deja de entrañar para el autor un adicional motivo de alegría el que esta reedición del que fue su primer libro, aparecido entonces en una provincia sureña argentina, se concrete ahora en Chile. Argentinos y chilenos compartimos una secular y continua presencia en las tierras y las aguas más meridionales de América del Sur, y a ambos nos concierne por igual, en nuestras respectivas historias nacionales, aquel memorable viaje de Magallanes en cuyo transcurso se produjeron no solo el bautismo

de la Patagonia, que el presente libro analiza, sino también el descubrimiento del Estrecho que lleva hoy el nombre del navegante, acontecimiento del cual se celebrará en el ya inminente 2020 el quinto centenario. Que estas palabras y las que siguen, pensadas, escritas y publicadas por primera vez junto a las aguas del Atlántico, aparezcan ahora reeditadas junto a las del Pacífico, quiere ser también, a su modo, un gesto de conmemoración y celebración de aquel hallazgo del tan anhelado pasaje austral que vincula ambos océanos y que hermana, casi trenzándolos en una misma y única raíz de nieve, viento y mar, a los dos pueblos.

Javier Roberto González

Universidad Católica Argentina-CONICET

Facultad de Filosofía y Letras-Centro de Estudios de Literatura Comparada

javier_gonzalez@uca.edu.ar

Academia Argentina de Letras

Buenos Aires-Argentina

noviembre de 2019

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Acaso muchos de quienes lean estas líneas recordarán aquellas lejanas y sin duda añoradas jornadas escolares en que sus maestras y profesores les explicaban, apoyándose de buena fe en abundante pero errada bibliografía, que el ocurrente Magallanes había bautizado *patagones* a los aborígenes del extremo sur de la Argentina debido al enorme tamaño de sus pies. Esta especie, ampliamente difundida en textos históricos y escolares, fue discutida por una serie de americanistas que se esforzaron por hallar una etimología indígena para las palabras *Patagonia-patagones*, recayendo así, según se verá a su tiempo, en un yerro tan notorio como aquel otro que refutaban. En 1952, la erudita hispanista María Rosa Lida realizó un aporte decisivo para el esclarecimiento de la cuestión, demostrando que el nombre *patagón* proviene de una popular novela castellana de principios del siglo XVI. Pese a lo satisfactorio de su explicación y lo sólido de su tesis, la etimología propuesta por Lida despertó reacciones encontradas en el mundo académico, y junto a las adhesiones más abiertas ocurrieron otras matizadas con algunos reparos, y hubo también quien rechazó con furia la incómoda novedad. La cosa no pasaría de ser una más entre las numerosas *quaestiones disputatae* en que suele entretenerse el mundillo universitario, si no fuera que el capital hallazgo de Lida casi no ha hecho mella en la bibliografía escolar y de difusión histórica, que en su mayoría continuó repitiendo, obcecadamente, la disparatada explicación de los grandes pies o las grandes huellas.

En vista de esta situación, dos son los cometidos que me he impuesto en el presente opúsculo. En primer término, aspiro a contribuir a la debida difusión de la tesis de María Rosa Lida, a mi entender definitiva, para lo cual no solamente he de exponerla y defenderla, sino también historiar críticamente los principales errores previos que los trabajos de Lida vienen a desterrar –la etimología popular de los pies grandes, las interpretaciones indigenistas–, y reseñar asimismo las divergentes reacciones que su descubrimiento ha provocado en diversos estudiosos del tema. A este primer propósito, que responde ante todo a un fin de divulgación, va dedicada la parte inicial del estudio.

En la segunda parte el trabajo adquiere pretensiones de mayor originalidad, y su objetivo pasa de la divulgación a la indagación. La tesis de Lida, aunque verdadera en sus conclusiones, se resiente de algunas fallas, a las que probablemente deban achacarse las pocas, aunque particularmente violentas, reacciones adversas que suscitó; esas fallas tienen que ver ante todo con el hecho de que la investigadora no tuvo acceso al texto

original del *Primaleón*, la novela de donde procede el nombre de los patagones. Al no haber podido tomar contacto directo con la fuente, necesariamente su argumentación aparece por momentos incompleta, endeble o parcialmente errada. El propósito de la segunda parte del opúsculo será por lo tanto enmendar y reformular, siempre para reivindicarla y fortalecerla, la tesis de María Rosa Lida, mediante la transcripción y el análisis minucioso y sistemático de los episodios del *Primaleón* que han servido de fuente a Magallanes a la hora de bautizar a los aborígenes de Bahía San Julián. Me sirvo para ello de la edición *princeps* de la obra –la única que pudo conocer el navegante–, impresa en Salamanca en 1512 y cuyo solo ejemplar conservado se guarda en la Cambridge University Library bajo la signatura F.151.b.88.

No puedo ni quiero eludir, concluyendo estas palabras liminares, la confesión de un doble y sincero reconocimiento. Como tantas otras veces, quedo también aquí en deuda de gratitud con Lilia E. Ferrario de Orduna (CONICET, Universidad Nacional de Buenos Aires), quien primeramente me indujo, con sus consejos siempre atinados y generosos y con el modelo de sus propias investigaciones, al estudio del ciclo novelesco del *Palmerín-Primaleón*. Y por supuesto, ofrezco mi renovado agradecimiento y mi afecto inquebrantable a Aquilino Suárez Pallasá (CONICET, Universidad Católica Argentina), mi maestro, a quien espero dedicar algún día, si Dios me da tiempo y ciencia, un trabajo no del todo indigno de su enseñanza y ejemplo.

Javier Roberto González
Buenos Aires, 1999

A. DISTINTAS EXPLICACIONES DEL TOPÓNIMO *PATAGONIA*

A.I. ANTONIO PIGAFETTA

Nuestro recorrido debe comenzar necesariamente por el caballero Antonio Pigafetta, natural de Vicenza y perteneciente a una hidalga familia de origen toscano, que acompañó en calidad de cronista a la expedición de Fernando de Magallanes en su periplo alrededor del globo, entre 1519 y 1522. La historia de su diario de viaje es azarosa, pues el texto que hoy leemos no es más que una reconstrucción posterior y resumida del original que Pigafetta había ido escribiendo seguramente día por día durante la expedición, pero que tras ser entregado personalmente por el autor, a su regreso a España, al emperador Carlos V, desapareció por completo sin rastro alguno (Zweig, *Magallanes*, 215); ya en su Italia natal, Pigafetta compuso el resumen que hoy conocemos a pedido del papa Clemente VII. En todo caso, y pese a no tratarse, en rigor, de un “diario”, sino de una narración posterior que solo formalmente responde al modelo del diario, el texto de Pigafetta es el único documento que nos informa acerca de la imposición del nombre *patagones* a los indígenas australes.

El objeto de la expedición magallánica, recordemos, era encontrar el tan ansiado paso hacia el Pacífico y las islas de la especiería, en las Indias Orientales; Magallanes contaba con algunos indicios cartográficos que le hacían suponer que el estrecho que finalmente descubrió y que hoy lleva su nombre se encontraba bastante más al norte, quizás a la altura del Río de la Plata, pero a medida que el recorrido hacia el sur por la actual costa argentina continuaba, los días pasaban y se acercaba la época invernal, la tripulación comenzó a desesperar del hallazgo del tan ansiado paso y a insinuar rebelión. Ante la inminencia del invierno y para evitar descontentos mayores, el capitán decide anclar en el puerto natural de Bahía San Julián, en la actual provincia de Santa Cruz; allí, hacia julio de 1520, un hombre de figura gigantesca se presenta ante los expedicionarios, y enseguida otros más como este se acercan y traban contacto con los forasteros. Pigafetta refiere estos encuentros, las características más notorias de los aborígenes y algunas anécdotas protagonizadas por ellos y sus compañeros de expedición, de todo lo cual ya diremos nosotros más adelante, pero solo después de un tiempo y de unos cuantos párrafos nos informa que “nuestro capitán llamó a este

pueblo *patagones*” (Pigafetta, *Primer viaje*, 62)¹. Resulta obvio destacar que a partir de esta denominación de sus pobladores autóctonos, acerca de cuya verdadera etimología discurriremos ampliamente a lo largo de nuestro estudio, se derivó posteriormente el nombre de la región, *Patagonia*. Sin embargo, generalmente ha venido sosteniéndose que este topónimo es bastante más tardío; incluso la eminente María Rosa Lida, tan acertada en tantas otras cosas, se equivoca al sostener:

Durante varios siglos el nombre de la región fue “Tierra de los Gigantes” o “Tierra de los Patagones” hasta que en el siglo XVIII se agrega el sufijo de lugar *-ia* y queda creado el topónimo *Patagonia* (Lida de Malkiel, “Fantasía y realidad”, 220).

Pero no es necesario esperar hasta el siglo XVIII, pues en un esbozo cartográfico trazado por la mano del mismísimo Pigafetta, y que reproducimos nosotros aquí (*vid.* figura), claramente se lee, en italiano, la leyenda *Regione Patagonia*. No podemos fechar con certeza este mapa², pero resulta evidente que fue trazado ya durante el viaje, ya en los años inmediatamente siguientes, y que por lo tanto la datación de nuestro topónimo debe adelantarse en unos dos siglos y medio respecto de la idea más divulgada. Lo que sucede –y dicho sea esto sin ánimo de exculpar el error– es que aunque existente ya desde el siglo XVI, según acabamos de ver, el nombre *Patagonia* se hace frecuente en los mapas como reemplazo de los hasta entonces habituales “Tierras y Provincias del Estrecho de Magallanes”, “Costa Patagónica”, “Costa de los Patagones”, “Tierra de los Gigantes” o “Tierra de los Patagones”, solo hacia fines del siglo XVIII, de donde nació sin duda la equivocada datación de su nacimiento.

Tenemos por lo tanto ya impuestos nuestros dos nombres, *patagones* y *Patagonia*, y atestiguados ambos desde la década de 1520 por mano y pluma del cronista Antonio Pigafetta; que el segundo nombre se deriva del primero es una evidencia; dilucidar los orígenes y la razón del primero es el tema que nos ocupará de aquí en más.

¹ Citamos por la versión castellana de Federico Ruiz Morcuende, basada en la italiana de Carlo Amoretti; en esta, la frase transcrita reza: “Il Capitano generale diede a quel popolo il nome de *Patagoni*” (Pigafetta, *Primo viaggio*, 32).

² Se trata de un mapa en extremo curioso, pues el sur y el norte aparecen invertidos; el Estrecho de Magallanes, rotulado por Pigafetta *Streto Patagonico*, se dibuja en efecto en la parte superior, y en la inferior aparece el *Fiume de Johan de Solis*, es decir el Río de la Plata. La carta es reproducida por Amoretti en su ya citada edición del diario, y también por Deodat (“Alrededor”, 48), y por Navarro Lamarca (*Compendio*, I, 509).

A.II. LA ILUSIÓN DE LOS PIES GRANDES

“Nuestro capitán llamó a este pueblo *patagones*”; es todo lo que nos dice Pigafetta, quien se limita así a informar sobre el nombre, pero no sobre su motivo o razón. Pero es natural tendencia humana el buscar la causa de las cosas, y cuando esa tendencia no llega a canalizarse por los medios propios de la indagación científica, sino discurre por las vías de la imaginación o el pálpito, los resultados rara vez aciertan. Tal sucede con nuestra palabra, que a los pocos años de su nacimiento, huérfano de causa expresa, ostenta ya una explicación tentativa, cuando el historiador López de Gómara, refiriéndose a la altura de los patagones, escribe que “dicen que los hay de trece palmos, estatura grandísima, y que tienen disformes pies, por lo cual los llaman patagones” (López de Gómara, *Historia General*, 214). Muy poco tiempo después, esta misma motivación aparece sancionada por la pluma del “Plinio americano”, Gonzalo Fernández de Oviedo: “[...] este nombre patagon fue a disparate puesto a esta gente



por los chripstianos, porque tienen grandes pies; pero no desproporçionados, segund la altura de sus personas, aunque muy grandes más que los nuestros [...]” (Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural*, IV, 207).

López de Gómara y Fernández de Oviedo formulan así, los primeros, la tan difundida interpretación de la palabra *patagón* como aumentativo sinónimo de ‘patón’, ‘de pies grandes’. Se trata a todas luces de lo que llamamos en lingüística una *etimología popular*, definida por Menéndez Pidal como “un cruce de palabras procedente de un error de interpretación respecto de una de ellas; el que habla cree equivocadamente que entre ellas hay una conexión etimológica” (*Manual*, 191). En nuestro caso, el cruce que se opera entre *patagón* y *pata*, creídas emparentadas debido a su mera similitud

fonética y formal, intenta explicar el sentido de la primera por el de la segunda, interpretando la terminación *-ón* como un aumentativo de *pata*.

La etimología popular consagrada por los dos historiadores indios será recogida y divulgada por la totalidad de los expedicionarios y cronistas posteriores, y de ellos pasará inalterada a los manuales de historia, a los diccionarios y a las enciclopedias. El primer diccionario oficial de nuestra lengua, el de Autoridades de 1726-1739, sanciona la errada explicación: “PATAGÓN. s.m. Lo mismo que Patón [...]. Son tan altos, que los Españoles en su presencia parecen pigmeos, y llamáronlos *patagones*, por sus grandes pies” (Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, III, 161a). No podemos nosotros detenernos en una revista exhaustiva de la difusión del error, pero espigaremos algunos pocos casos que juzgamos de interés, como por ejemplo el del capellán de la expedición de Sir Francis Drake de 1587, Francis Fletcher, quien sin apartarse de la equivocada motivación del gran tamaño físico de los aborígenes —ya de sus pies, ya de su estatura—, aporta la curiosa extravagancia de hacer derivar el nombre *patagones* del griego **pentagones*, que traduce como “five cubits”, ‘cinco cúbitos’, la altura supuestamente promedio de los indígenas, equivalente a “seven foote and halfe”, ‘siete pies y medio’ (Fletcher, *The World Encompassed*, 60-61). Ante semejante disparate, uno no sabe si aducir que ni Magallanes ni Pigafetta ni seguramente ninguno de los miembros de la tripulación conocían la lengua griega, o si recordar que en esta no solo no existe la palabra **pentagones*, sino que tampoco es posible formarla, con el significado pretendido por Fletcher, sobre la base de *penta* ‘cinco’ y *gonos*, *gonou* (*ho*), ya que este último sustantivo no significa ‘cúbito’ sino ‘ángulo, rincón, escuadra, cartabón’ (Sebastián Yarza, *Diccionario*, 309b). En todo caso, quede la etimología de Fletcher como una cómica rareza, y dígase en descargo de su estirpe que un compatriota del imaginativo capellán, el viajero británico George Chaworth Musters, retoma tres siglos después la igualmente errada pero al menos no tan inverosímil etimología habitual: “Dieciochos naturales llegaron después, cubiertos con mantas de pieles, y calzados con zapatos de cuero de guanaco, que hacían enormes huellas, por lo que los españoles los llamaron ‘patagones’ [...]” (Musters, *Vida entre los patagones*, 9).

Historiadores y antropólogos de los siglos XVIII, XIX y XX repiten idéntica relación entre *patagón* y *pata*; así Hans Steffen, Jean Denucé, Víctor de Rochas, Lucy Fossarieu, Francisco P. Moreno (Deodat, “Alrededor”, 16-17); Pablo Pastells recoge también la etimología popular, pero añade otro posible origen indígena para la palabra, según veremos más adelante (*El descubrimiento*, I, 67). Sobre la base de tan amplia consagración del error, las obras de difusión o de carácter general no dudan en recurrir a la autoridad de los arriba mencionados, contribuyendo así a la asimilación de la etimología popular por parte de un público lector más vasto. La Enciclopedia Espasa Calpe, en su edición de 1920, la menciona, pero tiene el cuidado de relativizarla, al

igual que relativiza otras etimologías indigenistas³; menos cuidadosa es la Enciclopedia Británica en su edición de 1911, que se limita a recogerla sin mayores comentarios⁴; lo mismo hace el Diccionario Enciclopédico Salvat de 1986⁵.

En cuanto a los textos de Historia Argentina, también ellos se adscriben, casi sin excepción, a la versión vulgata y errónea que venimos comentando, y resultaría ocioso abundar en citas; bástenos empero, por una simple cuestión de resonancias personales que el lector sabrá comprender, aducir lo dicho por dos manuales por los que solíamos preparar, en nuestros tiempos de estudiante secundario, las clases de historia nacional. “Pigafetta y los compañeros de Magallanes los llamaron *patagones* por su gran talla”, sostiene José María Rosa (*Historia Argentina*, I, 25), y Jorge Caldas Villar recae tres veces en el consabido lugar común: “Precisamente de este calzado [de cuero de guanaco] deriva la denominación de estos indígenas, porque sus pies cubiertos con el material y en la forma descritos dejaban enormes pisadas que impresionaron vivamente a los expedicionarios comandados por Magallanes” (*Nueva Historia Argentina*, I, 75); “apodando [Magallanes] –ya lo hemos dicho en su lugar– a los aborígenes del lugar, debido a sus dimensiones, como *patagones*” (I, 120); “La Patagonia había sido descubierta –según ya vimos– por Hernando de Magallanes, quien así bautizó a la región, debido a las condiciones físicas de los habitante indígenas, en lo referente al tamaño de sus pies” (I, 291).

Como fácilmente se deduce a partir de las citas transcritas hasta aquí, existe en la etimología popular una motivación confusamente basada, según los casos, en el tamaño de los pies, de las huellas, o inclusive de la estatura total de los aborígenes; esta última relación entre el nombre y el tamaño gigantesco de los naturales parece haber sido percibida desde el principio casi como un vínculo sinonímico, ya que Fernández

³ “El nombre de PATAGONIA procede, según algunos, de sus primeros descubridores europeos que llamaron patagones a sus habitantes por el tamaño de sus pies; pero tanto esta etimología como la que lo hace provenir de las palabras quechuas *pata* y *cuna* [...] distan mucho de ser satisfactorias” (*Enciclopedia Universal Ilustrada*, XLII, 690b, art. “Patagonia”).

⁴ “These people, from whom the name of Tierra de Patagones was given by Magellan on observing their large footprints, are remarkable for their great stature, having an average height of 6 ft. to 6 ft. 4 in” (*The Encyclopaedia Britannica*, XX, 901b, art. “Patagonia”). Ya veremos en su sitio que *The New Encyclopaedia Britannica*, en su edición de Chicago de 1981, repara este error mediante la introducción de otro.

⁵ “PATAGÓN, NA [...]. Díc. de los antiguos habitantes de Tierra del Fuego, calificativo que les dio Magallanes, primer europeo que entró en contacto con ellos, porque le pareció que tenían los pies de tamaño desmesurado, lo que se debía a que los llevaban cubiertos de pieles de guanaco, a modo de calzado” (*Diccionario Enciclopédico Salvat*, XXI, 2902). Pasemos por alto el hecho de que los habitantes que bautizó Magallanes con el nombre en cuestión no eran los de Tierra del Fuego, sino los de Bahía San Julián, en la costa santacruceña.

de Oviedo, pese a recoger la explicación de los pies grandes, advierte que estos no resultan tan grandes en relación con la enorme altura de esos hombres (*Historia General y Natural*, IV, 207), altura valuada por él en “doçe o treçe palmos” (IV, 150, 201), y equivalente a casi el doble de lo que mide un europeo puesto a su lado⁶; por lo demás, Fernández de Oviedo se refiere varias veces a los aborígenes utilizando el sintagma *patagones o gigantes*, con lo cual sienta una virtual sinonimia entre ambos términos y refuerza en consecuencia la idea de que el sentido del nombre se sigue del tamaño (IV, 171, 216, 218).

Pues bien, para refutar acabadamente esta tan arraigada idea, de base etimológica popular y errada, acerca de la interpretación del nombre *patagones* como ‘de grandes pies o de grandes huellas’, basta con esgrimir tres argumentos. El primero de ellos es de naturaleza textual o de autoridad, y consiste en un sencillo y rápido recurso a la única fuente textual directa del acto por el cual Magallanes impuso su enigmático nombre, esto es, el diario de Pigafetta; nosotros ya hemos citado la breve frase que da cuenta del bautismo, y claramente habrá advertido el lector que el cronista se limita a reseñar el hecho, sin hacer ninguna referencia a la posible motivación. Por otra parte, Pigafetta hace constantes menciones de la gran altura de los aborígenes –también él, como Fernández de Oviedo, los llama repetidamente *gigantes* (*Primer viaje*, 56, 59-61, 69)–, pero en ningún momento destaca o enfatiza el tamaño de sus pies, ni dice nada acerca de huellas o de calzados desproporcionados. En caso de haberse derivado el nombre *patagones* de los pies o de las huellas, estos debieron haber sido percibidos por los expedicionarios como elementos llamativos y sobresalientes en relación con el resto de las características de los aborígenes, y de ser así no se comprende muy bien que el cronista no los haya destacado expresamente en su diario, mediante una mención directa.

El segundo argumento es de tipo lingüístico. El nombre *patagón* fue impuesto por un portugués al servicio de España, Magallanes, y recogido por un cronista italiano de la región Vénetica, Pigafetta; cuatro son, por lo tanto, las lenguas potencialmente involucradas en el proceso: el portugués, el castellano, el italiano y el veneciano; lo cierto es que en ninguna de las cuatro admite la gramática la formación de un aumentativo

⁶ “Decía este padre don Johan que él ni alguno de los chripstianos (que allí se hallaron) no llegaban con las cabeças a sus miembros vergonçosos en altor con una mano, quando se abraçaron; y este padre no era pequeño hombre, sino de buena estatura de cuerpo” (Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural*, IV, 202). “Lo que pudieron entender fue que les paresció a estos españoles que aquel gigante mançebo reprehía a los otros, y tomó al clérigo don Johan por la mano y lo alçó en pie: el qual, aunque paresçía de diez y ocho o veynte años, y el don Johan de veynte y ocho o más, y era de buena y mediana estatura y no pequeño, no llegaba a sus miembros vergonçosos en altor” (IV, 209).

mediante la adición de un sufijo *-agón a un sustantivo de base *pata* / *pat-*. Aceptada la posibilidad de que los pies grandes hayan sido efectivamente un dato de interés especial para esos europeos, y que su intención haya sido destacar el rasgo mediante la formación de un aumentativo, ese aumentativo no puede ser otro que *patón*, mas nunca *patagón*, pues este no podría jamás formarse a partir de *pata*, sino a partir de una inexistente **pataga* (Cfr. Alvar-Pottier, *Morfología Histórica*, 374-378; García de Diego, *Gramática Histórica*, 263-264; Imbelloni, *La segunda esfinge indiana*, 347-348; Lida de Malkiel, “Fantasía y realidad”, 218; “Para la toponimia”, 94)⁷. Puesto que lo que tenemos es *patagones* y no *patones*, los pies de los aborígenes, viene a decirnos la gramática, poco o nada han tenido que ver en la imposición de su nombre.

Finalmente, queda un argumento de naturaleza bioantropológica, fundado en las observaciones, ya espontáneas, ya antropométricas, de quienes atestiguan que los patagones, pese a ser más bien altos, no son desmesuradamente altos ni en modo alguno gigantescos. Charles Darwin, frente a los trece palmos indicados por Fernández de Oviedo –equivalentes a unos inverosímiles 2,73 m.–, consigna una más normal altura de seis pies –1,83 m.– (Rosenblat, “La primera visión”, 32). Otras mediciones posteriores, realizadas por Marcelo Bórmida y José Imbelloni, confirman este dato, adjudicando a los patagones una estatura, relativamente alta pero siempre normal, que varía entre 1,71 m. y 1,83 m., y una medida de pies de entre 26,2 cm. y 27,7 cm. (Deodat, “Alrededor”, 19; Imbelloni, *La segunda esfinge indiana*, 347-348; cfr. Spezzini, “Costumbres”, 221-222). Como se ve, ni la altura ni el tamaño de los pies exceden las medidas habituales en el tipo humano europeo. Se aduce entonces que lo que llamó la atención de Magallanes no fue tanto el tamaño natural del pie, sino el tamaño artificial de este enfundado en el enorme calzado de cuero de guanaco, y más aun, la gran huella que dicho calzado imprimía en el terreno. Nuevamente debemos entonces recordar que Pigafetta no hace ninguna referencia a estas huellas; sí las menciona otro explorador, posterior en setenta y dos años a Magallanes, Thomas Cavendish, quien en 1592 dice haber medido una huella encontrada en la playa de Puerto Deseado –y no de San Julián, donde ocurrió la experiencia magallánica–, la

⁷ Muy acertadamente advierte Lida que “los aumentativos *monagón* y *rapagón* no son, claro está, casos paralelos” (“Para la toponimia”, 94). A estos ejemplos, de ninguna manera asimilables, en efecto, al caso de *patagón*, añadiríamos nosotros *narigón*, *verrugón* y *perdigón*; todos ellos se forman sobre la base de étimos latinos, ya de tema consonántico velar, ya de tema vocálico precedido de velar, y en todos los casos la velar sorda intervocálica -c- sonoriza en -g- al formarse el aumentativo en romance, pero la -g- pertenece siempre al sustantivo de base y nunca al sufijo aumentativo, que sigue siendo -ón. Así: *monach-us* > *monag-ón*; *rapax/rapac-is* > *rapag-ón*; *naris/*nari-c-is* > *narig-ón*; *verruc-a* > *verrug-ón*; *perdix/perdic-is* > *perdig-ón*.

cual era “cuatro veces más larga que una de las nuestras”⁸, pero en todo caso no podemos transferir a Magallanes y a Pigafetta la experiencia de Cavendish, no mediando datos textuales que nos autoricen en tal sentido. La impresión de altura desmedida o gigantismo producida en los europeos por los patagones debe retenerse, por lo tanto, como dudosa, en vista de los testimonios contradictorios: para Pigafetta y Fernández de Oviedo eran verdaderos gigantes, pero nada dicen de sus pies; Darwin los juzga normales, y también Musters, quien dice que el término medio de su estatura era de cinco pies y diez pulgadas (*Vida entre los patagones*, 189); los antropometristas de los siglos XIX y XX parecen confirmar estos datos moderados, pero Cavendish nos habla de una huella cuatro veces más grande que la suya –no parece posible que un calzado de pieles, por más voluminoso que sea, cuatriplique el tamaño natural de un pie–, y el mismo Musters se toma el trabajo de elaborar una lista de las distintas mediciones realizadas por los viajeros, absolutamente divergentes en sus datos⁹. Como corolario, y en aras del orden y la síntesis, tal vez pueda concluirse que los patagones eran más bien altos, inclusive muy altos, mas nunca gigantes y siempre encuadrados dentro de los parámetros normales¹⁰. Pero fuere cual fuere su altura, parece indudable que sus

⁸ Según la transcripción francesa de Charles De Brosses: “J’affirme que j’ai mesuré sur ce rivage la trace du pied d’un d’entr’eux, laquelle était quatre fois plus longue qu’une des nôtres” (De Brosses, *Histoire des navigations*, I, 232).

⁹ “Testimonios de viajeros sucesivos sobre la estatura de los patagones: Pigafetta (1520) por lo menos son más altos que los hombres más altos de Castilla; Drake (1578) no son más altos que algunos ingleses; Knyvet (1591) tienen de quince a diez y seis palmos de estatura; Van Noort (1598) los naturales son de alta estatura; Schouten (1615) hay esqueletos humanos de diez a once pies de largo; Narborough (1669) Mr. Wood era más alto que cualquiera de ellos; Falkner (1750) un cacique medía siete pies y unas cuantas pulgadas de estatura; Byron (1764) un jefe tenía unos siete pies de altura y pocos eran más bajos; Wallis (1766) medí a algunos de los más altos: uno tenía seis pies siete pulgadas y varios seis pies cinco pulgadas. El término medio era de cinco pies diez pulgadas a seis pies; Viedma (1783) por lo general tienen seis pies de estatura; D’Orbigny (1829) nunca encontré a ninguno que excediera de cinco pies once pulgadas; el término medio de la estatura era de cinco pies cuatro pulgadas; Fitz Roy y Darwin (1833) su estatura, término medio, es más alta que la de cualquier otro pueblo; algunos tienen más de seis pies y pocos tienen menos; Cunninghame (1867/8) es raro que midan menos de cinco pies once pulgadas de estatura y a menudo tienen unas cuantas pulgadas arriba de los seis pies; uno de ellos medía seis pies y diez pulgadas” (Musters, *Vida entre los patagones*, 373).

¹⁰ Así lo estableció Carlos Spegazzini en 1884: “No quiero negar sin embargo, que se nota en general una estatura bastante elevada, y tal vez admito que antiguamente haya sido algo mayor, como aún pude notar en los fueguinos de tierra, pero menos algunos individuos de los tehuelches que vi, todos más o menos eran de nuestra estatura ordinaria [...]” (“Costumbres”, 227).

pies nunca han sido, con calzado o sin él, esas patas monstruosas pergeñadas por la imaginación de Cavendish.

Rechazada entonces, gracias a los auxilios de la autoridad textual, la lingüística y la antropometría, la etimología popular de los pies grandes, el terreno aparece convenientemente despejado para intentar una mejor orientada búsqueda de la verdadera motivación del nombre *patagones*; sin embargo, todavía hemos de asistir a la historia de otro error, de una nueva ilusión que, de la mano del indigenismo lingüístico, viene a reemplazar a la ilusión de los grandes pies.

A.III. LA ILUSIÓN INDIGENISTA

Dado que todas las interpretaciones indigenistas, pese a sus peculiaridades, comparten un mismo error de base y pueden por lo tanto ser refutadas en bloque, serán enunciadas y agrupadas aquí por sus comunes orientaciones, y enseguida desestimadas, primero en su conjunto mediante los mismos argumentos, y seguidamente en particular según lo que cada una requiera.

Corresponde a Vicente Fidel López la primacía; el prestigioso historiador publica en 1869 un artículo en el que intenta explicar directamente el topónimo *Patagonia*, prescindiendo del nombre *patagones*, a partir de la lengua quichua:

Pata significa *colina*, collado; y *cuna* o más bien *gunya*, es la partícula disfija característica de los plurales quichuas: *patagunya* significa *las colinas* o más bien *los campos ondulados*. Cualquiera que conozca los accidentes de aquellos terrenos dirá si están o no admirablemente bien caracterizados por el nombre. ¿Eran o no los quichuas los que lo dieron? (López, “Geografía Histórica”, 618; cfr. Deodat, “Alrededor”, 11; Imbelloni, *La segunda esfinge indiana*, 349).

Sir Clements Markham retoma la etimología de López, pero la corrige levemente, señalando que *pata* debe entenderse como ‘grada, escalón’, y que el topónimo *Patagonia* debe entonces traducirse por ‘tierra en forma de mesetas’ (*apud* Imbelloni, *La segunda esfinge indiana*, 349). En 1939, una nueva interpretación quichuista, más elaborada y fragmentarista, y por ello mismo –diríamos, adelantándonos a la refutación– más antojadiza e inverosímil, es enunciada por Julio Stormi en los siguientes términos:

La voz [*Patagonia*] es indudablemente Kechua, consecuencia de esa invasión del Inca para apropiarse o extender su cultura y su comercio hasta la región austral [...]. Interpretación: *Pata* = Poyo, o sea lugar elevado; Ribera, o sea orilla del mar (abarca estos conceptos el vocablo). *Ko* = Agua. *N* = Partícula usada, indica el lugar en donde se hace o suceden las cosas. *I* = Luz, raíz fundamental. *Au* = Espacio, tierra [...]. *Sería algo así como tierra de alturas, de mucha luz, con riberas sobre el mar*. Ensayaré la misma voz en homenaje a las posibilidades,

pero no a la realidad, suprimiendo la *I*, es decir eso de la luz, y así tenemos: *PATAKONAU* y *PATAKONIAU*. Queda a voluntad del lector la decisión sobre una u otra [...]” (Storni, *Interpretación*, 6; *cf.* Deodat, “Alrededor”, 12; Imbelloni, *La segunda esfinge indiana*, 352).

No satisfecho con su estrafalario rompecabezas lingüístico, y deseándolo todavía más dúctil y maleable, Storni condesciende a la posibilidad de otras variantes. ¿Qué puede importar, en efecto, una *-i-* de más o de menos? Y va todavía más lejos, pues a quienes puedan abrigar algún tipo de rechazo para con el quichua les regala, por el mismo precio, la opción de considerar la palabra *Patagonia* como formada por componentes de la lengua aymará¹¹.

Descontento con las exégesis quichuistas, el coronel Manuel José Olascoaga censura duramente la explicación de López, y propone una etimología de *Patagonia* fundada en la lengua pampa:

La palabra *Patagonia*, que es de muy definida índole pampa, expresa, en la concisión característica de esta lengua, la braveza de las costas o la manera como habrán caído al territorio sus poblaciones primeras, rotas por el naufragio. *Pa*, la partícula que indica la idea de *venir*, y *thagon*, que significa quebrarse, romperse, despedazarse, podría sintetizarse en la frase *Costa Brava* o algo parecido (Olascoaga, *Topografía andina*, 94).

Olascoaga publica su estudio en 1901; en 1920, el padre Pablo Pastells recoge y glosa la etimología pampa del primero, añadiendo a la motivación puramente geológica de este una consideración de índole sismológica:

Algunos [...] quieren derivar *patagón* de la lengua pampa, en la cual *pa* indica la idea de venir, y *thagón* la de quebrarse, romperse, despedazarse. Según esto, *patagón* significaría *el que llega destrozado*, y *Patagonia*, tierra rota, despedazada por las violentas conmociones sísmicas ocurridas en remota antigüedad (Pastells, *El descubrimiento*, 67, n. 1).

¹¹ “He dicho que considero el vocablo *Patagonia* de origen Kechua, pero es el caso que en Aymará se encuentran las mismas voces representativas: *Pata* = Poyo o gradas, vale decir, alturas y ‘planos inclinados’ a las orillas del mar. *Patapata* = Gradas. *Patarana* = Andenes de los cerros, naturales o artificiales. Así lo expone Bertonio, que es un guía, y de este modo, sin que se complique el sentido de mi conclusión, queda en pie el interrogante, el origen de la voz que yo he aceptado Kechua, y considero bien ajustada a la geografía y demás aspectos patagónicos” (Storni, *Interpretación*, 7).

Y tras los rastros de estas explicaciones geológico-sísmicas parece encaminarse Pedro Bazán, quien interpreta en 1941: “*Patacumña* o *Patagonia*, ‘la Tierra del Pie o extremo que tiembla’ ” (Bazán, *El país de Cón*, 302).

Por último, mencionaremos la interpretación propuesta en una conferencia de 1884 por Carlos Spegazzini, quien continúa la línea quichuista de López-Makham-Storni, pero a través de un étimo híbrido compuesto por el numeral quichua *pátak*, ‘cien’, y el nombre que los propios patagones se daban a sí mismos en su lengua tehuelche, *aóniken*, ‘gente del sur, naturales’:

Los números en Patagón son, los 10 primeros, propios de esta lengua, los de cien por arriba pertenecen a los Quichuas. Entonces este pueblo tuvo relación con los Quichuas, y más fácilmente estaba bajo el dominio de estos; entonces los Incas a cada tribu imponían el deber de dar cien hombres de armas, o los patagones habían sido divididos en tantos grupos de cien familias; eran entonces centurias, como los pueblos del Norte de Europa bajo el dominio de los romanos. En Quichua cien es *pátak*, los patagones tienen nombre *Aóniken*; *pátak-aóniken*, o *centuria de aóniken* era fácilmente el nombre que llevaban las tribus de los indios vistos por Magallanes; de este corrompido y alterado vino el nombre que tanto me trastornó (Spegazzini, “Costumbres”, 222; *cfr.*: Deodat, “Alrededor”, 11; Imbelloni, *La segunda esfinge indiana*, 348).

Spegazzini es honesto y cauto; tras proponer su compuesto híbrido aclara que “he expuesto esta idea, una opinión mía absolutamente [...], pero es una explicación puramente hipotética” (222), y no pretende haber dado con la verdad definitiva. Este tacto en parte atenúa su yerro.

Debemos ahora refutar, en bloque, la totalidad de estas etimologías; el avisado lector estará ya columbrando el argumento central de nuestro rechazo: este denodado brote de indigenismo parece ignorar un hecho incontestable, que el nombre *patagones* fue impuesto a los naturales de Bahía San Julián por el portugués Magallanes, un europeo absolutamente ignorante de toda lengua aborigen de América, ya sea el quichua, el aymará, el pampa o el tehuelche. Todas las interpretaciones vistas pasan insólitamente por alto el testimonio de Pigafetta, a no ser que se pretenda que un Magallanes desconocedor de las lenguas indígenas haya recurrido misteriosamente a estas para bautizar a un pueblo con un nombre que ya se daba este mismo pueblo en su propio idioma, o que le daba algún dominador, también indígena, en el suyo. Es pretender demasiado, y demasiado abusivamente. Además, aquellas interpretaciones que se abocan directamente a explicar *Patagonia* sin explicar primero *patagones* desdennan también el testimonio de Pigafetta y el innegable dato, documentado por este en su diario y en su mapa, de que el topónimo se formó a partir del gentilicio (*Cfr.* Imbelloni, *La segunda esfinge indiana*, 350).

Pero hay además, tal como habíamos anunciado, una refutación discriminada y particularizada en cada caso. O en cada grupo de casos, como el formado por los devotos de la lengua del Cuzco. Todos ellos exageran la expansión incaica hacia el sur, haciéndole alcanzar las extremas latitudes de Bahía San Julián en donde Magallanes conoció a los patagones. Jamás llegaron los incas hasta las costas de Santa Cruz, y en consecuencia jamás pudieron los aborígenes de esas regiones recibir un nombre en lengua quichua. Idéntico reparo cabe formularle, por la parte que le toca, al híbrido quichua-tehuelche de Spegazzini, cuya formación como compuesto lingüístico aparece además muy poco clara (*cf.* Deodat, “Alrededor”, 13; Imbelloni, *La segunda esfinge indiana*, 348). Yendo más a lo particular, el disfijo plural *cuna-gunya* propuesto por López-Markham como étimo de la segunda parte del topónimo *Patagonia* es rechazado en estos términos por José Imbelloni, profundo conocedor, por lo demás, de la lengua incaica o runasimi:

[...] infortunadamente surge una complicación inesperada por los etimologistas que elaboran sus derivaciones *à coup de dictionnaire*, y es que el plural formado con la desinencia *kuna* no es apropiado para la acepción colectiva, mientras para esta fue preferida otra forma, el plural de reduplicación. En otras palabras, con *patakuna* tendríamos siempre “muchas gradas”, mientras con *pata-pata* se afirma otra entidad nueva, la escalera (*La segunda esfinge indiana*, 349).

El mismo Imbelloni advierte acerca de la ilogicidad e inverosimilitud del étimo de Olascoaga-Pastells, cuya reconstrucción semántica supone un tipo de conocimiento geológico o sismológico más teórico que vivencial o práctico, y muy poco probable en tribus primitivas (*La segunda esfinge indiana*, 348-349). En cuanto al rompecabezas quichua/aymará del imaginativo Storni, bástenos repetir, con Deodat, que este verdadero epítome del disparate lingüístico ejerce sobre la palabra *Patagonia* tal torsión “que llega a producirle una verdadera quebradura filológica” (“Alrededor”, 12).

Los diferentes y fallidos intentos por fundar la explicación de los nombres *patagones-Patagonia* en étimos indígenas demuestran claramente que no se puede prescindir, a la hora de indagar en el porqué de dichos nombres, de la apoyatura documental brindada por los textos de Pigafetta. A ellos regresa, para elaborar su tesis que seguidamente expondremos, Leoncio S. M. Deodat.

A.IV. LA TESIS DE LEONCIO S. M. DEODAT

A.IV.1. EXPOSICIÓN

El 15 de octubre de 1953, Leoncio S. M. Deodat lee en la Casa de Mendoza de la Ciudad de Buenos Aires una erudita conferencia titulada “Alrededor del topónimo Patagonia”; dos años después, el texto de la disertación aparece publicado en el n.º 24 (1955) del *Boletín de la Casa de la Patagonia*. La investigación de Deodat, seria y exhaustiva, ofrece ante todo el interés de una muy documentada revista del estado de la cuestión; sus críticas a las diversas teorías indigenistas resultan atinadas, y también sus comentarios acerca de la etimología popular de los pies grandes. Sin embargo, tan meritorio trabajo falla en dos puntos capitales: ante todo, en la construcción de su propia tesis acerca del origen del nombre *patagones*, y en relación con ella, en su rotundo y desacertado rechazo de la teoría que ya había enunciado María Rosa Lida en 1952. En rigor de verdad, Deodat ni siquiera se ocupa de Lida en su conferencia de 1953, sino que lo hace en un *post-scriptum* agregado en la edición de 1955. Dado que la tesis de Deodat, pese a ser posterior en un año a la de Lida, no toma en consideración a esta ni aprovecha sus aportes, la presentaremos nosotros antes; comentaremos después la teoría de Lida, y retomaremos finalmente el *post-scriptum* de Deodat dedicado a ella.

Comienza Deodat llamando la atención sobre algo evidente, pero no siempre suficientemente destacado: el nombre *patagones*, tal como nos ha sido transmitido por su primera fuente textual, es un italianismo, porque en italiano lo consignó Pigafetta en su diario: “Il nostro Capitano generale diede a quel popolo il nome de *Patagoni*”. Pero si bien la forma transmitida del vocablo es italiana, está claro que Magallanes no pronunció esa forma, sino otra equivalente que para Deodat debió por fuerza corresponder a la lengua natal del navegante, el portugués. Así, *patagones* fue en origen un lusismo, inmediatamente convertido en italianismo por Pigafetta (Deodat, “Alrededor”, 14-15). No era esta, por cierto, la primera vez que se quería un origen portugués para nuestra palabra; en 1912 Paul Groussac había propuesto, apegado aún al dato de los calzados de piel de guanaco, la posibilidad de una expresión original portuguesa, entre expresiva y metafórica, *pata de cão*, ‘pata de can’, enseguida aglutinada y sincopada en *patacão* y pluralizada, según los procedimientos de la gramática portuguesa, en *patacões*, de donde la versión italiana *patagoni* de Pigafetta (Groussac, “Toponymie”, 416-417). Queda sin explicar, claro, en razón de qué extravío visual o imaginativo puede asociarse el calzado abultado de una persona a las generalmente pequeñas y estilizadas patas caninas, trátese de la raza que se trate y por más robusto que sea el perro en cuestión. La relación que sugiere Groussac entre su étimo y el significado original de la palabra francesa para “patón” o “patudo”, *pataud*, ‘jeune chien qui a de grosses pattes’ (joven perro de patas gruesas), no solo no resuelve el problema, sino

que crea otro nuevo: el de la improbable influencia de la semántica francesa sobre el portugués al servicio de España Magallanes, y/o sobre el cronista italiano Pigafetta¹².

Deodat retoma en cierto modo el étimo de Groussac, *patacão*, pero rechaza el significado que este le adjudicaba, y en lugar de relacionarlo con las patas de los perros prefiere recordar las definiciones que cualquier diccionario de lengua portuguesa consigna para esa palabra: “Antiga moéda” (Academia Brasileira de Letras, *Dicionário*, III, 331); “Moéda de cobre do tempo de D. João III” (Figueiredo, *Novo Dicionário*, II, 360a). Se trata del equivalente lusitano de la palabra castellana *patacón*, ‘moneda’, por lo demás tan arraigada en un tiempo en el habla rural de la Argentina. En opinión de Deodat, los aborígenes de San Julián impresionaron a Magallanes fundamentalmente por su pobreza material, por la escasez de sus recursos materiales y culturales, y la intención del capitán al bautizarlos debió ser la de reflejar, mediante una expresión metafórica, esa impresión de atraso e indigencia. Argumenta Deodat:

[...] en resumen, [Magallanes vio a los indios como] cazadores y recolectores primitivos, de acuerdo con la moderna clasificación etnológica, que constituían una agrupación de cultura muy inferior a las más avanzadas de América, [y que] se hallaba, por su estado social y muy limitados bienes materiales y espirituales, con respecto al extranjero recién llegado, en un notorio plano de inferioridad. Admito, pues, como probable, que Magallanes, para expresar sintéticamente y con justeza la opinión que le merecieron los autóctonos de costumbres tan primarias, haya necesitado el auxilio de un vocablo de su idioma nacional, pero dándole un sentido traslaticio, dijese: *Patacões*, acordando pluralidad al sustantivo *patacão*. Si así fuera, Magallanes habría logrado conseguir un término cabal y definitivo de su pensamiento. En tiempos de Don Juan III [de Portugal] (1521-1557) conociase con ese nombre una moneda de cobre del valor de diez reis. En España llamaban *patacón* a otra igual del mismo metal, que valía dos cuartos u ocho maravedíes [...]. Conforme a esta hipótesis, el presunto gentilicio original *Patacões* tendría este significado: “gente o indios de escaso valer”, un puñado de cobre vil amonedado (Deodat, “Alrededor”, 27).

Así como el *patacão* es una moneda “pobre”, “barata”, de escasa valía, así son también pobres, baratos y de escasa valía material y cultural esos atrasados indígenas. Pero le queda todavía un detalle por resolver a Deodat: ¿cómo explicar la sonorización de la velar sorda intervocálica *-c-* de *patacões*, que pasa a ser *-g-* en el *patagoni* de Pigafetta y en el posterior castellano *patagones*? Deodat responde con donosa facilidad:

¹² El propio Groussac, a decir verdad, no está demasiado seguro de su propuesta, y así lo confiesa: “Sans doute, cette explication ne s’impose pas; et je prie le lecteur de n’y voir qu’une conjecture [...]” (“Toponymie”, 417).

Según mi entender, nada obstruye el pensar en una transmutación inmediata, si *patacões* fue el vocablo emitido. Acaso sea el mismo Pigafetta quien la tomara a su cargo con el laudable propósito de atenuar, dulcificar, la efonía un tanto dura de la voz portuguesa por la presencia de la *c*, en el instante de verterla a la dulce y armoniosa lengua del Dante [...]. (27-28).

Y concluye, en radiante ratificación de su hallazgo:

En resumen: *Patagón* tiende más a provenir de *patacão*, de acuerdo con la acepción expuesta anteriormente. “Patagonia” sería entonces: Región o Tierra de los indios pobres, de escaso valer (29).

A.IV.2. REFUTACIÓN

Que Pigafetta era italiano es indudable; que escribió su diario, y posteriormente su resumen –el único texto de que dispone la posteridad– en italiano, bien que en un italiano abundantemente inficionado de dialectalismos, es también indudable; que el plural *patagoni*, inclusive a simple vista, se ve y se oye como italiano, es asimismo indudable. Podemos por lo tanto admitir la casi obvia evidencia de que *patagones* es un italianismo. Pero a la hora de indagar el origen de ese italianismo, esto es, a la hora de decidir qué palabra dijo Magallanes y en qué lengua la dijo, antes de que Pigafetta la recogiera y la adaptara a su idioma, las cosas no son ya tan indudables, y el étimo propuesto por Deodat dista mucho de satisfacer.

Si bien en modo alguno puede descartarse tal posibilidad, podemos comenzar por poner en duda que el nombre haya sido proferido por Magallanes en portugués. Ciertamente, el capitán era portugués, y pese a haber residido en España por dos años y medio antes del gran viaje, no resulta para nada extraño que las palabras de la lengua materna afloraran primeramente a la hora de designar realidades nuevas. La cuestión estriba en determinar qué grado de solemnidad o formalidad adjudicó Magallanes al acto de designación de la nueva realidad que nos ocupa, los aborígenes de Bahía San Julián. Por más portugués que fuera y por más apego instintivo que sintiera por su lengua materna, Magallanes estaba al servicio de España, y su autoridad para tomar posesión de las nuevas tierras, con todo lo que ellas contuviesen, devenía del monarca español. Ahora bien, el bautizar, el “nombrar”, constituye un acto ritual, altamente simbólico, y eso lo sabemos desde el *Génesis* por la potestad que Dios otorgó a Adán de dar nombre a todas las criaturas que le estarían sometidas: nombrar algo es adueñarse de ese algo, poseerlo, dominarlo. Un conquistador, según esta doctrina tradicional del nombrar, plenamente vigente en los tiempos de que nos ocupamos, manifiesta simbólicamente la toma efectiva de posesión de un lugar o de cualquier realidad mediante la imposición, en legítima representación de su rey, del nombre que de ahí en adelante ha de designar a esa realidad, proclamándola formalmente poseída por el soberano. Siendo así, ¿cabe suponer que Magallanes, vicario del soberano español, bautizaría

una realidad perteneciente a este soberano con un nombre extraído de la lengua de una nación rival en el dominio de los mares, como Portugal? La duda se refuerza si recordamos los constantes recelos que Magallanes despertó entre no pocos caballeros castellanos debido a su origen portugués, origen que lo convertía automáticamente en sospechoso de ser un posible agente del reino enemigo, y de abrigar solapadas intenciones y potenciales traiciones (Zweig, *Magallanes*, 85-94 *et passim*). Magallanes debió cuidarse mucho de dar pasto a semejantes infundios, y mostrarse por lo tanto muy atento, siempre, a manifestar su incondicional lealtad al emperador Carlos y a los intereses de España; denominar los territorios y demás bienes que iba descubriendo e incorporando al imperio español con palabras portuguesas no habría sido de su parte demasiado prudente, y si algo sabemos con certeza del gran navegante es que su personalidad se definía por un carácter reflexivo, frío, calculador e impasible. Un emotivo arranque de portuguesismo a la hora de bautizar las propiedades del rey español no resulta, por tanto, creíble en él. Pero además tenemos una preciosa prueba de que Magallanes bautizaba en castellano; nos la ofrece, de nuevo, Pigafetta, quien no siempre italianizó los nombres que imponía el capitán. En efecto, no italianizó, en el mismo mapa donde consagra por vez primera el topónimo *Patagonia* (vid. *A.I.*), el *Cabo Deseado* con que denominó Magallanes uno de los accidentes del estrecho que hoy lleva su nombre. *Capo Deseado*, rotula Pigafetta en su carta, italianizando *Cabo* en *Capo*, pero sin convertir *Deseado* en *Desiato* o *Desiderato*. La ausencia de italianización confirma que Magallanes pronunció ese nombre en castellano, porque de otro modo, según el evidente criterio de fidelidad a la voz original asumido por Pigafetta, leeríamos en el mapa *Desejado*, en portugués.

Claro está que para que nuestra argumentación cobre peso debe entenderse que el bautismo de los patagones consistió en una ceremonia formal de imposición de un nombre, lo cual no podemos afirmar. Pigafetta nos refiere bautismos formales, en que la denominación se identifica explícitamente, tal como explicamos, con la toma solemne de posesión en nombre del soberano: “Plantamos una cruz en la cima de una montaña cercana, a la que llamamos *Monte-Cristo*, y tomamos posesión de esta tierra en nombre del rey de España” (*Primer viaje*, 63). Pero el bautismo de los patagones nos lo relata como mucho más informal, o al menos esa es la idea que queda de la lectura de su breve frase: “Nuestro capitán llamó a este pueblo *patagones*”. Más que una formal denominación y toma de posesión, parece tratarse de un apelativo dejado caer al pasar, casi pensado en voz alta, dicho tal vez sin una real intención de imponer un nombre perdurable sino expresando más bien una observación curiosa, metafórica, quizás humorística, si hemos de dar chances a la interpretación de Deodat sobre la implícita comparación con la desvalorizada moneda portuguesa. En este caso podríamos admitir, lo concedemos, la posibilidad de una palabra originalmente dicha en portugués.

Pero surge entonces una razón de mayor peso para rechazar tajantemente, no ya la posibilidad de un nombre portugués, sino la viabilidad del concreto nombre

portugués *patacões* propuesto por Deodat. Con una vaguedad que preferimos atribuir no a la mala fe del autor sino a lo poco preciso de su estilo, Deodat dice que el *patacão* era una moneda *conocida* en tiempos de Don Juan III; en realidad debió decir *acuñada* en tiempos de ese rey portugués (*Enciclopedia Universal Ilustrada*, XLII, 685b, art. “Patacón”; Figueiredo, *Novo Dicionário*, II, 360a, art. “Patacão”). Pues bien, Juan III inició su reinado en 1521, esto es, un año después de la internada de Magallanes en San Julián, su encuentro con los patagones y la imposición de este nombre. No es necesario agregar más razones: los *patacões* son por lo menos en un año posteriores a los *patagones*, y en consecuencia este último nombre no pudo jamás derivarse del primero¹³.

Bastaría con lo dicho para desestimar el étimo de Deodat, pero cabe aún preguntarnos por qué iba a recurrir Magallanes, para connotar pobreza o escaso valor, precisamente a los *patacões*, y no a los *reis*, los *cuartos* o los *maravedies*, unidades monetarias todas ellas inferiores en valía al *patacão*. Y por último —adrede lo hemos dejado para el final—, está la sonorización de la *-c-* en *-g-*, que Deodat, según vimos, achaca a Pigafetta y a un supuesto interés de este por “atenuar, dulcificar, la eufonía un tanto dura de la voz portuguesa por la presencia de la *c*” (“Alrededor”, 28). No podemos de ninguna manera aceptar este enfoque pueril e impresionista del fenómeno fonético; quizás consciente de la endeblez de su explicación, Deodat intenta a renglón seguido completarla y reforzarla mediante algunas consideraciones de basamento más científico:

La inmutación de la *c* por *g* es posible y aceptable, históricamente valedera. Citaré los ejemplos de estas voces latinas: *securu*, *secat*, *apotheca*, *cuculla*, *ciconia*, *vessica* y *lactuca*, que pasaron al castellano transformadas en *seguro*, *siega*, *bodega*, *cogulla*, *cigüeña*, *vejiga* y *lechuga*. Estos ejemplos no me pertenecen; los menciono al amparo de la autoridad de Menéndez Pidal, de cuyo “Manual [de Gramática Histórica]” los extraigo. Entonces, si la *c* latina intervocálica se convierte en *g* a su paso al castellano, no veo cuál es el impedimento fónico opuesto al trueque de la *c* también intervocálica del plural del portugués *patacões*, por la *g* de *patagioni* o *patagones* (Deodat, “Alrededor”, 28).

El inconveniente que confiesa Deodat no ver es, sin embargo, muy visible y concreto: que la sonorización de las sordas oclusivas intervocálicas, como sabe cualquier estudiante de gramática histórica castellana, es un fenómeno que afecta a las

¹³ También los *patacones* españoles, monedas hermanas de las portuguesas, son posteriores al viaje magallánico, o al menos es posterior, y en muchos años, su primera documentación, correspondiente al *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, de 1599 (Corominas-Pascual, *Diccionario*, IV, 426a).

voces latinas que, por lenta evolución oral en el habla popular, se debilitan o relajan en su energía articulatoria, en virtud de lo cual los fonemas sordos del latín *-p-*, *-t-* y *-c-* devienen en algunas lenguas románicas, concretamente en las del grupo occidental, sus equivalentes sonoros *-b-*, *-d-* y *-g-*. Se trata de una sonoridad que las vocales que las rodean por delante y por detrás “contagian” a las consonantes sordas intervocálicas. Los romanistas discuten exactamente cuándo comenzó este proceso, cuyos primeros resultados palpables algunos hacen remontar hasta el siglo I de nuestra era y otros retardan hasta los siglos IX-XI, pero existe unanimidad respecto de la naturaleza diacrónica, oral y popular del fenómeno, por lo cual se requiere un tiempo prolongado, medido en centurias, de debilitamiento articulatorio por obra del pueblo hablante (Bichakjian, “Romance Lenition”, 196-203; García de Diego, *Gramática Histórica*, 93-95; Hall, “La non-lenizione”, 530-535; Lapesa, *Historia de la Lengua*, 42-43, 80, 85-87, 124-126, 143-145, 160-161, 163-164; Menéndez Pidal, *Manual*, 128-129; *Orígenes del español*, 240-259; Meyer-Lübke, “La sonorización”, 1-32; Pei, “Intervocalic occlusives”, 235-247; Tovar, “Sobre la cronología de la sonorización”, 9-15). No es esto lo que tenemos en *patacões* > *patagoni*, caso de traducción automática, en absoluta sincronía, que el propio Deodat califica como “transmutación inmediata”, y que se documenta en la obra de un autor letrado y culto, el diario de Pigafetta: frente a un proceso diacrónico, evolutivo, oral y popular, tenemos un fenómeno sincrónico, inmediato, escrito y culto, más asimilable al caso de los calcos lingüísticos y los latinismos cultistas, en los que no se opera casi modificación en la palabra del idioma original que se adapta a otra lengua, que al caso de los casticismos de la lengua oral (Lapesa, *Historia de la Lengua*, 109-110, 220, 226-227, 231-233, 260-262, 270-271, 276-277 *et passim*; Menéndez Pidal, *Manual*, 9-15). Pero hay, además, otro inconveniente para aceptar la propuesta de Deodat, y es la responsabilidad casi absoluta que este adjudica a Pigafetta en el cambio de *-c-* a *-g-*, como resultado de la italianización por “transmutación inmediata” de *patacões* a *patagoni*. Para empezar, e incluso si aceptáramos la adscripción del caso al fenómeno de la sonorización de las sordas latinas en romance, nos encontraríamos con que dicha sonorización ocurre en las lenguas romances occidentales, y que el italiano –esto es, el toscano devenido lengua nacional italiana– es una lengua romance oriental, en la que el fenómeno de sonorización, si bien existe esporádicamente, es mucho menos frecuente, a tal punto que se suelen explicar los casos de palabras italianas sonorizadas como préstamos léxicos de los dialectos noritalianos, considerados occidentales y por tanto sonorizantes (Lausberg, *Lingüística Románica*, I, 347-368; Meyer-Lübke, *Grammatica storica*, 97-102); esta última circunstancia pareciera venir en auxilio de Deodat, pues en efecto Pigafetta era vicentino, del área dialectal véneta, y el véneto es un dialecto noritaliano que sonoriza las sordas intervocálicas latinas. Pero es entonces cuando debemos recordar que si de veras la palabra dicha por Magallanes fue *patacões*, y si de veras la dijo con la intención de referirse a la moneda portuguesa de escaso valor –hagamos nuevamente omisión del hecho de que en 1520 esa moneda

todavía no había aparecido en Portugal–, Pigafetta difícilmente habría italianizado *patagoni*, pues dicha moneda existía y era bien conocida en Italia, desde mucho antes que se introdujera en Portugal y en España, bajo nombres italianos perfectamente equivalentes al portugués: *patacco* (voz atestiguada desde el siglo XIV), y *patacca* (voz documentada por primera vez en 1254); más aún, los últimos estudios lexicográficos se inclinan por considerar estas palabras italianas, y la correspondiente provenzal *patac*, como los étimos directos del *pataco*, la *pataca* y el *patacão* portugueses, y del *pataco*, la *pataca* y el *patacón* castellanos (Corominas-Pascual, *Diccionario*, IV, 426; Devoto, *Avviamento*, 306; Pianigiani, *Vocabolario Etimologico*, 986)¹⁴. Siendo así, resulta difícil de explicar por qué Pigafetta, para traducir el *patacões* portugués dicho por Magallanes con el sentido de ‘moneda de escaso valor’, no recurrió a alguno de sus exactos correspondientes italianos, *patacco* o *patacca*, optando en cambio por una versión personal donde, además, muta la sorda -c- por la sonora -g- para, según Deodat, “atenuar, dulcificar la eufonía un tanto dura de la voz portuguesa” en su trasvase a la “dulce y armoniosa lengua del Dante”. Sucede que la dulce y armoniosa –¡quién lo duda!– lengua del Dante presenta también en sus patacas y patacos esa misma -c- que tan dura y cacofónica se le antoja a Deodat, y sin perder por ello punto alguno de su dulzura y armonía. Es este el tipo de molesta evidencia que siempre llega a tiempo para invalidar cualquier análisis lingüístico que se funde en endeble consideraciones puramente subjetivas, impresionísticas y fantasiosas.

Sobre la base de todo lo dicho, damos por finiquitada y desmentida la cuestión de los *patacões* baratos y duros, dulcificados por obra y diligencia del sensible italiano Pigafetta. Pero no acaba aquí el trabajo de Deodat, sino que, como tenemos adelantado, dedica un interesante *post-scriptum* a discutir los hallazgos de María Rosa Lida. Vayamos pues, sin más dilaciones, a estos.

A. V. LA TESIS DE MARÍA ROSA LIDA

En 1952, la recordada hispanista publica en la *Hispanic Review* un breve artículo, llamado a dar un giro definitivo en la cuestión que abordamos: “Para la toponimia argentina: Patagonia”; más de veinte años después, ya desaparecida la autora, su viudo, el también hispanista y lingüista Yakob Malkiel, reedita el trabajo, con un apéndice de actualización bibliográfica, en el volumen *El cuento popular y otros ensayos*, que recoge varios estudios de Lida. Esta, por otra parte, había vuelto a tratar

¹⁴ El étimo árabe *‘abū tāqa*, ‘peso fuerte de Marruecos y Egipto’, propuesto por algunos lingüistas y sostenido todavía por Lehmann-Nitsche en 1923 (“Toponimia”, 2, col. 2), está hoy definitivamente descartado, y más aun, tiende a considerárselo no ya el origen de las voces románicas, sino un derivado posterior de estas voces (Corominas-Pascual, *Diccionario*, IV, 426b).

el tema en reiteradas conferencias, pronunciadas sobre todo en los ámbitos universitarios norteamericanos en que desarrolló la última etapa de su labor académica, y sobre la base de estas disertaciones elaboró un segundo artículo, “Fantasía y realidad en la conquista de América”, publicado póstumamente en 1975, en un volumen de homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso de la Universidad de Buenos Aires. Como se ve, el tema de los patagones interesó a la autora no de manera momentánea o esporádica, sino que llegó a constituir casi un *leitmotiv* en sus investigaciones de la década del cincuenta.

Como es de suponer, Lida comienza rechazando la socorrida etimología popular de los pies grandes, esgrimiendo como argumentos lo que ya conocemos: el silencio de Pigafetta respecto del tamaño de los pies o de las huellas, y la imposibilidad morfológica de formar en español o portugués un aumentativo en *-agón* (“Para la toponimia”, 94-95 [322]¹⁵; “Fantasía y realidad”, 218). Y enseguida trae a consideración el gran hallazgo: la existencia, en la novela caballeresca castellana *Primaleón*, o Segundo Libro de *Palmerín de Olivia*, de 1512, de un curioso personaje de aspecto monstruoso, llamado *Patagón*. Es a partir de este hallazgo que propone su tesis:

Cabalmente por haber sido tan difundida su lectura, el *Primaleón* es hoy una rareza bibliográfica [...]. A falta de conocimiento directo, me sirvo del sumario inserto por Miss Mary Patchell en su trabajo *The Palmerín Romances in Elizabethan Prose Fiction* (Columbia University Press, 1947), pág. 131, según el cual *Primaleón*, en una de sus aventuras, apresa al monstruo *Patagón*, quien se amansa en presencia de las damas. La deforme criatura anda erguida como hombre pero tiene rostro perruno [...]. Los indígenas observados por Magallanes y sus hombres no tenían a buen seguro cara de perro, pero su semblante, tal como lo describe Pigafetta [...], debía ser poco menos espantable: “haueua la faza grande et depinta intorno de rosso et intorno li occhi de jallo co dui cori depinti in mezo de le galte, li pocqⁱ capili q’haueua erano tinti di biancho”¹⁶. Sin duda Pigafetta no creyó necesario glosar la designación impuesta por Magallanes y familiar a todos por la leidísima novela (“Para la toponimia”, 96 [323]; *cfr.*: “Fantasía y realidad”, 220: “Los fornidos aborígenes de la costa atlántica, a buen seguro, no lucían hocico de perro, pero su pintarrajeado semblante, tal como lo

¹⁵ Nuestras citas y referencias del trabajo “Para la toponimia argentina: Patagonia” remiten a la reedición del artículo, de 1976; indicamos no obstante, entre corchetes, las páginas correspondientes a la edición original de la *Hispanic Review*, de 1952.

¹⁶ Traduce, con cierta libertad, Ruiz Morcuende: “[...] su cara era ancha y teñida de rojo, excepto los ojos, rodeados con un círculo amarillo, y dos trazos en forma de corazón en las mejillas. Sus cabellos, escasos, parecían blanqueados con algún polvo” (Pigafetta, *Primer viaje*, 57).

describe Pigafetta, no deja de recordar el de los gigantes perrunos de los libros caballerescos [...]. Comprendemos cómo los tripulantes, familiarizados con los lances del *Primaleón*, acogieron el jocoso nombre impuesto por Magallanes, que Pigafetta tampoco creyó necesario glosar”).

Queda claro que para Lida el rasgo distintivo del Patagón novelesco es la *fealdad*, y que Magallanes encontró en esa fealdad el punto de contacto o semejanza entre el personaje ficcional y los aborígenes de Bahía San Julián, lo cual le sugirió la idea de bautizar a estos con el nombre de aquel. Este hincapié de Lida en la fealdad del personaje como rasgo motivador del nombre, y su confesión de no haber podido acceder al texto original del *Primaleón*, son los dos puntos en que fundaremos, oportunamente, nuestra enmienda de su tesis. Pero antes de ello, veamos qué reacciones despertó el hallazgo de Lida en la bibliografía posterior.

A.VI. RECEPCIÓN Y DISCUSIÓN DE LA TESIS DE LIDA

A.VI.1. RECENSIONES, ECOS Y APROBACIONES

La propuesta de María Rosa Lida, verdaderamente copernicana en la historia que venimos reseñando¹⁷, despertó las reacciones más diversas, desde la escueta y lacónica reseña limitada a dar cuenta de la novedad sin adentrarse en juicios valorativos¹⁸, hasta la aprobación o el rechazo más rotundos, pasando por menciones breves que resultan, a fuer de efímeras y de no expresamente reprobatorias, implícitamente

¹⁷ Existe un artículo de José de Perrot, publicado en 1908 en la revista *Studi di Filologia Moderna*, que lleva el sugestivo título de “Il ‘Gran Patagone’ nel *Primaleone* e nei *Libri di Viaggio* di Pigafetta”. Aparece citado en la —en su momento— exhaustiva bibliografía de Daniel Eisenberg (*Castilian Romances of Chivalry*, p. 83, 2FFd10), y su título hace suponer que el descubrimiento de Lida ya había sido realizado cuarenta y cinco años antes. Lamentablemente, no hemos podido localizar el trabajo de Perrot, e inferimos que tampoco lo han conocido los estudiosos que, en su totalidad y al margen de su postura de adhesión o de rechazo, reaccionaron ante la tesis de Lida como ante una radical innovación.

¹⁸ Aportemos como ejemplo la reseña de Kerson-Alatorre (“Revista de Revistas”, 234-238), que en seis condensados renglones sintetiza el trabajo de Lida en la *Hispanic Review*, dando cuenta de su existencia sin condescender a la adhesión o a la censura: “María Rosa Lida de Malkiel, “Para la toponimia argentina: Patagonia”, pp. 321-323. La etimología *patagón* ‘pie grande’, ‘patudo’, es falsa a todas luces. Nos encontramos, en realidad, frente a un nombre proveniente de las novelas de caballerías. Así como el nombre de California se tomó de las *Sergas de Esplandián*, el de los indios del extremo meridional de América proviene del monstruo Patagón, que aparece en el *Primaleón*, publicado en 1512” (p. 237).

proclives a la aceptación¹⁹. Otras reacciones resultan más curiosas, porque en ellas se recoge el hallazgo de Lida a modo de un eco deformado o directamente falseado por obra, probablemente, de una mala lectura del trabajo. Mencionaremos dos de estos ecos, doblemente nocivos por tratarse de errores con apariencia de verdad. Al tratar de la etimología popular de los pies grandes, reproducimos en nota la adhesión de la Enciclopedia Británica al lugar común de las enormes huellas; se trataba en ese caso de la undécima edición, de 1911, editada en Cambridge, pero en la decimoquinta edición, de Chicago, la venerable enciclopedia toma nota de las novedades aportadas por Lida, y afirma que Magallanes bautizó *patagones* a los indios australes porque el aspecto de estos “reminded him of Patagon, a dog-headed monster of the Spanish 16th-century romance *Amadís de Gaula*”, esto es, “le hizo recordar a Patagón, el monstruo de cabeza de perro de la novela española del siglo XVI *Amadís de Gaula*” (*The New Encyclopaedia Britannica*, XIII, 1068a, art. “Patagonian Desert”). La confusión de novelas, la sustitución del *Primaleón* por el *Amadís*, se explicaría, creemos, por una confusa lectura de los artículos de Lida, ya que en ellos la autora menciona a otro personaje con cara perruna, Ardán Canileo, que aparece en el *Amadís de Gaula* y que en opinión de la investigadora pudo haber influido en la plasmación del Patagón primaleoniano (“Para la toponimia”, 96 [323], “Fantasía y realidad”, 219-220); está claro que el redactor del artículo de la enciclopedia, o quienquiera le haya informado acerca de los trabajos de Lida, sea por deficiente comprensión del castellano, sea por lectura en extremo veloz y desatenta, confundió ambos personajes y sus respectivas obras. Más sutil es el error en que incurre la reciente *Historia integral de la Argentina*

¹⁹ Tal el caso de Torre Revello: “Completa la interesante información [...] un escrito de la señora María Rosa Lida de Malkiel, expresando que el nombre *Patagón* era comúnmente conocido por los lectores españoles de libros de caballerías y de aventuras, por ser un personaje de la novela *Primaleón*, impresa en 1512 y reproducida en muchas reimpressiones consecutivas, que estuvo muy en boga durante la época de los descubrimientos. Las anteriores afirmaciones, a lo menos, revelan la lectura que en esa temprana época de los descubrimientos hacían los conquistadores españoles de libros de caballerías, que estuvieron en auge en el transcurso del siglo XVI” (“Lecturas indianas”, 8). En realidad, Torre Revello no hace más que comentar lo que del trabajo de Lida cita José Imbelloni, de cuya reacción ante el hallazgo ya nos ocuparemos. En cambio, Ángel Rosenblat parece tener un conocimiento directo del artículo de la *Hispanic Review*, bien que su aprobación resulta, como la de Torre Revello, apenas deducible o implícita: “Magallanes los llamó *patagones*, porque le recordaron —es la hipótesis de María Rosa Lida, en la *Hispanic Review*, de 1952— al monstruo Patagón, uno de los personajes del *Primaleón*, la popular novela de caballerías de la época” (“La primera visión de América”, 31). Ninguno de los dos defiende expresamente la tesis de Lida, pero puesto que la recogen y difunden sin censurarla, bien podemos entender que la aceptan. Con total claridad la acepta y la razona, por su parte, Vidal de Battini (“Patagonia”, 141-162).

dirigida por Félix Luna, al afirmar que *patagones* es el “nombre del héroe de una novela de caballerías” (Luna, *Historia integral*, I, 55). La distorsión del dato tal vez pueda atribuirse aquí no ya a una deficiente lectura de los estudios de Lida, sino más bien a una insuficiente versación literaria, a un desconocimiento de las más elementales reglas del género caballeresco, según las cuales resulta impensable que un monstruoso ser semihumano y semianimal, salvaje, feroz y horrible, desempeñe la función arquetípica de *héroe*, reservada para el caballero modelo de virtudes que da generalmente nombre a la obra; Patagón es, en rigor, todo lo contrario de un héroe, es el antihéroe, uno de los antagonistas del héroe, el enemigo derrotado por Primaleón.

Entre las reacciones más abiertamente aprobatorias, destacamos las de Joan Corominas, María Carmen Marín Pina y María Jesús Lacarra-Juan Manuel Cacho Bleuca; del primero diremos algo al tratar de las críticas de Deodat a los trabajos de Lida, pues en realidad Corominas no se ocupa directamente de estos, sino que desestima la crítica de Deodat y, al hacerlo, reivindica la tesis de la investigadora argentina. María Carmen Marín Pina es tal vez quien más a fondo ha estudiado el *Primaleón*, en su brillante tesis doctoral de 1988 sobre el ciclo caballeresco de los Palmerines, exhaustivo trabajo en donde explícitamente adhiere a los aportes de Lida, y destaca como dato importante –y subrayamos nosotros este dato, porque ha de servirnos de base para nuestra propia interpretación, más adelante– que Magallanes quiso designar, con el término *patagones*, a una tribu de salvajes, como salvajes son –y el *Primaleón* se encarga de describirlos como tales con total claridad– los compañeros de raza del Patagón (Marín Pina, *Edición y estudio*, 253, 433-434). Finalmente, María Jesús Lacarra y José Manuel Cacho Bleuca, en un pequeño y encantador libro aparecido en 1990, en el marco de los preparativos de las celebraciones del quinto centenario del descubrimiento de América, y dedicado al análisis del imaginario mítico de la conquista, comentan elogiosamente la propuesta de Lida, y tras pasar apretada revista –tal como haremos nosotros más adelante– a las notables similitudes entre el Patagón novelesco y sus congéneres y los patagones americanos, los autores concluyen que “tantas coincidencias no pueden ser producto de la casualidad, por lo que el nombre de patagones debe provenir del relato caballeresco” (Lacarra-Cacho Bleuca, *Lo imaginario*, 113).

Pero es tiempo de volver, tal como prometimos, al encendido *post-scriptum* de Deodat.

A.VI.2. LOS REPAROS DEL SR. DEODAT

Veamos directamente el comienzo del *post-scriptum*:

El artículo [de María Roda Lida] en sí como trabajo compendioso y divulgador de la literatura retrospectiva, tiene su mérito; como exponente de erudición histórica magallánica, no es útil; introduce un elemento nuevo y perturbador en el estudio del topónimo a cuya elucidación se anhela en vano contribuir.

Como exponente de labor historiográfica [es notoria] su parquedad en recursos informativos [...]. La notoria pobreza histórico-bibliográfica que revelan estos conceptos²⁰, encubierta con un tul de ilusión, tiene su corolario lógico en esta frase: “La espantosa catadura de los indígenas de la Mar del Sur [...]” (Deodat, “Alrededor”, 33-34).

Como fácilmente se advierte, la crítica de Deodat dista mucho de la serenidad, el desapasionamiento y la objetividad exigibles a cualquier discurso científico; casi se diría que su reacción es más emocional que racional, y que lo que le molesta no es tanto el contenido supuestamente equivocado de la propuesta de Lida, sino la obligación en que lo pone de tener que reabrir y rever su propia teoría ya cerrada. Hay en Deodat, nos parece, una ostensible cuota de enojo por tener que revisar y, eventualmente, corregir y aun negar sus argumentos anteriores, tal cual se trasluce en su acusación de que el artículo de Lida “introduce un elemento nuevo y perturbador en el estudio del topónimo”. Uno se pregunta qué clase de extraña crítica es esta, siendo que todo conocimiento científico progresa sobre la base de elementos nuevos que, inevitablemente, perturban y ocasionalmente destruyen los anteriores modelos teóricos. Incomodarse por ello revela un escaso temple científico y una desmedida cuota de amor propio por sobre el indispensable amor a la verdad. A todas luces el párrafo inicial de la crítica, cargado de apriorismo afectivo, daña grandemente y casi invalida la credibilidad de los argumentos posteriores, que pese a su apariencia de tales no son más que confusos intentos por acomodar la razón a lo que ya ha decidido *a priori* el impulso emotivo.

A Deodat le preocupa especialmente la indirecta imputación de fealdad que el étimo propuesto por Lida supone para los aborígenes patagones; ya adelantamos nosotros que la preferencia acordada por Lida a este rasgo, como motivador de la analogía entre el Patagón novelesco y los aborígenes australes y de la consecuente denominación de estos con el nombre de aquel, también nos merecía reparos, y en su lugar nos encargaremos de clarificar este punto. Pero los argumentos con que intenta Deodat refutar la fealdad sostenida por Lida no hacen mella en el error de esta, pues en realidad tanto el error cuanto su pretendida refutación fallan por una misma causa: el desconocimiento del texto original del *Primaleón*, al cual ni Lida ni Deodat han acudido. Escandalizado por la “espantosa catadura” imputada por Lida a los indígenas, reacciona Deodat acudiendo al diario de Pigafetta, según el cual el indio que se les apareció primeramente a los expedicionarios era “molto ben disposto”, y otro indio posterior era “meglio disposto che gli altri” y “molto trattabile et gratioso” (Deodat, “Alrededor”, 36). En su afán reivindicatorio de la belleza de los aborígenes, Deodat

²⁰ Se refiere Deodat a la idea de Lida acerca de que Pigafetta no creyó necesario explicar el porqué del nombre *patagones*, familiar a todos a causa de la popularidad del *Primaleón*.

incurrir en el error de entender el adjetivo italiano *disposto* con el sentido de ‘bello, hermoso, de buena cara’, siendo que en realidad *disposto* no hace en absoluto referencia al rostro, sino al cuerpo, a la postura general y a las proporciones armónicas de la persona, en una suerte de equivalencia del castellano *apuesto*. Esto si entendemos *disposto* en un plano de aplicación física o material; el adjetivo admite, y aun exige más bien, empero, un significado más abstracto o general, según el cual *disposto* sería ‘dispuesto, preparado, pronto, propenso, intencionado’ (Frisoni, *Dizionario Moderno*, I, 324a; Pianigiani, *Vocabolario Etimologico*, 427b). Según este sentido general, *essere ben disposto*, como dice Pigafetta que era ese primer indio, significa ‘ser bien intencionado’, esto es, demostrar hacia los europeos extraños una actitud amigable y pacífica. Nada tiene que ver, entonces, lo apuntado por Pigafetta con la belleza facial de esas personas, y máxime si en otro lugar de su diario nos dice, explícitamente, hablando de las mujeres patagonas: “Nos parecieron bastante feas; sin embargo, sus maridos mostraban estar muy celosos” (*Primer viaje*, 58). Pero además, y aun no siendo feos, las curiosas pinturas con que se adornaban los rostros, y que Pigafetta describe bastante detalladamente²¹, conferían sin duda a esos indígenas un aspecto por lo menos extraño, fácilmente asimilable a la lisa y llana fealdad por parte de unos europeos in habituados a ese tipo de prácticas cosméticas. No obstante, Deodat insiste en defender la belleza patagónica:

Los Patagones protohistóricos y sus descendientes nunca fueron seres deformes, engendros destinados a exponer su estructura ósea en las vitrinas de algún museo teratológico [...]. El recurso de endosar a los aborígenes australes una expresión fisonómica en abierta contradicción con los antecedentes históricos, no pasa de ser un simple arbitrio expeditivo al cual fue indispensable echar mano, a falta de buenas y sólidas razones, para justificar de alguna manera la semejanza ortográfica del nombre del personaje de pesadilla con el gentilicio aplicado a los íncolas de San Julián (Deodat, “Alrededor”, 38).

Este insistente afán por defender la belleza de los patagones hace suponer a Joan Corominas, en una reseña crítica del trabajo de Deodat, que el duro rechazo que este hace de la propuesta de Lida tal vez tuvo como causa principal un cierto malestar, consciente o no, ante esa imputación de fealdad que vendría a desmerecer y descalificar a sus compatriotas aborígenes²². Deodat estaría así, mediante su refutación de

²¹ Vid. nota 16.

²² “El Sr. Deodat [...] no acepta la convincente explicación, dada aquí mismo (*HR*, XX, 321-323) por María Rosa Lida de Malkiel, según la cual [el nombre *patagones*] sería reminiscencia del monstruo *Patagón*, híbrido de hombre y de perro, que desempeña un papel en la famosa novela de caballerías *Primaleón*. Las razones que da el Sr. Deodat no convencen,

Lida, reparando una implícita ofensa propinada por esta a la comunidad tehuelche. Llegados a este punto, creemos conveniente abrir un paréntesis en nuestra exposición para hacer algunas aclaraciones que deberían ser innecesarias, pero que optamos por sentar de todos modos para mejor curarnos en salud. Lo que estamos tratando de hacer aquí es filología, no antropología, ni mucho menos relaciones públicas o política reivindicatoria. Por nuestra parte ya hemos dicho y volveremos a decir que creemos que Lida exagera el dato de la fealdad, pero la cuestión de si los antiguos patagones eran o no feos, es algo que no cuenta para nuestros propósitos. Sí cuenta, y mucho, el que parecieran feos a los conquistadores que los bautizaron, y todo parece indicar que, ya a causa de las pinturas, ya a causa de unas facciones desacostumbradas para la percepción europea, los rostros de aquellos aborígenes no debieron de antojárseles demasiado agraciados a Magallanes y sus compañeros. En todo caso, Pigafetta lo dice expresamente al mencionar la fealdad de las mujeres, y no debemos olvidar que, pese a la existencia de otros testimonios posteriores, el diario de Pigafetta es la única fuente directa de la imposición del nombre *patagones*, y por lo tanto el único texto de autoridad insoslayable a la hora de intentar atisbar, bien que parcial y oblicuamente, las reales motivaciones de dicha imposición. Seguramente había entre los antiguos patagones y hay entre los actuales tehuelches individuos bellísimos e individuos feísimos, como los hay y los hubo siempre en cualquier etnia. Quizá sea José Imbelloni quien, con su habitual sentido común, da en la clave del problema; transcribiremos sus palabras, y con ellas daremos por cerrada la cuestión de la mayor o menor fealdad patagónica, al menos hasta que retomemos parcialmente el asunto para corregir la propuesta de Lida:

L. Deodat acude solícito en defensa de la estética del tehuelche, y nosotros, que los tratamos diariamente durante nuestra expedición de 1949, hemos insistido en su armonía corpórea, pero en cambio encontramos justificado que a los viajeros de la nao *Trinidad* en el año 1520 produjesen una impresión distinta de la que experimenta el antropólogo moderno, cuyos ojos están acostumbrados a mayor variedad de sensaciones (Imbelloni, *La segunda esfinge indiana*, 351).

Las críticas del Sr. Deodat no se limitan, de todos modos, a impugnar la fealdad patagónica, sino que intentan reforzarse mediante dos argumentos de extraordinaria endeblez lógica. El primero apunta a la falta de pruebas de que Magallanes haya leído el *Primaleón*, o al menos a tal cosa parece apuntar la afirmación de que el Patagón primaleoniano “no tuvo pujanza emigratoria, porque, en tal caso, habría pruebas” (“Alrededor”, 41). A esto se responde, en primer término, con que no es necesaria una “emigración” del *Primaleón*, pues Magallanes residió en España durante dos

y aun se puede sospechar que la principal, quizá solo subconsciente, es la que él calla: a saber, lo poco halagüeño de la comparación para los patagones” (Corominas, Res., 168).

años y medio antes de emprender su magna expedición; en segundo lugar, es cierto que no existen pruebas de que Magallanes haya leído la novela, pero sí las hay, y no pocas, según veremos en la segunda parte de nuestro trabajo (B.I.), de que los libros de caballerías eran la lectura favorita tanto de los primeros conquistadores de América cuanto de sus posteriores colonizadores, y que entre los devotos de tales historias de aventura y fantasía se encontraban gentes de la más variada e irregular condición social e intelectual, desde emperadores, reyes, teólogos y santos (Carlos V, Francisco I, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús), hasta nobles e hidalgos de todos los niveles, universitarios, simples soldados como Bernal Díaz del Castillo e inclusive analfabetos que oían la narración en las públicas ruedas de lectura en voz alta, según los usos de la época. ¿Por qué no pudo estar Magallanes entre este público tan variado? Por lo demás, el argumento insinuado por Deodat viola un conocido principio lógico: *a non esse ad non posse, non valet illatio*, esto es, “del no haber al no poder ser no vale la ilación”; al momento actual no hay pruebas concretas de que Magallanes haya leído el *Primaleón*, pero que no las haya no implica que no pueda haberlas, ocultas y todavía desconocidas o inaccesibles, a la espera de un hallazgo documental que venga a ponerlas delante de nuestros ojos. En todo caso, la –de momento– indemostrable facticidad de dicha lectura no invalida su posibilidad.

El segundo argumento de Deodat es aún más deficiente en su construcción; consiste en proponer una serie de cuatro topónimos americanos –*Coila, Coy, Ota* y *Las Pacas*–, todos ellos con correspondientes homófonos en otras lenguas del mundo, para concluir que así como estos cuatro nombres coinciden solo fortuitamente con otros nombres de otras lenguas, sin que medie entre ellos conexión etimológica alguna, también los *patagones* americanos y el *Patagón* novelesco coinciden apenas como simples homófonos, como meras equivalencias fonocásticas, sin que el segundo sea el origen del primero (“Alrededor”, 41-44). Acerca del carácter casual de la homofonía de los cuatro topónimos americanos y los nombres correspondientes a otras lenguas que menciona Deodat, nada tenemos para objetar, pues no conocemos el tema y damos fe, además, a lo que el investigador afirma a ese respecto, pero pretender inducir a partir del carácter casual de esas cuatro homofonías el carácter igualmente casual y fortuito de la homofonía *patagones/Patagón* constituye una evidente falla argumentativa que la lógica cataloga como *generalización impropia*, debida en este caso, nos parece, a una indebida aplicación del *argumentum a pari*. En efecto, Deodat establece una absoluta paridad entre los cuatro casos que aduce y el de *patagones/Patagón*, recayendo en una inducción falsa por enumeración insuficiente: que la relación de homofonía entre cuatro topónimos americanos y otros nombres de diversas lenguas sea fortuita, no implica necesariamente una conclusión generalizante según la cual *todas* las homofonías posibles entre nombres americanos y nombres de otras lenguas, y entre ellas la homofonía *patagones/Patagón*, deban ser fortuitas y meras

casualidades sin conexión causal²³. Aducir solo cuatro casos como fundamento de una generalización inductiva es a todas luces una insuficiencia en la presentación de los datos, y un camino seguro hacia el absurdo, ya que extremando el argumento acabaríamos concluyendo que los topónimos americanos *Córdoba, La Rioja, Nueva Granada, Cartagena, Nueva España, Santiago, Jaén, Mérida, Guadalajara* y tantísimos otros guardan con sus correspondientes topónimos españoles de idéntica forma una relación fortuita, casual, apenas aleatoria²⁴.

²³ Por lo demás, el principio básico de la inducción estipula que los elementos enumerados deben ser suficientes y representativos de un determinado todo universal –en nuestro caso, el todo de los topónimos americanos–. Dice al respecto Maritain en su tratado de lógica: “[...] se dice que las partes de un cierto todo universal, tomadas como sujetos que tienen tal Predicado, están *suficientemente* enumeradas cuando se ha pasado revista a un número suficiente para saber (de una manera cierta o al menos probable) que son efectivamente con relación a ese Predicado las partes de ese universal y no de otro más limitado, es decir, para saber que *el universal que las representa con relación a ese predicado es efectivamente el universal considerado*. Si se enumerasen *insuficientemente* las partes del universal Hombre con relación a un predicado tal como ‘de piel amarillo-olivácea’ o ‘de piel blanca’, considerando solamente a los chinos, por ejemplo, se podría creer que estos están representados con relación al predicado ‘de piel amarillo-olivácea’ por este universal Hombre. Lao-tse tiene la piel amarillo-olivácea, y Confucio lo mismo, y Chu-Hi lo mismo..., luego el hombre tiene la piel amarillo-olivácea. Pero si se enumeran *suficientemente* las partes de este universal, se ve que no sucede de esta manera, porque este francés también es hombre, y este negro también es hombre, y Lao-tse, Confucio, Chu-Hi, etc., son solamente, con relación al predicado ‘de piel amarillo-olivácea’, las partes de un universal más limitado ‘hombre de raza amarilla’ ” (Maritain, *El orden de los conceptos*, 351-352). Basta con reemplazar “de piel amarillo-olivácea” por “de homofonía fortuita”, el universal “Hombre” por el universal “Topónimo americano”, y los nombres chinos enumerados por Maritain por los topónimos enumerados por Deodat, para alumbrar la conclusión de que, así como en la cita el error radicaba en la elección de un falso universal “hombre de raza amarilla” en vez del universal “Hombre”, en nuestro caso se presenta como universal “Topónimo americano” lo que en verdad es un falso universal “Topónimo americano de homofonía fortuita”.

²⁴ Por increíble que parezca, no ha faltado quien afirmara, al menos parcialmente, un disparate semejante; solo a título de curiosidad, y de minúsculo pero precioso aporte a una eventual historia del dislate etimológico, reproducimos aquí la explicación que da Pedro Bazán del topónimo argentino *La Rioja*: “La palabra *Rioja* tiene origen oriental y ha dado vuelta al mundo en dos sentidos. Por la Persia y los godos llegó a Europa para dar nombre a las tierras altas del Ebro, en España; con los djainas dio vuelta el estrecho de Behring hasta llegar a la Argentina. Ramírez de Velazco [el fundador de *La Rioja* en Argentina] no era originario de la Rioja de España, aunque su familia descendiera de los reyes de Navarra, que habían dominado en la región de Logroño (Rioja española). Tampoco lo era el virrey del Perú para que Velazco al fundar la Rioja le discerniera ese homenaje. Habrá que convenir entonces en que este nombre

Finalmente, Deodat aporta un interesante dato con el que espera abonar su rechazo del étimo novelesco de Lida, pero con el cual en verdad acaba fortaleciendo la tesis de esta y debilitando su propia explicación, aquella de los *patacões*. Recuerda Deodat:

Mas lo curioso es la aparición de indios *Patagones*, coetáneos de los australes del siglo XVI, en el antiguo reino del Perú. Constituían cuatro pueblos: tres radicados en la ciudad de San Leandro de Jaén, y el restante a una legua de la misma, en la provincia de Perico [...]. Hablaban la “lengua patagona” (“Alrededor”, 44-45).

La referencia a estos otros patagones la extrae Deodat de las *Relaciones Geográficas de Indias*, de Jiménez de la Espada; este autor describe a estos aborígenes peruanos como muy atrasados y salvajes. “Son gente sin orden”; “Son indios de behetría, no tienen señor que los gobierne”; “Es gente de behetría y no están reducidos” (Jiménez de la Espada, *Relaciones*, 30-31). El historiador no aclara, por lo demás, si ese nombre de *patagones* es el que se dan los mismos indios, pero se infiere que no, a juzgar por la expresión “Son de la lengua de los indios de Perico que llaman patagones” (*Op.cit.*, 30). Se trataría entonces de un nombre impuesto por otros, que los llaman así, y esos otros bien pudieron ser los conquistadores españoles. Y es aquí donde los argumentos de Deodat se vuelven en su contra, pues la existencia de otro pueblo de patagones que, al igual que los argentinos, son gentes sin señor ni orden, esto es, extremadamente salvajes y primitivos, más que invalidar la propuesta de Lida viene a fortalecerla. En efecto, ¿resultaría creíble el hecho de que la metáfora monetaria de los *patacões*, pergeñada por el portugués Magallanes para connotar la pobreza de los indios argentinos, haya podido ocurrírsele también, en un sorprendente caso de transmisión telepática de pensamiento, a otro conquistador contemporáneo, muy probablemente no ya portugués sino español, que alumbró idéntica metáfora para aludir a una idéntica pobreza de esos otros indios peruanos? En cambio sí resultaría creíble, y muy probable dada la popularidad de las lecturas caballerescas entre las tropas

viene de muy lejos –del Asia–, y que su origen no debe nada a la Rioja de España. Ya se mencionaba así toda la región antes de la llegada de los españoles a América. Cuando los japoneses, después de la guerra con Rusia, conquistaron el *Manchukuo* o la *Manchuria*, y pusieron en el trono de los *Yin* a *Puyi*, reconstituyendo su reino para gobernarlo por reyes títeres, para no despertar el nacionalismo de los manchús, que podía hacer explosión, los dejaron que estos cambiaran el nombre de *Port Arthur* por el de *Riojun*. Tal vocablo proviene de dos voces: *Rhea*, que significa ‘tierra’, y *hanan* o *janan*, ‘alta’. *Rheojanan* sería la ‘alta tierra’ o ‘tierra alta’” (*El país de Cón*, 301-302). Así es como, a fuer de desconfiar de las homofonías, se niega el origen español de un transparente topónimo argentino para acabar postulando un nombre aborígen ¡de origen chino!

conquistadoras, que tanto Magallanes cuanto el ignoto conquistador de los patagones peruanos conocieran el *Primaleón* y hubieran recordado, al descubrir cada uno a su respectivo grupo aborigen, atrasados y salvajes ambos, las características también atrasadas y salvajes del Patagón de la novela, y hubieran procedido a bautizarlos con ese nombre para resaltar su primitivismo.

Y ahora sí, dejamos definitivamente atrás, y creemos que adecuadamente contestados, los reparos del Sr. Deodat sobre los trabajos de María Rosa Lida, trabajos que todavía, empero, han de seguir despertando polémica, como veremos enseguida.

A.VI.3. JOSÉ IMBELLONI Y MARCEL BATAILLON

Pasando por alto los juicios aprobatorios de Joan Corominas acerca de la propuesta de Lida —ya los mencionamos al referirnos a la opinión de este autor sobre las críticas de Deodat, *vid.* nota 22—, nos ocuparemos ahora de dos reacciones particularmente interesantes, que si bien resultan en lo esencial aprobatorias no dejan de señalar ciertas reservas. José Imbelloni formula así su opinión:

En los últimos meses ha aparecido una nueva teoría para explicar el vocablo [*patagón*]; esta vez no se trata de legos, sino de una eximia hispanista, M. R. Lida, quien la presenta en un erudito escrito crítico publicado en EE.UU. [...]. La teoría de M. R. Lida nos parece un verdadero hallazgo erudito, y estimamos que difícilmente podrían oponérsele objeciones serias en el momento actual. Su lado criticable consiste en que no resuelve la incógnita morfológica, y solo la posterga a nuevos estudios que esclarezcan de qué modo nació en la mente del autor de la novela caballeresca el vocablo Patagón. Admitimos de buena gana que no se trata de un gentilicio, sino de un nombre de persona, y además de persona imaginaria, mas pensamos que el escritor popular que lo forjara no pudo prescindir de los hábitos de la lengua y del pueblo al que se dirigía. Por eso mismo vuelven a inquietarnos las viejas preguntas: ¿de qué proceso formal y semántico sale dicho apelativo? (Imbelloni, *La segunda esfinge indiana*, 350-351).

Hay, como se ve, un encendido elogio del hallazgo del Patagón novelesco, pero con agudeza advierte Imbelloni que dicho hallazgo no resuelve el problema del origen de la palabra *patagón*, sino simplemente lo traslada más atrás. La objeción es atinada solo a medias, pues si bien es cierto que Lida no explica el origen del nombre del Patagón novelesco, sí explica, mediante este precisamente, el origen del nombre de los patagones americanos, *quod erat demonstrandum*. Al proponer su étimo Lida resuelve definitivamente un problema de toponimia americana; que lo haga mediante la creación, a su vez, un nuevo problema de antroponimia ficcional castellana, no representa mengua alguna en la resolución del problema original. Quizá no resuelva Lida el

origen primero o lejano del nombre *patagón*, pero al resolver, sí, su origen inmediato o cercano, saca el problema del ámbito de la americanística –poniéndolo de paso a definitivo resguardo de las pertinaces huestes de los etimologistas indigenizantes–, y lo sitúa de lleno en el ámbito del hispanismo literario. No es poca cosa este mérito.

Dejamos adrede para el final la consideración de lo escrito por otro docto hispanista, Marcel Bataillon, acerca de la teoría de su colega María Rosa Lida. Las opiniones de Bataillon, y casi tanto como estas el modo que tiene el autor de exponerlas, razonarlas y fundarlas, representan casi una perfecta antítesis, por su mesura y honestidad intelectual, de los apriorísticos y tozudos reparos del Sr. Deodat. La ejemplar reacción crítica de Bataillon ocurre en dos partes o etapas, la segunda de las cuales supone un replanteo y una virtual retractación de la primera. En 1955 –el mismo año en que Deodat publica su conferencia– Bataillon escribe decididamente en contra de la tesis que Lida había enunciado en su artículo de 1952. Opina el estudioso francés que el camino debió ser más bien el inverso al propuesto por su colega argentina: no el Patagón novelesco influyendo en la denominación de los indígenas meridionales, sino el nombre de estos determinando el nombre del personaje del libro de caballerías. Bataillon podía suponer esto en 1955 porque para entonces todavía no se había descubierto –aunque se supiera con certeza de su existencia– ningún ejemplar de la primera edición del *Primaleón* de Salamanca de 1512, y tanto él como cualquier otro investigador que quisiera acercarse a la obra solo podían hacerlo a través de la edición de Sevilla de 1524, posterior en cuatro años a la internada de Magallanes en San Julián. Según la hipótesis de Bataillon, la extraordinaria proeza de la circunnavegación del globo había impactado tan fuertemente en el ánimo de los españoles, y los distintos episodios del viaje, conocidos de boca de sus escasos sobrevivientes, a tal punto habían impresionado en la imaginación popular, que uno de esos episodios, el de los indios patagones, pudo ser tomado como modelo para elaborar el personaje y las anécdotas del Patagón, enseguida insertados en el texto del *Primaleón* a modo de interpolación. Según este análisis, entonces, el Patagón y sus aventuras, tal como se leen en la edición de Sevilla de 1524, no existían en el original de Salamanca de 1512, sino se añadieron después como eco o reelaboración de las aventuras históricas de Magallanes (Bataillon, “Les patagons”, 165-173).

En 1960 esta construcción teórica de Bataillon sufre un duro revés, que le propina el resonante descubrimiento, por parte de F. J. Norton, de un ejemplar de la edición *princeps* de Salamanca de 1512; en ella figuran, exactamente igual que en la edición de Sevilla de 1524, los episodios del Patagón, su caracterización horrible y salvaje, su lucha contra Primaleón, su amansamiento ante las damas bellas, su regeneración final (Norton, “The first edition”, 29-31). Así las cosas, al autor, repentinamente desautorizado por los datos incontestables de la evidencia textual, le quedaban dos caminos; uno, el más cómodo sin duda, era llamarse a silencio, esperando que su *gaffe* fuera olvidada lo más pronto posible, y no volver nunca más sobre el tema; el otro,

el verdaderamente honesto y digno de un intelectual de su talla, fue el que finalmente siguió: hacer una retractación pública, confesar sus yerros explicando sus motivos y atenuantes, y reivindicar la otrora criticada tesis de Lida:

[...] redescubierta la edición príncipe de *Primaleón*, patente ya el error de la hipótesis forjada acerca del episodio patagónico como interpolación posterior a dicha edición, sería fácil hacerlo constar y sepultar en olvido la concepción fracasada. Juzgo más útil el criticarla y examinar otra vez el problema a la luz del desengaño y de mis ulteriores reflexiones (Bataillon, “Acerca de los patagones”, 27).

La autocrítica de Bataillon es severa y certera en lo conceptual:

Antes de tratar un episodio como interpolado, debía examinar el problema de la verosimilitud de tal interpolación en términos de técnica literaria. Aunque el vencimiento de Patagón es claramente episódico, no lo es tanto como la aventura con las Amazonas negras de Calafia en *Las Sergas de Esplandián*. Su introducción a posteriori, para que resultase la novela tal como la conocíamos, requería (además de los capítulos 133, 134 y 135 dedicados a la aventura patagónica) interpolaciones menores en ulteriores episodios (no sólo el papel ulterior de Patagón domeñado como montero de las princesas, sino el papel –secundario y todo– de Palantín que ingresa con él entre los personajes de la novela) (*Ibid.*, 33).

Y también es sincera en la confesión de sus debilidades extraconceptuales:

Así las cosas, podía escoger entre guardar mi hipótesis [ahora retractada] en un cajón de mi escritorio y darle publicidad. Si escogí la segunda solución menos prudente, fue: a) desde luego porque habiendo forjado esta hipótesis sin reparar bastante en las dificultades ahora enumeradas, estaba encariñado con ella; b) por el prurito, no de tener razón contra la admirada compañera, sino de poner en guardia contra lo que se me antojaba una moda, [la de la influencia de los libros de caballería en la conquista de América,] de la cual creí se dejaba arrastrar [...] (*Ibid.*, 35).

Tras el *mea culpa*, Bataillon pasa a reconocer expresamente la validez de la tesis de Lida, si bien llama la atención sobre la posibilidad de que al étimo propuesto por la investigadora argentina pueda sumársele, como antecedente concurrente en la plasmación del nombre magallánico, la palabra *pataco*, ‘rústico, zafio, tosco’, que ya había propuesto Lehmann-Nitsche en 1923 (“Acerca de los patagones”, 36-38; *cfr.* Lehmann-Nitsche, “Toponimia patagónica”, 2). De la influencia que esta palabrita haya podido o no tener en el origen de nuestro nombre, nos ocuparemos nosotros más adelante (B.VI.); de momento nos importa, a la vez que volver a destacar la honestidad

intelectual de Bataillon en su *retractatio*, advertir de qué modo el autor, aun abrigando legítimas dudas que le impiden un pronunciamiento definitivo, considera con respeto y objetividad la propuesta de Lida, a la que concluye aceptando como posible, si bien no demostrable:

Si se pueden contar con los dedos de una sola mano los textos y los topónimos que prueban o sugieren reminiscencias novelescas de los descubridores ante novedades y aventuras del Nuevo Mundo, bien merece cada caso un examen psicológico particular de la supuesta aplicación literaria. No se puede descartar la hipótesis de que Magallanes aplicase a los “gigantes” de la actual Patagonia el nombre del monstruo (no gigante) Patagón de la novela. Tampoco sería fácil formularla como caso particular probable de una actitud general (“Acerca de los patagones”, 45).

En la segunda parte de nuestro trabajo intentaremos nosotros demostrar, mediante ese “examen particular de la supuesta aplicación literaria” que pide Bataillon, que la tesis propuesta por María Rosa Lida acerca del origen novelesco del nombre *patagones* dado por Magallanes a los indígenas australes de América, si bien no resulta testimonialmente demostrable, sí puede probarse y confirmarse en su verdad mediante el análisis minucioso de los episodios pertinentes del *Primaleón* y su cotejo con los correspondientes sucesos históricos de Bahía San Julián, tal como los relata el diario de Pigafetta. Se trata de un trabajo que la propia Lida, de haber tenido acceso en 1952 al texto completo de la novela, sin duda no habría dejado de efectuar, para ver así, definitivamente, confirmada su teoría.

cho era viciosa. **A**si bien señoz digo **fo.** **P**alatin
 rna la mayor poblacion q ella tiene es en la co
 sta d la mar 7 a vna parte d sta ysla ay muy gra
 des montañas 7 de poco tiempo a esta parte
 parte moran en ellas vna gente muy partada
 de todas las otras que ay en ella por que bien
 ansi como animales 7 son muy brauos y esq
 uos 7 comen carne cruda de lo que cagan por
 las montañas 7 son ansi como saluajes q no
 tracen sino vestiduras de pieles de las anima
 lias q matan 7 son tan desleijadas q es co
 sa marauillosa de ver mas todo es nada con
 vn hombre que agora ay entrellos que se
 llama paragon y este paragon dize q lo enge
 ro vn animal q ay en aquellas montañas q
 el mas desleijado q ay en el mundo saluo q
 tiene mucho entendimiento y es muy amigo
 de las mugeres 7 dize que dno que auer con v
 na de aquellas paragonas q ansi las llama
 mos nosotros por saluajes 7 q a quel animal
 engendro en ella que el sijo y esto tiene lo por
 muy cierto segun salio desleijado q nene la ca
 ra como de can 7 las orejas tan grandes que
 le llegan fasta los hombros 7 los dientes muy
 agudos 7 grandes que le salen fuera de la bo
 ca retrucos 7 los pies de manera de cerniq
 7 corren tan ligero q no ay qen lo pueda gñe
 car 7 algunos q lo han visto dizen del matan
 lla y el aña de cernido por los montes caga
 do 7 trae dos leones de traylla con q haze sus
 cacas 7 trae vn arco en sus manos co sacre
 muy agudas con q fierex de que este parago
 se erio en aquellas montañas haze mucho daño
 que sale a lo llao 7 no falla hobte de aca d los
 nuestros q no mata por manera q los hobtes
 no son seguros 7 por aqlla parte de gan d fa
 zer sus laujores por el 7 algunas vezes nos a
 uemos juitado muchos por lo matar 7 tan
 to auemos fecho como nada antes el nos a
 fecho gran daño 7 trae vn cuerno a su cuello
 7 asie dolo vienē muchos d aqllas parago
 nes a le agudar 7 haze gra daño q no reme sus
 vidas por manera q auis lo auemos degado
 fasta q dios q es poderoso lo qre del mundo
 q muchos nos seria menester la su muerte.

Caplo. cxxiiij. como primaleo 7 palatin
 sijo del cauallero con una mucha compañía fuerō

crre.
 a caga por ruego de primaleon 7 con lo del
 pue. de andebecido primaleon se aparto d
 llos 7 andando despues a caga co su escude
 ro topo al gran paragon 7 lo vencio 7 mato
 dos leones q con el venian.



Y santa maria q grandes marau
 llas me aueris conitado digo **primaleon** digo vos q yo lo querria
 mucho ver por ver cosa tan mara
 villosa. **D**ela su vista no vos curces vos digo
 palatin q mas vale ver al diablo q a el. oia
 vos ruego digo **primaleo** q vamos aqlla p
 re a caga por ver si lo veyemos 7 veyemos ar
 mados q no nos podia fazer mucho mal au
 que con el topemos. **F**azello he yo esto por yu
 estro ruego digo palatin mas digo vos q no
 querria q lo fallascimos **primaleo** bono muy
 gran sabor d regr 7 dio tanta pacienca q luego
 se armaron 7 bien veynte caualleros fueron
 a caga por las montañas con ellos 7 anduue
 ron tanto a quel dia a vias partes 7 a otras
 q les andebecio en el capo 7 por ruego d **primaleon**
 se aparto d todos en vn lugar muy sa
 broso pa dormir alli aqlla noche 7 de que el
 tuue son gran pieca hablado en muchas co
 sas echaronse a dormir en la peña verde 7 to
 dos dormierō luego que fueron echados sal
 uo **primaleo** q gra de lleo rema de fazer al
 guna cosa q grande hobra le fuesse y el conso
 cio bien q palatin lo traya por ligar q pu
 diesse fallar a paragon 7 d q los vido a todos
 muy licramete dormir leuatose muy passō 7
 llamo a puyete q le diesse su cauallo 7 se fuesse
 con el y el lo sizo 7 d garō los todos durmien
 do 7 fuerō se a de late 7 anduue d todos la no
 che fasta el dia claro q entraro en lo mas espe
 so de la montaña 7 andado por vnas partes
 7 por otras fallarō a parago aqll q yua a bus
 car q ama muerro vn veynte y estana d d d
 comr a los leones q traya co q fasia sus ca
 cas. **A**l sucho fue ledo **primaleo** por fallarlo
 que gra parte del dia auia adado por las mo
 tañas buscandolo 7 pensaua q no auia de f
 su veytura q lo fallasse y esto le fasia ser muy sa
 fudo d si mesmo. 7 como parago lo vido ve
 nir bie pfo q lo veyta a buscar 7 a el 7 a otros
 diez q fuerā no los tuuiera en tano como na

Facsimil del folio de la edición de Salamanca de 1512 del *Primaleón* donde se menciona por primera vez y se describe al Gran Patagón.

B. LOS PATAGONES Y EL GRAN PATAGÓN DEL *PRIMALEÓN*

B.I. LOS CONQUISTADORES DE AMÉRICA Y LOS LIBROS DE CABALLERÍAS

La célebre “leyenda negra” de la conquista de América, con su tremebunda pintura de los conquistadores españoles como delincuentes marginales y por definición brutales, genocidas y bárbaros, solo se sostiene hoy desde posturas fuertemente ideológicas o desde el liso y llano prejuicio acrítico, pese a la engañosa primavera que le deparó, todavía, la reciente conmemoración del quinto centenario del descubrimiento. La serena reconsideración del hecho histórico de la conquista no debe conducirnos, empero, y por huir de la leyenda negra, a una entronización de la igualmente inaceptable “leyenda rosa” del conquistador utopista y angélico, modelo de virtudes cristianas y civiles. Como toda empresa humana, la conquista española de América ofrece luces y sombras, y sus protagonistas, los conquistadores, presentan una dilatada variedad de tipos éticos y culturales, desde el caballero generoso hasta el oportunista sin escrúpulos, desde el letrado universitario hasta el analfabeto más rústico, desde el altruista y sincero evangelizador hasta el ambicioso obseso de oro y plata. Una variedad de tipos no demasiado distinta, por cierto, de la que puede presentar cualquier sociedad de cualquier tiempo, o de la que podían presentar por cierto, en el mismo contexto aquí analizado, los diferentes grupos aborígenes que resultaron al cabo vencidos y dominados. Eran tiempos, por lo demás, particularmente crueles, y si nos allanamos a considerar un *genocidio* a la conquista española, no queda sino aplicar esta misma etiqueta a las previas conquistas, no menos sangrientas por cierto, emprendidas por estados imperialistas como el azteca en perjuicio de sus pueblos vecinos. Hay a menudo, claro está, en todas estas cuestiones, el molesto lastre de presupuestos ideológicos y políticos que enturbian los análisis *a priori*, y que manipulan la historia con fines no precisamente científicos. No condescenderemos nosotros a ese plano degradado y degradante de discusión. Simplemente, y volviendo a lo que nos interesa, reiteraremos con énfasis que los conquistadores españoles de América, lejos de ocuparse solamente en la rapiña y la muerte como pretende la leyenda negra, tenían también, como todo el mundo y en la medida de los horizontes mentales y culturales de cada uno, sus intereses culturales, espirituales y estéticos, y consumían su buena dosis de literatura, ya por lectura directa y solitaria, ya por audición en ruedas de lectura pública. Las obras

a las cuales muy preferentemente acudían, por una evidente razón de identificación vital, eran los libros de caballerías.

Pues bien, ¿qué son estos *libros de caballerías*? Sintéticamente podemos definirlos como narraciones en prosa que, a partir de las versiones hispánicas de los textos medievales franceses centrados en las figuras del rey Arturo y los caballeros de la tabla redonda, y sobre el modelo de la capital obra castellana *Amadís de Gaula*, florecieron en España y Portugal durante el siglo XVI, constituyendo una vigorosa especie novelesca, de gran aceptación popular y de características de estilo muy definidas, como ser la profusión y entrelazamiento de acciones, los entornos maravillosos cargados de elementos mágicos y fantásticos, y, sobre todo, la presencia de una anécdota principal centrada en la figura de un caballero andante sobresaliente por sus virtudes guerreras y espirituales y que responde en su trayectoria vital a los tradicionales esquemas míticos, en razón de lo cual su conducta se erige en ejemplar tanto en el plano de las armas cuanto en el amoroso. Podría decirse, para sintetizar aún más esta definición un tanto descriptiva, que el libro de caballerías es una novela de acción y de aventuras, motorizada por la figura de un caballero ejemplar que se inserta en un entorno maravilloso²⁵. Se han mencionado, por cierto, antecedentes medievales en España, previos a este estallido caballeresco que, de la mano del *Amadís*, cuya primera edición conocida y conservada es de 1508, cubre todo el siglo XVI: el *Libro del Caballero Zifar* y *La Gran Conquista de Ultramar* suelen mencionarse a este respecto, y junto a ellas, claro, las traducciones vernáculas de las principales obras de la tradición artúrica francesa, como *El baladro del sabio Merlin*, *La demanda del santo Grial*, y el *Libro del esforçado caballero don Tristán de Leonís*. El propio *Amadís de Gaula*, que hoy leemos en la refundición elaborada por Garci Rodríguez de Montalvo en la última década del siglo XV, hunde sus raíces en el medioevo, pues sabemos con certeza que existió una versión primitiva ya hacia fines del siglo XIII, y varias refundiciones intermedias sobre las cuales elaboró Montalvo la suya definitiva, a la cual añadió, a modo de continuación, *Las sergas de Esplandián*, centradas en las aventuras del hijo de Amadís. El linaje de Amadís no se detiene, empero, tan pronto, y siguen todavía a lo largo de la primera mitad del siglo XVI otras obras dedicadas a los nietos y bisnietos del máximo héroe de la estirpe. Paralelamente, otra familia caballeresca, la de los Palmerines, hace su aparición en 1511 con el *Palmerín de Olivia*, al que sigue en 1512 nuestro *Primaleón*, y después el *Platir* y, en Portugal, el *Palmerín de Inglaterra*. Con mayor o menor nivel

²⁵ Resulta ya clásica la distinción de Martín de Riquer entre *libros de caballerías*, caracterizados, como venimos de decir, por su carácter maravilloso y fantástico, y cuya obra maestra es el *Amadís de Gaula*, y *novelas de caballerías*, de carácter más realista e histórico, ejemplificadas eminentemente por la obra valenciana *Tirant lo Blanc* (*Caballeros andantes*, 9-13).

de excelencia literaria –más bien con menor, a medida que avanza el siglo y los clisés del género comienzan a esclerosarse–, los libros de caballerías continúan escribiéndose e imprimiéndose en España, a la vez que los ya existentes se reeditan asiduamente, debido al extraordinario éxito de público, hasta que, en la cumbre de su popularidad, Cervantes les asesta el golpe mortal de su sátira en el *Quijote* de 1605. Antes que él, claro, una larga hilera de moralistas y humanistas había censurado la liviandad de sus argumentos, lo artificioso de su estilo, lo inverosímil de sus situaciones, y sobre todo la escasa o nula ejemplaridad de su moral sexual; ninguna de estas severas y eruditas críticas, sin embargo, obtiene el efecto rotundo de la genial obra cervantina, responsable en buena medida de la muerte posterior del género caballeresco²⁶.

Hay, por cierto, entre los libros de caballerías, algunos que representan verdaderas cimas de la literatura y que entrañan una profundísima doctrina, como el *Amadís*, y otros que se limitan a presentar una narración entretenida y amena, profusa en lances y aventuras del más variado cuño; pero tanto unos como otros comparten la base común del arquetipo heroico, de la figura central del caballero ejemplar que, enfrentando los

²⁶ Ofrecer aquí una bibliografía exhaustiva sobre el desarrollo de la literatura caballeresca española sería tarea ingente y además inconducente; bástenos remitir a las buenas visiones de conjunto de Thomas (*Las novelas de caballerías*) y Eisenberg (*Romances of Chivalry*), y a los dos volúmenes dedicados recientemente por la revista *Voz y Letra* a la narrativa caballeresca en España. Puede recurrirse también, con sumo provecho, a la excelente antología de textos castellanos medievales caballerescos preparada por José M. Viña Liste (*Textos medievales de caballerías*), y también, para un cotejo de las obras de ficción con los tratados teóricos de la caballería histórica en España, a las clásicas obras de Ramón Llull (*Libro de la Orden de caballería*), Alfonso el Sabio (*Código de las Siete Partidas*, II Part., Tít. XXI, 465-479) y Juan Manuel (*Libro del caballero et del escudero*). Buenos manuales introductorios al desarrollo histórico y al encuadre ideológico de la caballería europea medieval son los libros de Keen (*La caballería*) y Sáenz (*La caballería*), si bien este último se resiente, lamentablemente, de una cierta visión ingenua y parcializada de la doctrina de la caballería andante. Señalamos finalmente, debido al carácter fundacional de la obra y a su condición de modelo ejemplar de las posteriores, cuatro estudios abarcativos sobre el *Amadís de Gaula*, debidos a Avalue Arce (*Amadís de Gaula: el primitivo y el de Montalvo*), Cacho Blecua (*Amadís: heroísmo mítico cortesano*), Fogelquist (*Amadís y el género de la historia fingida*), y Pierce (*Amadís de Gaula*). Después de siglos de indiferencia y aun abierta hostilidad para con la narración caballeresca, desde hace un par de décadas estamos asistiendo a un verdadero auge interpretativo del género, evidenciado en la proliferación de excelentes ediciones anotadas de las principales obras y de esmerados estudios críticos, y en la conformación de varios grupos de investigación dedicados al tema en ambas márgenes del Atlántico; baste decir que solo en Buenos Aires existen hoy en día dos equipos consagrados a la exégesis de los libros de caballerías castellanos: el dirigido por Lilia E. F. de Orduna en el Seminario de Edición y Crítica Textual, y el encabezado por Aquilino Suárez Pallasá en la Universidad Católica Argentina, que integramos.

peligros más increíbles y desafiando al mundo entero, con la sola ayuda de su esfuerzo y su virtud logra reparar injusticias, defender a los desamparados, premiar a los buenos y castigar a los malos. Estas dos características, la *aventura* y el *esfuerzo personal*, son los elementos de estos libros que particularmente se avenían con las aspiraciones vitales de sus lectores conquistadores, pues estos, al igual que sus admirados caballeros novelescos, también se lanzaban sobre un mundo todavía mágico y lleno de misterios, América, con la intención de domeñarlo y ceñirlo con su solo esfuerzo personal, en una nueva edición del combate desigual y arquetípico de David y Goliat. Tanto el caballero de la novela que se enfrenta a sus gigantes, dragones y encantadores maléficos, cuanto el conquistador que avanza por entre las desconocidas y hostiles regiones americanas, están acometiendo una labor similar por sus dimensiones sobrehumanas y por la valoración hiperbólica que ellos mismos hacen de su conducta: tanto en un caso como en el otro, sea un caballero que se mide con un dragón, sea un exiguo puñado de hombres que se enfrenta a poderosos imperios, se manifiesta como virtud central un extremado sentido del coraje, una *heroicidad* límite. Pero no se trata, en ningún caso, de la simple temeridad, del valor inmotivado, pues siempre hay detrás de la acción valiente un *ideal*, un sentido de *misión* que informa y sustenta el acto de arrojo. El caballero andante se enfrenta a los más variados y sobrecogedores peligros porque tiene la misión de imponer el orden y la justicia allí donde faltan; el conquistador –y volvemos a hacer debida abstracción y excepción de los casos particulares en que este ideal se haya visto bastardeado y aun desmentido por conductas innobles– se enfrenta a la naturaleza virgen y a los poderosos imperios de América porque ha sido llamado por aquella España encendida en fervores religiosos tras ocho siglos de guerra santa contra el musulmán a imponer el orden espiritual del Evangelio y a cristianizar el nuevo mundo. Ambas misiones, la del caballero y la del conquistador, se sustentan en cosmovisiones netamente providencialistas, y en ello estriba tanto su grandeza cuanto su peligro, pues el exceso y la desmesura en el cumplimiento de la misión están siempre al acecho. Ambas misiones, también, se montan sobre un sentido de la vida fuertemente individualista, fundado, como dijimos, en el solo esfuerzo personal, en la sola ley del caballero ejemplar y superior, que opera sobre la realidad como un cabal delegado de Dios mismo (Lacarra-Cacho Bleuca, *Lo imaginario, passim*; Leonard, *Los libros del conquistador*, 17-77; Rodríguez Prampolini, *Amadises de América*, 79-165). Esta realidad sobre la que operan el caballero y el conquistador es presentada ante todo como superior a la medida de cualquier hombre, y es en razón de este dato que la individualidad del héroe se destaca como extraordinaria. Así, ya se trate de la realidad maravillosa o encantada de los libros de caballerías, o de la naturaleza exuberante e inconmensurable de América, los ámbitos sobre los cuales el héroe deberá imponer su orden aparecen claramente connotados como de índole *mágica*. En rigor de verdad, en el caso de América los conquistadores veían, querían ver magia detrás de esa desmesura natural que no encuadraba en los cánones conocidos en su medio

original europeo, y en esta visión voluntariamente mágica influía, por cierto, el previo conocimiento y el modelo arquetípico de los espacios ficcionales de los libros de caballerías. El conquistador y explorador se esforzará, en consecuencia, por trasladar al espacio americano las categorías y los elementos propios del espacio caballeresco ficcional, y se entregará de este modo a una búsqueda denodada de sirenas, Amazonas, gigantes, cinocéfalos, grifos, fuentes de juventud y ciudades encantadas, sencillamente porque necesita de ese marco para que su ideal heroico, moldeado en el ejemplo del caballero andante, pueda fructificar como este en un ambiente condigno (Leonard, *Los libros del conquistador*, 42-43). Los libros de caballerías vienen, entonces, a influir de una doble manera en el conquistador: en la configuración de su ideal de vida, y en la determinación de una imagen apriorística del espacio americano²⁷.

La bibliografía elaborada con el propósito de demostrar y estudiar la influencia de los libros de caballerías sobre los conquistadores españoles de América es lo suficientemente dilatada para que Bataillon reaccionara ante ella –según hemos visto al tratar de su recepción de los trabajos de Lida– como ante una “moda” un tanto fastidiosa, y también para excusarnos de aducirla aquí de manera exhaustiva²⁸. Digamos solamente que tres son las pruebas genéricas de que disponemos al presente para postular que los

²⁷ “Como quedó expuesto anteriormente, en los libros de caballería existían dos factores sustantivos: el héroe y el ambiente en que tal héroe se mueve. Estos dos factores determinan dos vertientes o campos de influencia del género sobre el conquistador: por una parte, y como una derivación del influjo heroístico, una aprehensión en virtud de la cual el conquistador asimila la mentalidad –entendida como reacción ante la vida– del héroe de ficción; es decir, el conquistador, asimila e integra en su propia personalidad un conjunto de ideales que veíamos como caracterizadores del mundo moral del caballero medieval, nuevamente tratados en el género caballeresco *sub specie burguesa*; en segundo lugar, en estrecha conexión con el ambiente que, en los libros caballerescos, rodeaba al héroe, existe una configuración previa de fantasía y maravillosismo en torno al paisaje y a las posibilidades de las Indias; la formación de los *mitos*, de los que todavía está por hacer[se] un estudio sociológico, debe considerarse medularmente sujeto a este profundo sentido configurativo subyacente en los libros caballerescos” (Hernández y Sánchez Barba, “La influencia”, 254-255).

²⁸ Baste con señalar algunos títulos, apenas los más clásicos y los que mayormente nos han ayudado en nuestro estudio: Leonard, *Los libros del conquistador*, 17-128; Rodríguez Prampolini, *Amadises de América*, 79-165; Lacarra-Cacho Blecua, *Lo imaginario en la conquista de América, passim*; Cioranescu, “La conquista de América y la novela de caballerías”, 29-46; Chaunu, “Les Romains de chevalerie et la conquête du Nouveau Monde”, 216-228; Filgueira Valverde, “Influencia de la literatura caballeresca en los conquistadores y en los cronistas de Indias”, 213-226; Hernández y Sánchez Barba, “La influencia de los libros de caballerías sobre el conquistador”, 235-256; Sánchez, “Los libros de caballerías en la conquista de América”, 237-260; Schevill, “La novela histórica, las crónicas de Indias y los libros de caballerías”, 173-196.

conquistadores eran en efecto lectores de los libros de caballerías. La primera consiste en el testimonio directo de ellos mismos; resulta al respecto ya clásica la cita de Bernal Díaz del Castillo, soldado de Hernán Cortés:

[...] y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas y encantamiento que cuentan en el libro de Amadís [...] (Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, 248)²⁹

La segunda prueba, la que más de cerca atañe a nuestro trabajo, es la que proporciona alguna toponomástica americana. Porque no solo *Patagonia* tiene contraída una deuda de origen con un libro de caballerías, sino también *California*, denominada así en recuerdo de una isla de *Las sergas de Esplandián*; en el nombre del río *Amazonas*, por su parte, pudo haber influido el recuerdo de las amazonas de la reina Calafia, de la misma obra, y, según intentamos demostrar en otro trabajo, la isla de *Mal Hado*, frente al delta del Mississippi, en la que Álvar Núñez Cabeza de Vaca y sus compañeros pasaron tan aciagos momentos, guarda notables analogías con la isla de *Malfado* del *Palmerín de Olivia* (González, “*Mal Hado-Malfado*”, 55-66; Lacarra-Cacho Blecua, *Lo imaginario*, 87-99; Leonard, *Los libros del conquistador*, 51-77; Levillier, *El Paititi, El Dorado y las Amazonas*; Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios*, caps. XI-XVI; Riquer, “California”, 581-599). Finalmente, una tercera prueba la brindan las fidedignas estadísticas que Irving Leonard ha reunido sobre los libros que durante los primeros años de la conquista y los posteriores de la colonia fueron embarcados rumbo a América, con precisa mención de los títulos y las cantidades (Leonard, *Los libros del conquistador*, 101-412). Gracias a estos preciosos datos documentales, consistentes en listas de embarque y de bibliotecas privadas, podemos hoy afirmar que entre los títulos más frecuentemente repetidos se cuentan algunos de los libros de caballerías más famosos.

Ciertamente, y tal como objetaba Deodat, ninguna de estas pruebas toca directa e inequívocamente a Magallanes, y ningún documento nos dice explícitamente que el navegante haya leído el *Primaleón*. Esta lectura, por lo demás, en caso de existir debió producirse mucho antes de que el comercio de libros entre España y América se iniciara, debió ocurrir, forzosamente, en Portugal o en España misma, entre los

²⁹ La cita es preciosa, porque expresamente Bernal Díaz nos da una prueba de la identificación del espacio americano con los moldes maravillosos del espacio caballeresco ficcional, al comparar las grandes obras de la ingeniería azteca con los encantamientos que cuentan en el libro de Amadís. No es la única mención que el autor hace de esta novela; *cfr.* p. 869, en que menciona a Agrajes, otro importante personaje del *Amadís de Gaula*.

años 1512 en que aparece la primera edición de la novela y 1519 en que parte la expedición alrededor del globo. A falta de pruebas documentales, empero, poseemos algunos indicios que, si bien no demuestran la existencia de esa lectura, sí se suman provechosamente a la sólida prueba textual que aporta el cotejo del *Primaleón* con el diario de Pigafetta en lo referente al Patagón y los patagones, según veremos enseguida. El hidalgo Magallanes, perteneciente a una familia de la nobleza menor de Portugal, tuvo una educación cortesana en la mismísima sede real lisboeta, donde actuó incluso como paje de la reina Leonor (Zweig, *Magallanes*, 31); es precisamente el tipo de ambiente y de formación que mejor se condicen con el consumo de literatura caballeresca, buena maestra de cortesánías y lances de amor y honra. Claro que para este tiempo todavía no se ha escrito el *Primaleón*, pero el joven paje bien pudo adquirir el hábito de la lectura de este tipo de historias en aquellos años. Mucho después, y ya compuesto el *Primaleón*, Magallanes se aleja de Portugal tras una fuerte disputa con el rey Manuel, desengañado de este y de su patria debido a la ingratitud con que ambos venían ignorando sus largos años de servicios militares en la India y en Marruecos; en 1517 pisa tierra española, y se instala en Sevilla, desde donde procurará, y al cabo obtendrá, el apoyo del emperador Carlos a su proyecto de alcanzar las Indias Orientales por el camino de las Occidentales, a través de un estrecho de cuya existencia está seguro. Lo que nos importa de esto es que a su llegada a Sevilla Magallanes es recibido y alojado por un compatriota, Diego Barbosa, padre de Bárbara, que se convierte en breve tiempo en la prometida y esposa del joven emigrado, y de Duarte, también intrépido navegante de los mares índicos y, además, escritor y autor de un libro de viajes y aventuras muy estimado en aquellos tiempos, *O livro de Duarte Barbosa* (Zweig, *Magallanes*, 70-71). Magallanes estrecha una amistad muy fuerte con Duarte, y no sería del todo imposible que el escritor y aventurero Duarte haya familiarizado al también aventurero y otrora cortesano Magallanes con algo de la buena literatura de aventuras, viajes y cortesánías que por aquellos años circulaba por la ciudad y el reino, y de la cual el *Primaleón* era una caracterizada muestra. Son, por supuesto, puras y simples conjeturas, pero verosímiles y no del todo descaminadas. La prueba de mayor peso para demostrar los orígenes primaleonianos del nombre *patagones*, de todos modos, nos la habrá de proporcionar no la biografía de Magallanes, sino el texto mismo del *Primaleón*, al cual ya mismo iremos.

B.II. EL PRIMALEÓN Y EL GRAN PATAGÓN

El *Primaleón*, así conocido popularmente pero denominado en verdad *Libro segundo del emperador Palmerín*, es una extensa narración de compleja factura estructural que desarrolla, en forma ya sucesiva, ya simultánea y entrelazada, las historias de dos de los hijos de Palmerín de Olivia, Polendos y Primaleón, de su futuro yerno don Duardos, y de su nieto Platir. Desconocemos quién fue su autor, aunque

sí sabemos, por el escaso tiempo corrido entre las primeras ediciones del *Palmerín de Olivia* –diciembre de 1511– y del *Primaleón* –julio de 1512–, que ambas obras han debido escribirse por una misma y única pluma. Se conjetura que quien sostuvo esa pluma pudo haber sido Juan Augur de Trasmiera, responsable de unos versos latinos que clausuran la primera edición del *Palmerín*, o bien una enigmática *femina* que, según esos mismos versos, escribió la obra con ayuda de su hijo, o inclusive el Francisco Vázquez a quien se adjudica, en la primera edición del *Primaleón*, la traducción conjunta de este y del *Palmerín* a partir de un fantástico original griego. No nos corresponde a nosotros, dado el acotado propósito de este trabajo, discutir la cuestión, ni detenernos tampoco en un análisis del *Primaleón* en su totalidad³⁰; iremos directamente, en cambio, a los episodios de la obra que involucran al personaje que reclama el interés de nuestro estudio, el Patagón.

En el capítulo CXXXIII del *Primaleón*, éste y algunos otros caballeros arriban a una isla poblada por espléndidas ciudades; en ella son recibidos por Palantín, hijo del señor del lugar. Palantín acoge a los forasteros en su palacio, y les refiere que en las partes más apartadas y montañosas de la isla moran una extraña criatura y sus no menos extraños congéneres³¹:

³⁰ La bibliografía sobre el *Palmerín de Olivia* y el *Primaleón* no es demasiado extensa; aducimos algunos títulos: Eisenberg, *Castilian Romances of Chivalry; Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*; García Dini, “Per una bibliografia dei romanzi di cavalleria”, 5-44; Gayangos, “Discurso preliminar”, iii-lxii; González, “La ideología profética del *Palmerín de Olivia*”, 53-81; “Pautas para la caracterización del discurso profético ficcional como clase de texto: las profecías del *Palmerín de Olivia*”, 107-158; “El sistema profético en la determinación del *Palmerín-Primaleón* como unidad textual”, 35-76 (primera parte), 81-118 (segunda parte); “Los sueños proféticos del *Palmerín de Olivia* a la luz de los *Commentarii in Somnium Scipionis* de Macrobio”, 205-264; Ledda, “Note sul *Primaleón*”, 137-158; Mancini, “Introducción al *Palmerín de Olivia*”, 7-202; Marín Pina, “El ciclo español de los Palmerines”, 3-27; *Edición y estudio del ciclo español de los Palmerines*; “Nuevos datos sobre Francisco Vázquez y Feliciano de Silva, autores de libros de caballerías”, 117-130; Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, I, 416-421; Norton, “The first edition of *Primaleón*”, 29-31; Thomas, *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas*, 65-89).

³¹ Los textos del *Primaleón* que aquí transcribimos proceden del ejemplar de la edición *princeps* de la obra (Salamanca, 1512), descubierto por Norton en 1960 y conservado en la Cambridge University Library bajo la signatura F.151.b.88. Esta edición es la única que eventualmente pudo leer Magallanes antes de 1519. Entrada ya en prensa la primera edición este libro, nos llega la gratísima nueva de la aparición en España, para la estupenda colección “Los libros de Rocinante” del Centro de Estudios Cervantinos de la Universidad de Alcalá, de la tan esperada edición del *Primaleón* a cargo de María Carmen Marín Pina, la primera moderna de una obra que no había vuelto a editarse después del siglo XVI. Sin tiempo ya para incluir referencias textuales concretas a la edición de Marín Pina (que sigue también ella, por lo de-

E vn día estando fablando en muchas cosas, él [Primaleón] les preguntó si era grande aquella ysla e si era toda poblada, que mucho era viciosa.

–Mi buen señor–dixo Palantín–, la mayor población que ella tiene es en la costa de la mar, e a vna parte de esta ysla ay muy grandes montañas e de poco tiempo a esta parte moran en ellas vna gente muy partada de todas las otras que ay en ella, porque biuen así como animales, e son muy brauos y esquiuos, e comen carne cruda de lo que caçan por las montañas, e son así como saluajes, que no traen sino vestiduras de pieles de las animalias que matan, e son tan desemejadas que es cosa marauillosa de ver. Mas todo es nada [comparado] con vn hombre que agora ay entre ellos, que se llama Patagón. Y este Patagón dizen que lo engendró vn animal que ay en aquellas montañas, que es el más desemejado que ay en el mundo, saluo que tiene mucho entendimiento y es muy amigo de las mugeres. E dizen que ouo que auer con vna de aquellas patagonas, que así las llamamos nosotros por saluajes, e que aquel animal engendró en ella aquel fijo; y esto tiénenlo por muy cierto, según salió desemejado, que tiene la cara como de can, e las orejas tan grandes que le llegan fasta los hombros, y los dientes muy agudos e grandes, que le salen fuera de la boca retuertos, e los pies de manera de cieruo. E corre tan ligero que no ay quien lo pueda alcançar, y algunos que lo han visto dizen de él marauillas, y él anda de contino por los montes caçando, e trae dos leones de traylla, e trae vn arco en sus manos con saetas muy agudas con que fiere. E desde que este Patagón se crió en aquellas montañas, faze mucho daño, que sale a lo llano e no falla hombre de acá de los nuestros que no mata, por manera que los hombres no son seguros, e por aquella parte dexan de fazer sus lauores por él. E algunas vezes nos auemos juntado muchos por lo matar, e tanto auemos fecho como nada, antes él nos a

más, la *princeps* de Salamanca de 1512 sobre la cual hemos trabajado), cumplimos aquí con dar brevísima cuenta de su salida y con congratularnos ante el hecho. En nuestra transcripción respetamos la irregular ortografía original del castellano de principios del siglo XVI, a excepción hecha del signo tironiano τ , que transcribimos como *e*, y de la *ese* larga \bar{e} , que transcribimos como *s*; conservamos por tanto la *u* con valor de *v* o de *b*, y la *v* con valor de *u*; desarrollamos asimismo las abreviaturas, separamos las palabras aglutinadas, regularizamos la puntuación, los acentos y las mayúsculas e introducimos donde cuadran los signos de interrogación y de exclamación y las rayas de diálogo. Indicamos mediante romanos mayúsculos el capítulo y mediante romanos minúsculos el folio, y tras la mención de *recto* o *verso* -*r*, *v*- indicamos la columna mediante las minúsculas superindiciales ^{a, b}. En caso de existir discrepancia entre la numeración *real* del capítulo o el folio y la numeración *impresa*, consignamos primero la real y seguidamente la impresa, entre corchetes. Al cabo de cada fragmento transcripto ofrecemos en nota, si cuadrare, un brevísimo glosario.

fecho gran daño. E trae vn cuerno a su cuello, e tañiéndolo vienen muchos de aquellos patagones a le ayudar, e faze gran daño que no temen sus vidas. Por manera que así lo auemos dexado fasta que Dios, que es poderoso, lo quite del mundo, que mucho nos sería menester la su muerte (CXXXIII, cxxxv [cxxxij] v^b - cxxxvi [cxxxix] r^a)³².

Pese a las advertencias de Palantín acerca de que “más vale ver al diablo” que al Patagón (CXXXIV cxxxvi [cxxxix] r^b), Primaleón decide ir en su busca, enfrentársele, y librar así a los habitantes de la isla, que tan hospitalaria acogida le han brindado, del constante peligro que el monstruo y los suyos representan:

E dexáronlos [Primaleón y Purente] [a] todos durmiendo, e fuéronse adelante, e anduieron toda la noche fasta el día claro, que entraron en lo más espeso de la montaña. E andando por vnas partes e por otras fallaron a Patagón, aquel que yua[n] a buscar, que auía muerto vn venado y estaua dando de comer a los leones que él traía, con que fazía sus caças. Mucho fue ledo Primaleón por fallarlo, que gran parte del día auía andado por las montañas buscándolo [...]. E como Patagón lo vido venir, bien pensó que lo venía a buscar, e a él e a otros diez que fueran no los tuuiera en tanto como nada, que él era grande de cuerpo y de gran fuerça, aunque el cuerpo tenía muy dessemejado. E luego que vio a Primaleón quitó los leones del venado que estauan comiendo, e fizoles señas como él los tenía, amostra[n]do que fuessen para Primaleón [...]. (CXXXIV, cxxxvi [cxxxix] r^b - v^a)³³.

Los leones atacan a Primaleón, que va montado, pero el caballero se apea y las fieras quedan luchando con el caballo; Primaleón, por su parte, traba feroz combate con el Patagón:

Patagón tenía vna saeta puesta en su arco, e tiró con ella a Primaleón. E como él traía muy fuertes armas [defensivas], no lo firió, y él [Primaleón], que muy ligero era, llegóse muy prestamente a él [a Patagón]. E lleuaua la lança en las manos, e firió a Patagón con ella con toda su fuerça, e como él no tenía armadura en las piernas, ambas a dos gelas passó. Patagón, que así se vido ferido, tomó gran coraçón e quitó la lança de sí, e tornola a arrojar a Primaleón; mas él se guardó bien desde que la vido venir, e sacó su espada e llegó al Gran Patagón, que vna gran cuchilla e muy aguda tenía en las manos. E dio tan esquiuo golpe

³² *viciosa*: deleitosa, abundante, bien provista; *partada*: apartada; *animalias*: animales; *desemejadas*: feas; *retuertos*: retorcidos; *de contino*: continuamente; *traylla*: rienda, cadena.

³³ *ledo*: contento.

a Primaleón con ella, que el escudo le fendió. Primaleón, no espantado punto, lo firió con su espada tan esquiamente de dos otros golpes que Patagón, que los recibió, vido su muerte muy cierta. Y echando de sí el arco y el cuchillo que traía, se yua abraçar con Primaleón, pensando que si en sus braços lo cogía, que no le podía escapar de muerte. E así fuera según la gran fuerça de Patagón, mas él [Primaleón] se quitó afuera, e dióle tan poderoso golpe en el braço derecho cabe la mano que gela cortó e luego le cayó en tierra. Patagón fue tan tollido del gran dolor e de la mucha sangre que de las piernas le salía, e las llagas eran tales, que no se pudo tener e cayó en tierra tendido. E dio vna tan temerosa boz que no viera ninguno de tan gran coraçón que espanto no viera; e a esta boz los leones dexaron el cauallo e acudieron a él, e como lo vieron así, ambos a dos saltaron con Primaleón, regañando los dientes con grande braueza [...] (CXXXIV, cxxxvi [cxxxix] v^a)³⁴.

Primaleón entabla entonces dura pelea contra los leones, a quienes mata pese a ser antes herido por ellos; después procede a encadenar al abatido Patagón:

E como él [Primaleón] ouo muerto los leones, fue sobre el Gran Patagón, e quando lo vido así, tan dessemejado e cosa tan estraña de mirar, tomole en voluntad de lo llevar preso, e si él lo pudiesse llevar en sus naos, que le sería grande honrra, porque su señora Gridonia lo viesse. E llamó a Purente, que muy espantado estaua de lo que le vido fazer:

–¡Ay, señor!, bendito sea Dios que así vos libró. Vos no folgáys sino quando acometéys las cosas peligrosas.

–Déxate de esso –dixo él [Primaleón]–, e pensemos cómo lleuaremos preso a este diablo, que mucho folgaría de lo llevar biuo ante Gridonia.

–Él está tan mal ferido –dixo Purente– que será marauilla poder esso fazer, mas todavía busquemos el remedio para llevarlo.

Y él se apeó e fue por la cadena en que el Gran Patagón traía los leones de traýlla, e Primaleón, quando la vido, fue muy ledo, y ambos a dos fueron a Patagón y echárongela a la garganta, aunque él fazia tales cosas que los espantaua, que daua grandes bramidos, por manera que acudieron allí dos de aquellos patagones de su linaje. Y estos traían así me[s]mo cuchillos muy agudos como él, que otras armas no las tenían, mas eran muy fuertes e ligeros. Primaleón dixo a Purente:

³⁴ *gelas*: se las; *gran coraçón*: gran coraje o valentía; *fendió*: hendió, quebró; *no espantado punto*: en nada amedrentado; *tollido*: arrebatado; *regañando*: haciendo sonar.

–Amigo, tú, pues no estás armado, quítate afuera, que estos a valer vienen a este.

E luego Primaleón saltó a ellos con su espada en la mano e cubierto de su escudo. Y ellos, quando tal vieron a Patagón, fueron muy espantados, e muchas cosas dezían, mas Primaleón no las entendía. Más entendió en ampararse de ellos, que bien menester le fizo, que ambos a dos lo començaron de ferir de muy esquivos golpes; mas por su mal vinieron ellos allí, que Primaleón firió al vno de ellos con tanta fuerça que la cabeça le fendió e luego cayó muerto en tierra. E por mucho que el otro fizo no se pudo escapar de sus manos que no lo matasse, mas sabed que ellos lo firieron a él malamente. Mas en escapar así todo le fue nada, e desde que folgó vn poco quisiérase yr de aquel lugar, mas no sabía cómo lleuasse a Patagón ni en qué él fuesse, que su cauallo era todo desfecho de los leones (CXXXIV, cxxxvi [cxxxix] v^b - cxxxviii [cxxx] r^a)³⁵.

Los compañeros de Primaleón, que habían quedado durmiendo, han al cabo despertado, e inquietos al no encontrarlo, acuden ahora junto a él; mucho se maravillan al ver vencido y amarrado al Gran Patagón. Ante las grandes alabanzas que le prodiga el agradecido Palantín, el héroe responde:

–Ora vos dexad de esso –dixo Primaleón–, e ruégovos que vamos de aquí e lleemos a Patagón biuo, preso, porque todos lo vean.

–Ansí lo fagamos –dixeron ellos.

E luego lo leuataron por fuerça, e seys hombres de pie que venían con Palantín lo tomaron entre sí para lo lleuar. E Torques fue a tomalle el cuerno que traía al cuello, que era muy estraño, e púsolo a la boca por ver qué son fazía, e porque viniessen algunos de los patagones por se ver con ellos; e tañolo muy rezio, e antes que de allí se partiessen, al son del cuerno vinieron bien quinze de ellos. E como Torques e Palantín los vieron pusiéronse en punto para se defender, e començose entre ellos vna esquiua batalla, que los patagones eran todos de grandes fuerças e sabían ferir sin miedo con las armas que traían. Torques mató dos de ellos con la lança, que tan fuertemente los encontraua que se la metía por el cuerpo e daua con ellos muertos en tierra; e desde que la quebró puso mano a la espada, e metiose entre ellos con grande ardimiento; y ellos le mataron el cauallo, e desde que fue a pie, entonces fizo marauillas, e feríalos muy sin piedad. Los cinco caualleros del ducado de Ormedes lo fizieron allí muy bien, que eran vsados de las armas. E Palantín, viendo las sus grandes bondades, creciole

³⁵ *folgar*: descansar, alegrarse; *valer*: socorrer.

el ardimiento, y él e los suyos les ayudaron muy esforçadamente, por manera que ninguno les escapó que no fuesen muertos. Primaleón los miraua, que a él menester le fazía de folgar, e si él viera que le era menester la su ayuda no lo dexara de fazer. Mucho era ledo por ver la gran bondad de Torques, e mucho lo preciaua en su coraçón quando lo vido tan fardido y esforçado. Y desde que los patagones fueron muertos acordaron de se yr de allí [...], e partieron de allí lleuando consigo a Patagón, que todos los seys hombres auían bien que fazer en lo poder lleuar, e si él no fuera tan lasso de la sangre que le salía e del dolor de las llagas, a duro lo pudieran fazer. A Primaleón le auían apretado las llagas que tenía, e lo mejor que pudieron caminaron aquel día todo fasta que fue de noche (CXXXIV, cxxxvii [cxxx] r^{ab})³⁶.

Los caballeros conducen al Gran Patagón, siempre encadenado, a la villa capital de la isla, donde el prisionero “mostraua tanta saña a todos que fuýan ante él, según la su catadura era espantosa” (CXXXV, cxxxvii [cxxx] v^a); allí los caballeros curan sus propias heridas, y lo mismo intentan hacer con las del Patagón, pero este rehúsa violentamente, y solo se amansa y aquieta al contemplar la belleza de Sélvida, hermana de Palantín:

E Primaleón fue curado y echado en vn rico lecho, e rogó a los maestros que curassen muy bien de Patagón, que él desseaua mucho de lo lleuar biuo.

–La cura en él –dixeron los maestros– es mal empleada, mas faremos vuestro mandado.

E como ellos lo fueron a curar, Patagón no gelo consintió, que muy sañado era, tanto que se quería dexar morir. Sélvida, que así se llamaua la fija del cauallero señor de la ysla, vino por verlo, y estrañamente fue espantada por mirallo. Mas Patagón no se espantó de ver a ella, antes en miralle su fermosura fue muy manso. E sabed que él auía aquella condición, así como el animal que lo engendró, de ser muy ledo contra las mugeres, e así lo fue Patagón contra Sélvida que no pudo negar su natural, especialmente con aquella que le pareció estrañamente hermosa como ella lo era. E todos conocieron el su plazer contra ella, e su padre le rogó que se llegasse a él. Ella con gran temor lo fizo. Patagón fue estrañamente ledo quando tan cerca de sí la vido, e tanto fizo, que la donzella perdió el gran miedo que de él tenía, e començolo de falagar con

³⁶ *rezo*: con ímpetu y fuerza; *ardimiento*: ardor, valor, denuedo; *vsados*: habituados; *fardido*: valiente, aguerrido; *lasso*: desfalleciente, falta de fuerzas; *a duro*: con trabajo, no fácilmente.

dulces palabras. E rogáuale que se dexase curar, y él lo entendió bien, mas no lo quiso fazer porque él mesmo se entendía de curar, e sacó la lengua muy grande e bermeja e començó de lamber las feridas; e dezíale que aquello le bastaría, mas el su lenguaje ella ni otro no podían entender. E luego le traxeron qué comiesse, y él lo fizo por ruego de la donzella, tanto era manso contra ella. Todos lo tenían por cosa estraña. Primaleón fue muy ledo a marauilla quando estas nueuas supo, e de allí adelante Séluida tomó cargo de le dar de comer e fazelle curar. Y ella mesma le echó vna gruessa cadena a los pies, y él estouo muy manso, e dexáuale fazer quanto ella quería. E no ouo hombre en toda la ysla que no lo viniessse a ver, por tan gran marauilla tenían la su vista. E de allí adelante los patagones fueron espantados, que no osauan fazer mal (CXXXV, cxxxvii [cxxx] v^{ab})³⁷.

Primaleón, ya aliviado en sus heridas, quiere llevar a Patagón a las naves para conducirlo hasta Apolonia y allí ofrecerlo a su enamorada Gridonia como curioso don; pero la criatura se resiste, y solo con la ayuda de Séluida se lo puede embarcar:

E fizieron lleuar a Patagón a las naos, que ya era guarido de sus llagas, e apenas lo pudieran fazer si Séluida no fuera con él fasta lo meter en vna cámara de la nao. E sabed que él mostraua temor en viendo a Primaleón, que bien conoscía que era él el que lo auía vencido. E si él [Primaleón] lo amenazaua, luego él [Patagón] fazía lo que él mandaua, e mucho lo tenían a gran marauilla esto [...] (CXXXV, cxxxviii [cxxxv] r^a).

Hasta aquí hemos asistido, pues, a un amansamiento *parcial* del Gran Patagón, ya que se requiere del concurso y de la presencia constante de Séluida para que él se avenga a obedecer. Así las cosas, las naves de Primaleón parten, y pasado un tiempo y despachadas algunas breues aventuras marítimas, nuestro héroe llega a Apolonia. Allí, y tras el emotivo reencuentro con Gridonia, conduce a esta y a la infanta Zerfira a la nave donde está el Patagón, para presentárselo:

E como llegaron a la mar entraron en vna barca e subieron en la nao adonde estaua Patagón preso, en cadenas, en vna cámara. Primaleón lleuaua a Gridonia por la mano, y entraron en la cámara donde estaua Patagón, el qual estaua muy enojado e corajoso. Desde la ora que se auía partido de Séluida, hermana de Palantín, jamás él auía dexado su saña, e apenas le podía[n] fazer comer. E tenía la cara tan espantosa que ponía pauor a quien lo miraua, e no parecía sino el mesmo diablo, que parecía que por los ojos echaua fuego, e tan disforme

³⁷ *maestros*: cirujanos; *sañudo*: enojado, airado; *contra*: respecto de, en relación con.

estaua que no ay hombre que vos lo pudiesse contar, e [estaua] gemiendo muy fieramente de verse así preso. Gridonia, que descuydada yua de ver tan fea cosa, quando lo vido fue tan espantada que se abraçó con Primaleón, dando muy grandes bozes.

–¡Ay, Santa María! –dixo ella–, ¿e qué me truxistes aquí a ver? ¿Este es el diablo o su fechora?

Primaleón ouo estraño plazer en ver a su señora con tanto miedo que lo tenía abraçado e no lo dexaua, e de esto folgó él mucho, e díxole:

–Mi señora, no ayáys miedo, que este que aquí veys es hombre vmano, e fará vuestro mandado. E pídovos por merced que vos lleguéys a él e lo falaguéys, e veréys quán manso torna, que lo podremos sacar de aquí e vello han todos.

–Ya no me ayude Dios –dixo Gridonia– si yo tales falagos le fago, que no es él tal que lo merece. Antes vos ruego que salgamos de aquí, que yo no puedo sofrir de ver tan cruel bestia.

Primaleón le rogó que estuuiesse e que no recibiesse pavor. Ella, por fazer su ruego, lo fizo, mas no osaua miralle. La ynfanta Zerfira, que de más coraçón era e ya sabía todo el fecho de Patagón, que Torques se lo fue contando, entró en la cámara, e sin ningún pavor se llegó a Patagón, e díxole:

–Amigo, ¿queréysvos yr comigo, que vos llevaré a lugar adonde folgaréys?

Patagón, que vio tanta fermosura así de Gridonia como de la ynfanta Zerfira, tornó muy pagado, e tanto se le omilló que le quiso besar los pies, mostrando a la ynfanta grande alegría. Ella tomó el ramal de la cadena en sus manos e rogole que fuesse con ella, y él se leuantó e lo fizo de grado. E así salieron a la cubierta de la nao, e Gridonia, mientras más lo miraua, más era espantada.

–¡Ay, Cauallero de la Roca Partida [Primaleón] –dezia ella–, e cómo me auéys engañado! Cierito el donzel es muy apuesto para seruir dueñas e donzellas. ¿E fuestes vos aquel que pudistes prender e sojuzgar a este?

–Mi señora –dixo él–, yo lo fize porque vos lo viéssedes, que es la más estraña cosa que ay en el mundo.

–Esso podéys vos dezir con verdad –dixo ella–, e porque todos vean la vuestra grande bondad, fuelgo yo porque lo hauéys traído, mas no porque yo fuelgue de vello.

E luego tornaron a entrar en la barca, e salieron en tierra, e Gridonia no consintió que Patagón fuesse con ella. E la ynfanta Zerfira quedó para lo lleuar, e Patagón, muy manso, se fue con ella. ¿Quién vos podría dezir las gentes que venían por mirallo? E todos se espantauan de ver la su fechora, e apenas pudieron llegar al palacio de la reyna, tanta era la gente (CXXXVIII, cxlii [cxxxix] r^a - v^b)³⁸.

Gridonia tiene por mascota –en el capítulo LXIII se nos había informado acerca de ello– un peculiar león, que suele atacar a todo aquel que llega, pero que ante ella se humilla y subordina mansamente. Se trata del viejo motivo tradicional del *león reverente*, que la literatura española conoce ya desde el *Poema del Cid* (III, vv. 2278-2310), y cuyos antecedentes podrían remontarse hasta el veterotestamentario libro de Daniel (Dn. 6, 17-25). Ante la llegada del Gran Patagón al palacio, el león reacciona con hostilidad:

El león salió muy brauo a marauilla quando vido aquella rebuelta de la gente, y él venía tal que todos fuyeron ante él. Y el león se fue derechamente a Patagón, e dio salto en él, e con las vñas, que tenía muy agudas, le fizo grandes llagas. Patagón, que no tenía sino vna sola mano e no tenía armas, començolo él de ferir con el puño; el león le tomó la mano entre sus agudos dientes e cortógela así como la otra. E no ouo ninguno allí tan fardido que los osasse despartir, sino fue Primaleón, que prestamente sacó su espada e fue a ellos e començó de dar de llano al león con ella, que matallo no lo quería él fazer porque era de su señora. E tan fuertemente lo amenazó que el león se quitó afuera, e dexó a Patagón muy malamente ferido. E todos se marauillauan de ver tan cruda batalla, y Patagón estaua muy sañudo por auer así perdido su mano. Primaleón tomó al león por la traýlla, e lleuolo a la cámara de Gridonia e allí lo dexó, mas mucho holgó de ver aquella buelta, e así mesmo Gridonia. E dezía ella:

–Ora vos digo que yo precio más al mi león, porque así me vengó de aquel que tanto me espantó.

E desde aquella ora Patagón conoció el bien que Primaleón le fizo, e desde allí adelante él le fue muy mandado. E él mesmo se curó las llagas, como fizo [con] las que Primaleón le fizo; e después que Patagón fue guarido, Primaleón le mandó quitar las cadenas e que anduuesse suelto por donde quisiesse, que ya él no podía fazer mal, que él no tenía manos, e que no se podía yr, que no auía montañas por donde se pudiesse esconder. Mas todavía las gentes, donde lo topauan, fuyan ante él quando lo vían, tanto les espantaua la su vista. Mas

³⁸ *corajoso*: animoso, esforzado, valeroso; *truxistes*: trajisteis; *pagado*: contento.

él no fazía mal a ninguno, e como se vido suelto estaua él [...] más alegre que con las cadenas, e andaua por la ciudad muy manso como si entre gentes se vuiera criado todos los días de su vida. E su sabor era de yr a las montañas a caçar como solía, e de las caças que él traía daua a la ynfanta Zerfira, que con aquélla tomó él muy grande amor e fazía todo quanto la ynfanta le mandaua, que Gridonia todavía le auía tanto miedo que jamás consentía que estuuiesse ante ella (CXXXVIII, cxlii [cxxxix] v^{ab})³⁹.

A partir de aquí el Gran Patagón adopta una mansedumbre permanente y se incorpora en forma definitiva al mundo humano y civilizado. A tal punto es así, que en capítulos posteriores lo vemos actuar como compañero de caza de Primaleón, Gridonia, Torques, Zerfira, Purente y Palantín, debido a sus grandes conocimientos en tales menesteres; en el transcurso de una de estas salidas a cazar es cuando ocurre el rapto de Gridonia por parte de Grestes (CLIX, clxvi [clxiiij] v^a - clxvii [clxiiiij] r^a). Poco después Gridonia es rescatada por Duardos, pero cuando acude a su vez Primaleón para salvarla, cree equivocadamente que Duardos es el raptor y se traba en lucha con él; solidariamente, el león de Gridonia ataca a Mayortes, el perro de Duardos, y el noble Patagón, asimilado ahora en forma absoluta a la esfera de sus antiguos captores y actuales amigos, une sus fuerzas a las de ese león, con quien no mucho tiempo atrás se había enfrentado, para ayudarlo en su riña contra el can:

Y él [el perro Mayortes], que yua avllando muy brauo e sañado contra Primaleón, falló ante sí al fuerte león de Gridonia, que auía venido con Primaleón. E como ellos se vieron començáronse de ferir muy malamente, e como Mayortes era muy fuerte maltrataua muy mal al león, que lo traía enbaxo de sí muy maltratado. Mas el Patagón, que allí estaua, [...] ayudole mejor que él podía, avnque no tenía manos, mor[d]iendo a Mayortes con sus fuertes dientes, por manera que fue entre ellos la más estraña batalla que los hombres vieron. E la buelta y el ruydo de todos era muy grande, que se ferían los vnos a los otros como mortales enemigos (CLXIII, clxx [clxviij] v^{ab}).

Superadas todas estas aventuras, Gridonia pierde su temor y rechazo por el Patagón, y hace su tan esperada y demorada entrada en Constantinopla acompañada de este y de su león:

³⁹ *despartir*: separar; *buelta*: riña, contienda, alboroto; *guarido*: curado.

E el Gran Patagón yua ante Gridonia, lleuando de trailla al león, e la gran fealdad de Patagón acrecentaua la gran fermosura de Gridonia, e todos tenían tanto que mirar en el vno como en el otro [...] (CLXXXIX, ccii [cxcix] r^a).

Se trata de la última aparición del Gran Patagón en nuestra obra; conviene rete-nerla, porque no es una escena cualquiera, sino un momento triunfal en el que nuestra transmutada criatura hace su ingreso en la mayor ciudad del mundo, de la mano de la más hermosa princesa y ante las miradas asombradas de la corte y la población más refinadas: el otrora salvaje y hoy educado Patagón está rindiendo, con éxito, el examen final de su aprendizaje civilizatorio. Pero antes ahondar en lo que este final representa, volvamos atrás sobre nuestros pasos y analicemos en detalle la trayectoria vital del Gran Patagón que acabamos de transcribir.

B.III. MOTIVOS MÍTICO-LITERARIOS Y DOCTRINALES EN LOS EPISODIOS DEL GRAN PATAGÓN

B.III.1. CONFIGURACIÓN FÍSICA DEL GRAN PATAGÓN

El Patagón es presentado como un *híbrido* humano-animal; por una parte dice de él Palantín que es “vn *hombre* que agora ay entre ellos”, pero por otra parte “lo engendró vn *animal*”, y sus congéneres patagones “biuen así como animales” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a). Esta mezcla de hombre y animal, identificable de suyo con lo monstruoso, debe inscribirse en la categoría estética, de origen medieval, que a falta de mejor expresión podemos llamar, con Kayser, *grotesco* (Kayser, *Lo grotesco*, 24, 221-222). Pero además, la forma híbrida es la acostumbrada en numerosas criaturas monstruosas de los libros de caballerías, ya sea que combinen humanidad y animalidad, ya sea que mezclen diversas especies animales; así, el Patagón se encuentra, sin salirse de los límites del género caballeresco, en la adecuada compañía de endriagos, sagitarios, basiliscos, minotauros y sirenas (Marín Pina, “Los monstruos híbridos”, 29), y resulta también un híbrido múltiple, pues no se contenta con combinar lo humano y lo animal, sino que aun en su mitad animalesca combina varias especies; claramente, por lo menos, dos: perro y ciervo. Es perro por su cabeza, ya que “tiene la cara como de can”, pero también tiene “los pies de manera de ciervo” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a). El híbrido humano con cabeza perruna es bien conocido en la tradición occidental bajo el nombre de *cinocéfalo*. Plinio recoge noticias sobre esta criatura en sus *Naturales Historiae* (VI, 29-30; VII 2; VIII, 54; XXXVII, 40), y también San Agustín en *De civitate Dei* (XVI, viii, 1). En los umbrales de la Edad Media, San Isidoro de Sevilla recoge estos datos y los lega al imaginario posterior como asociados a la lejana India: “*Cinocéfalos*, así dichos porque tenían cabeza de perro, y en su mismo ladrar manifestaban tener más de bestia que de hombre; estos

son naturales de la India” (XI, iii, 15)⁴⁰; siglos después, el viajero Marco Polo afirma su existencia real en esas mismas apartadas tierras:

Angaman es una isla muy grande, sin ley ni rey. Son idólatras, viven como los animales salvajes. Y tenemos que apuntar en el libro una extraña visión de estas gentes. En esta isla los hombres tienen cabeza y dientes de perro, y en su fisonomía parecen enormes mastines. Son muy crueles y antropófagos y se comen cuantos hombres prenden que no sean de sus gentes (Marco Polo, *Viajes*, CLXXIII, p. 163).

Más allá del dato de la antropofagia, ausente en nuestro Patagón, las similitudes entre estas bestias de la isla de Angaman y los patagones de la isla de Palantín son notables; nótese que tanto la descripción del *Primaleón* cuanto el retrato de Polo hacen especial referencia a los dientes como elemento destacado dentro de ese rostro perruno (“los dientes muy agudos e grandes, que le salen fuera de la boca retuertos”, CXXXIII, cxxxvi [cxxix] r^a). Para San Isidoro basta este rasgo dental para definir una categoría monstruosa especial, el *cinodonte* o humano con dientes dobles (XI, iii, 7)⁴¹; pese a esta definición del santo, la formación nominal de base griega *cynodontes*, con su primer elemento *cyno-*, de *kýon-kynós (ho)* ‘perro’, nos dice a las claras que esos dobles dientes son caninos. Guiado por el mismo afán especificador, San Isidoro distingue también como categoría aparte la de las criaturas de grandes orejas, rasgo este que en la descripción del Patagón aparece como derivado de su condición cinocéfala (“tiene la cara como de can, e las orejas tan grandes que le llegan fasta los hombros”, CXXXIII, cxxxvi [cxxix] r^a); *panotios*, ‘todo orejas’, llama Isidoro a los seres semejantes: “dicen que existen en Escitia, siendo sus orejas tan grandes que les cubren todo el cuerpo; su nombre viene del griego *pán*, que significa todo, y *óta*, que significa orejas” (XI, iii, 19)⁴². Finalmente están los pies de ciervo, elemento que no alcanza en los bestiarios para definir una especie independiente, pero que encuentra una bastante aproximada categoría en los *sciopodas* de, otra vez, San Isidoro: “se dice que están en Etiopía y son admirables por sus piernas y la celeridad de su carrera” (XI, iii, 23)⁴³. No especifica el santo que esas piernas sean de ciervo, pero sí describe el *Primaleón* expresamente que los pies de ciervo del Patagón son sumamente veloces: “E corre tan ligero que no ay quien lo pueda alcançar” (CXXXIII, cxxxvi [cxxix] r^a).

⁴⁰ “Cynocephali appellantur eo quod canina capita habeant, quosque ipse latratus magis bestias quam homines confitetur. Hi in India nascuntur.”

⁴¹ “[...] cynodontes, quibus gemini procedunt dentes.”

⁴² “Panotios apud Scythiam esse ferunt, tam diffusa magnitudine aurium ut omne corpus ex eis contegant. Πάν enim Graeco sermone omne, ὅτα aures dicuntur.”

⁴³ “Sciopodum gens fertur in Aethiopia singulis cruribus et celeritate mirabili [...].”

Toda esta amalgama de rasgos de distintos animales, mezclados a su vez a una naturaleza básicamente humana, otorgan al Patagón una configuración física definida por su *fealdad*; ya señalamos, y volveremos a hacerlo más adelante, la a nuestro juicio exagerada importancia que confiere María Rosa Lida a este rasgo como motivador de la analogía entre el personaje del libro y los aborígenes australes; no obstante, y pese a esta sobrevaloración por parte de la investigadora, resulta evidente la existencia y el peso del elemento *fealdad* en la caracterización del Gran Patagón y de los patagones: “son tan desemejadas que es cosa marauillosa de ver”; “dizen que lo engendró vn animal que ay en aquellas montañas que es el más desemejado que ay en el mundo”; “salió desemejado” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a); “el cuerpo tenía muy desemejado” (CXXXIV, cxxxvi [cxxxix] v^a); “la su catadura era espantosa” (CXXXV, cxxxvii [cxxxix] v^a); “e tenía la cara tan espantosa que ponía paur a quien lo miraua”; “e tan disforme estaua que no ay hombre que vos lo pudiesse contar”; “aquesta cosa tan desemejada” (CXXXVIII, cxlii [cxxxix] r^a - v^b); “la tu vista espantosa e fea” (CLXV, clxxi [clxviii] v^{ab}); “la gran fealdad de Patagón” (CLXXXIX, ccii [cxcix] r^a). Pues bien, esta gran fealdad del Patagón nos servirá de puente para pasar de su configuración física a su configuración moral.

B.III.2. CONFIGURACIÓN MORAL DEL GRAN PATAGÓN

Podría decirse, brevemente, que el texto del *Primaleón* presenta al Gran Patagón como un ser *malo*. Habrá que delimitar, por supuesto, los exactos alcances de este concepto, pero en principio se trata de esa maldad tradicionalmente solidaria de la fealdad, tópica en toda imagen de raigambre mítica. La fealdad exterior, según esta visión, no es más que el correlato externo de una fealdad interior, la manifestación física de la maldad espiritual; esta, entendida como desarmonía o desequilibrio, se expresa exteriormente mediante un paralelo desequilibrio físico o material (Marín Pina, “Los monstruos híbridos”, 30). Esta visión correlativa de la maldad y la fealdad, propia del pensamiento mítico, pervive en la cultura de la Edad Media, fortalecida por una idea similar que, a través del cristianismo, llega desde el Antiguo Testamento; en el libro de *Levítico*, por ejemplo, se asocia implícitamente el defecto corporal con el pecado, presentándolo como una señal externa de impureza espiritual y, por lo tanto, como un virtual y justo castigo divino para el pecador⁴⁴. El hombre medieval concibe lo feo

⁴⁴ “Yahveh habló a Moisés y dijo: Habla a Aarón y dile: Ninguno de tus descendientes en cualquiera de sus generaciones, si tiene un defecto corporal, podrá acercarse a ofrecer el alimento de su Dios; pues ningún hombre que tenga defecto corporal ha de acercarse: ni ciego ni cojo ni deforme ni monstruoso, ni el que tenga roto el pie o la mano; ni jorobado ni raquíptico ni enfermo de los ojos, ni el que padezca saña o tiña, ni el eunuco. Ningún descendiente de

como una expresión del caos, como un resentimiento del orden y un movimiento regresivo a lo informe (Goldberg, “The several faces of ugliness”, 81); siendo el pecado la manifestación de lo caótico en el plano moral, resulta comprensible que la fealdad o el defecto físicos se supediten a él como una consecuencia a su causa (*Ibid.*, 82)⁴⁵. Un poeta del siglo XV castellano, Fernán Pérez de Guzmán, encierra muy ilustrativamente esta ideología en un par de coplas:

Los hombres mal faycionados,/ difformes e mal compuestos,/ si miráys los más destos/ verés mal condicionados;/ assí como son priuados/ dela común proporción,/ assí son en condición/ dela virtud apartados.// Non digo de hombres feos,/ ca destos tan virtuosos/ he visto o menos reos/ como delos muy fermosos;/ vnos cassi monstruosos/ son los que yo fablo aquí,/ delos quales siempre vi/ la mayor parte viciosos (Pérez de Guzmán, “Coplas”, n.º 153-154, p. 592).

Pero se impone precisar la índole y los alcances exactos de esta *maldad* atribuible al Patagón y a los suyos. El texto mismo nos brinda algunos datos. Los patagones son “brauos y esquiuos” y “ansí como saluajes”, y el Gran Patagón “faze gran daño” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a), “mostraua tanta saña a todos”, “muy sañudo era” (CXXXV, cxxxvii [cxxx]v^a), y “estaua muy enojado y corajoso” (CXXXVIII, cxlii [cxxxix] r^b). Pesan además los datos según los cuales los patagones viven como animales –pese a ser humanos y tener entendimiento–, adoptando hábitos bestiales, como el comer carne cruda y atacar a los hombres. Podemos concluir entonces que la falla moral de los patagones es su salvajismo y ferocidad, con su correlato de braveza descarriada, de ira y de saña. Son, claro está, faltas que se deben más un desgobierno de su naturaleza que a una malicia positiva, y por tanto resultan asimilables al tipo de pecado que clásicamente se llama *de incontinencia*, y que es el menos grave. Se trata de un deslinde importante, porque nos ayudará más adelante a mejor comprender la real motivación de Magallanes al imponer este nombre a los indios de San Julián; seguramente no vio en ellos a malvados irredimibles, sino a salvajes naturales. Ese salvajismo es, por lo demás y en el caso de los patagones ficcionales, la consecuencia natural de un predominio de lo animal por sobre lo humano, de sus partes perrunas

Aarón que tenga defecto corporal puede acercarse a ofrecer los manjares que se abrasan en honor de Yahveh. Tiene defecto; no se acercará a ofrecer el alimento de su Dios. Sin embargo, podrá comer el alimento de su Dios, las cosas sacratísimas, y las sagradas; mas no entrará hasta el velo ni se acercará al altar, porque tiene defecto, para no profanar mi santuario, pues yo soy Yahveh, el que los santifico” (*Lev.*, 21, 17-23).

⁴⁵ Algunos antiguos proverbios castellanos subrayan esta correlación fealdad/maldad: “Del ombre malo e pecador/ peor que de muerto es su fedor”; “Monstruo en el cuerpo, en el alma feo” (*apud* Goldberg, “The several faces of ugliness”, 85).

y cérvidas por sobre su entendimiento de hombre. El salvajismo y la ferocidad son, objetivamente, un *mal*, pero los sujetos en los cuales radica ese mal no pueden ser rectamente imputados de él, ya que no lo deciden libre ni responsablemente: es su naturaleza la que los hace malos, no su libre elección⁴⁶, y en consecuencia solo en un sentido muy lato –y etimológico– podemos denominar *moral* a este mal, solo entendiendo por *moral* lo que hace referencia a las costumbres, y no una conducta racional y libremente decidida. Es muy cierto que el texto mismo tiende, en apariencia, a desdibujar las cosas, cuando reiteradamente establece una comparación entre el Patagón y el diablo: “más vale ver al diablo que a él” (CXXXIV, cxxxvi [cxxxix] r^b); “e pensemos cómo lleuaremos preso a este diablo” (CXXXIV, cxxxvi [cxxxix] v^b); “e no parecía sino el mesmo diablo, que parecía que por los ojos echaua fuego” (CXXXVIII, cxlii [cxxxix] r^b). Pero se trata aquí de una comparación tópica que responde, también, y según el modelo del Endriago del *Amadís de Gaula* (III, lxxiii, 1129-1151), a un arquetipo mítico, el del enfrentamiento del héroe, representante del bien y del mundo de la luz, con el monstruo, representante del mal y de las tinieblas; en un contexto cristiano como el que prohija los libros de caballerías, no cabe imaginar otra identificación posible para ese monstruo del mal y las tinieblas sino la figura del diablo, del Satanás teológico. Pero si bien esta imagen arquetípica del combate del héroe y el monstruo es de extraordinaria importancia –tanto que a ella dedicaremos la próxima sección de nuestros comentarios–, no debe interpretarse la identificación del monstruo con el diablo desde una perspectiva moral; la identificación no arroja como efecto que el monstruo sea la máxima encarnación del mal moral, el diablo, sino que este sea, como aquel, la encarnación del desorden y del caos primordiales.

B.III.3. *EL COMBATE DEL HÉROE Y EL MONSTRUO*

El combate del héroe y el monstruo constituye una imagen arquetípica de los hechos de los orígenes, esto es, una representación plástica del mito cosmogónico, aquel que relata cómo y cuándo fue originado el mundo, el mito fundante y modelo ejemplar de todo otro mito y de toda acción ritual (*cfr.* Eliade, *El mito del eterno retorno*, 23-37; *Mito y realidad*, 19, 35-52; *Traité d’Histoire des Religions*, 342-347). En su forma original, el mito cosmogónico puede revestir diversas especificaciones, todas ellas equivalentes en cuanto a su significado último; las dos más frecuentes son, empero, la *hierogámica* –el matrimonio o la unión sexual sagrada del cielo y de la tierra, o de sus representaciones mitológicas correspondientes–, y la *hieropolémica* –el

⁴⁶ En el caso del Gran Patagón su naturaleza aparece dañada y desordenada como consecuencia directa del pecado –este sí libremente decidido– de su madre, que siendo humana copuló con un animal.

combate, también sagrado, entre el dios ordenador y el monstruo personificador del caos primigenio—; en el primer caso el principio masculino y formal fecunda amorosamente al principio femenino y material; en el segundo, en cambio, el principio formal se impone violentamente al material, dominándolo y disponiendo sus despojos en forma cósmica, esto es, haciendo el mundo. El monstruo se erige así en la representación de ese caos informe, de esas tinieblas anteriores al mundo que, en términos metafísicos, constituyen un principio absolutamente trascendente, a tal punto trascendente que engloba a la vez el ser y el no ser, el todo y la nada, la posibilidad y virtualidad infinitas. Contenido potencialmente en este principio absoluto e informe, de carácter pasivo, está el mundo, el cosmos, pero para que este pueda llegar a ser a partir de ese caos, se requiere la intervención de un principio activo y formal, representante de la luz, el orden y el espíritu, que dé forma y actualice al caos informe y extraiga de su virtualidad infinita una realidad concreta; ese principio es representado por la figura del dios solar, que se enfrenta en combate sagrado con el monstruo y lo vence o lo mata, para dominar mediante este acto violento su indeterminación y generar el cosmos, el orden, el universo todo. Todos los relatos del combate sagrado, en las más diversas cosmogonías, coinciden en dos datos fundamentales: en primer término, en que el dios vence al monstruo y eventualmente lo mata, pero no lo aniquila, pues requiere de sus despojos, ya vivos, ya muertos, para hacer con ellos el mundo; en segundo término, en que el dios ordenador se distingue solo formal y funcionalmente del monstruo caótico, pero ambos constituyen en lo radical y esencial un mismo y único principio, ya que el dios mismo surge, como una primera determinación, identificada en términos metafísicos con el ser, de esa indeterminación absoluta y comprensiva del ser y el no ser, del todo y la nada, en que consiste el monstruo primordial. Esta circunstancia quizá se revele más claramente que en ninguna otra tradición mitológica en la de la antigua India, en el combate sagrado entre Indra y la serpiente Vrtra, que ocurre en el seno de la guerra cosmogónica entre los devas y los asuras (Coomaraswamy, “Angel and Titan: an essay on Vedic ontology”, 373-419), pero también se observa en el *Enuma Elish* o poema babilónico de la creación, en el combate entre el dios Marduk y el gigante Tiamat.

Ahora bien, lo arriba dicho vale para el mito cosmogónico propiamente tal, y los combates mencionados constituyen casos inequívocos de luchas sagradas cosmogónicas; sucede que en las culturas tradicionales, y en razón del carácter ejemplar del mito cosmogónico, toda otra acción divina o humana que persiga, en cuanto acción, la consecución de un fin, debe llevarse a cabo siguiendo lo más de cerca posible el modelo del mito de los orígenes: por cuanto este enseña cómo se desarrolló la acción primera y más importante, esto es, la organización del mundo, toda otra acción divina o humana debe seguir su ejemplo para asegurarse no solo el éxito, sino incluso su misma realidad, su *entidad* en cuanto acción. Para el pensamiento tradicional solo es real, y por lo tanto eficaz, lo que se ajusta al modelo mítico, y toda acción contingente deberá así reproducir analógicamente el acto fundacional cosmogónico; de este modo, toda acción

humana deviene *rito*, si por tal entendemos la actualización periódica del mito. Es así como surgen, sobre el modelo del combate cosmogónico, otros combates mitológicos, donde las formas originales van mutando en mayor o menor grado, alejándose cada vez más de la imagen fundante del dios solar y el monstruo caótico, y conservando por lo tanto un carácter solo simbólica o analógicamente cosmogónico. En un primer paso en tal proceso de transformación y debilitamiento de formas, el dios ya no tiene que ser necesariamente el forjador del mundo, y su oponente tampoco es ya el caos informe del origen: basta con que tengamos un dios de atributos solares y un monstruo cualquiera, para que esa lucha signifique *simbólicamente* el combate cosmogónico. Apolo y la serpiente Pitón, o Hermes y Argos, en el contexto griego; Lug y Balar, o el mismo Lug y la serpiente tricéfala Cernunnos, en la mitología céltica, son buenos ejemplos de este primer grado de derivación. En estos combates el dios no intenta ya formar el cosmos, pues este está vigente, y él mismo y su oponente pertenecen a ese cosmos; se trata simplemente de generar un cosmos u orden *parcial*, de combatir y vencer el desorden o el caos contingentes que representan esos monstruos: la acción que se emprende, por lo tanto, si bien no es de suyo cosmogónica, guarda con esta la debida analogía.

En un segundo grado de debilitamiento, el dios ha dejado de ser tal y ha devenido héroe mortal; perdura en muchos casos, sí, el atributo solar, aludido mediante la asimilación simbólica de la espada o la lanza, con la cual ultima al monstruo, al rayo o a la luz que penetra el caos para informarlo y ordenarlo. Aquí la enumeración resulta más extensa: Hércules y la Hidra, Perseo y Medusa, Ulises y el cíclope Polifemo, Bellerofonte y la Quimera, Edipo y la Esfinge, Teseo y el Minotauro, son buenos casos de la siempre memorable galería griega; en la mitología anglosajona tenemos a Beowulf y el dragón, y en la antigua mitología escandinava y germánica a Sigurd o Sigfrido y el dragón Fáfnir (D'Arbois de Jubainville, *El ciclo mitológico irlandés y la mitología céltica*, 114, 122-123, 131-132, 134, 135, 250-251 *et passim*; Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, *passim*; *Mitologías de las estepas, de los bosques y de las islas*, *passim*; *Mitologías. Del Mediterráneo al Ganges*, *passim*).

Podrá parecer que con todas estas consideraciones nos estamos alejando demasiado, y muy peligrosamente, de nuestro tema; pedimos todavía algo más de paciencia, porque la rama por la cual aparentemente nos hemos desviado está ya muy próxima a reinjertarse en su tronco. En efecto, un tercer grado de transformación de la imagen mítica cosmogónica cristaliza en una serie de motivos folklóricos o tradicionales que muy frecuentemente aparecen en los cuentos populares e inclusive, a modo de pervivencia o de sustrato, en narraciones más extensas y elaboradas, como las novelas caballerescas. Figuras como las de Pedro y el lobo, la bella durmiente y la bruja, el sastrecillo valiente y el gigante, Pulgarcito o el gato con botas y sus respectivos ogros, Blancanieves o Cenicienta y sus respectivas madrastras, son los resultados de un fuerte debilitamiento de las formas originales, pero conservan aún

la funcionalidad básica que de estas les deviene: el enfrentamiento de un principio de luz, orden y bondad con un principio de oscuridad, caos y maldad⁴⁷ (González *et alii*, “Transformaciones del mito en los cuentos infantiles”, 293-297; Propp, *Morfología del cuento*, 11-152; “Las transformaciones de los cuentos fantásticos”, 177-198). En cuanto a los libros de caballerías, el combate arquetípico suele plasmarse en las figuras del caballero epónimo y un dragón o monstruo similar que, en un momento clave de su trayectoria, se le opone (Walsh, “The chivalric dragon”, 189-198); recordemos a Amadís y el Endriago (Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, III, lxxiii, 1129-1151), Esplandián y la serpiente de la Peña de la Doncella Encantadora (Rodríguez de Montalvo, *Las Sergas*, i, 403a-405a), Palmerín y el Sagitario (*Palmerín de Olivia*, cxiii, 388-392), y, por supuesto, Primaleón y el Gran Patagón. Todas estas criaturas son, también, analógicamente caóticas, y los caballeros que las combaten resultan analógicos principios cósmicos o de orden; Marín Pina ha sintetizado muy bien la índole y el significado de estas lides simbólicas:

De un modo u otro todos ellos transgreden siempre el orden social de su entorno y siembran el terror y la destrucción. Su aniquilación y la restauración de la armonía perdida está reservada solo para el héroe y pasa por un combate singular entre ambos minuciosamente descrito [...]. Derrotado o muerto el monstruo, el caballero consigue restaurar el orden perdido y culminar la aventura, que bien puede ser la pacificación del territorio, la obtención de un objeto maravilloso o la liberación de personajes cautivos. Al margen de todo ello, el combate del héroe con el monstruo encierra también un trasfondo alegórico que los mismos personajes se encargan de subrayar cuando identifican a su agresor con el diablo. Su combate se convierte entonces en la lucha contra el enemigo de Dios, contra el Mal, y cobra una dimensión alegórica, un significado religioso [...]” (Marín Pina, “Los monstruos híbridos”, 30-31).

⁴⁷ El enfrentamiento no tiene por que ser físico, y la derrota del malvado tampoco tiene por qué ser material; el caso de la madrastra de Cenicienta es muy ilustrativo a este respecto, porque además nos permite comparar versiones y establecer cuál de ellas está más cercana al mito original. En la versión de los hermanos Grimm, la madrastra es castigada físicamente en las personas de sus hijas, solidarias de ella en su guerra moral contra Cenicienta, a quienes las palomas, solidarias a su vez de la heroína, sacan los ojos con sus picos; por el contrario, la madrastra de la versión de Perrault es vencida solo moralmente, pues no se le propina castigo físico alguno y, más aun, el castigo aparece transmutado en perdón: se trata por lo tanto de una derrota que se limita tan solo a la humillación, a la sanción moral de la reprimenda ratificada por el perdón magnánimo. A todas luces la versión de los Grimm está más próxima al mito original (González *et alii*, “Transformaciones del mito en los cuentos infantiles”, 295-296).

El caballero andante es, por definición y naturaleza, un héroe actuante, un héroe volitivo que solo se realiza en la acción; esta acción, entendida ritualmente y según el imperativo mítico, debe fundarse en el modelo supremo del acto cosmogónico original, tal como explicamos. En el marco de este paradigma cobra entonces verdadero y profundo sentido la trayectoria entera del héroe, ya que no solo en el combate con el monstruo se analogiza ritualmente el mito cosmogónico, sino también en toda otra lucha singular o colectiva que protagonice el caballero (González, “Amadís en su profecía general”, 63-85). La vida entera de este, definida por la lucha, adquiere así un sentido mítico, y todos sus oponentes, sean monstruos, gigantes, encantadores o, inclusive, y en un grado máximo de transformación y debilitamiento del arquetipo original, simples caballeros malvados o soberbios, constituyen imágenes analógicas del caos primigenio (Reynolds, “Los caballeros soberbiosos del *Amadís*”, 387-393)⁴⁸. Como ya vimos en relación con el Patagón y como acaba de recordarnos Marín Pina, muchos de estos antagonistas caballerescos, –especialmente las criaturas monstruosas: el Patagón, el Endriago amadisiano, el Basilisco palmeriniano– son explícitamente asimiladas al diablo mismo, que es el antagonista por antonomasia de la especie humana (Marín Pina, “Los monstruos híbridos”, 28-29); para remarcar aún más el carácter radicalmente caótico del monstruo, los autores nos informan a menudo acerca de su génesis contranatural, trátase de un incesto –el Endriago nace de la unión de un gigante con su hija–, trátase de una relación zoofílica –el Patagón nace de la cópula entre un animal y una mujer–, trátase de procedimientos relacionados con la magia demoníaca –el guardián de Cristalina, la Bestia Babilónica y los caballeros pescados, todos del *Cristalián de España* de Beatriz Bernal, se originan como resultado de encantamientos–.

⁴⁸ Podría estar ocurriéndosele al lector, ciertamente, la inevitable pregunta: ¿en verdad los autores de estos libros, tenidos por meros entretenimientos pasatistas en su época, pudieron “pensar” positivamente esta dimensión mítica como sentido profundo de su fábula? Cabe responder a esto, ante todo, con lo que ya se dijo, que no todos los libros de caballerías son iguales, y que si bien los hay pasatistas y meros relatos de acción o aventuras entretenidas, los hay también –y el caso de *Amadis de Gaula* se impone como ejemplo máximo– de hondísima doctrina y largos alcances semánticos. Pero además, e incluso quedándonos solo con aquellos que se proponen, ingenuamente, nada más que entretener, no está de más recordar que las formas míticas, por debilitadas, transformadas y reelaboradas que estén, operan en estas narraciones como innegable sustrato, y cargan por lo tanto, todavía y pese a la inadvertencia de los autores, con su sentido propio original; el significado de las formas simbólicas reside en la potencia intrínseca de estas, de ninguna manera en la conciencia o en la voluntad de sus ocasionales usuarios. La novela caballerescas no es, ya, mito, pero sus formantes literarios revisten un origen tradicional que los convierte en herederos y depositarios del mito, y este, por debilitado y enmascarado que se encuentre, se las ingenia para perdurar transhistóricamente en virtud del poder y la fortaleza de su estructura.

Pero pese a su asociación con el demonio, estos monstruos caballerescos no siempre son rechazados de plano por la historia, ya que, como en el caso del Gran Patagón, se les reserva una regeneración y un consecuente rol dentro de un nuevo contexto “ordenado” por la acción del héroe. Incluso el diablo mismo es obra de Dios, y por lo tanto ontológicamente “bueno”; en el caso de los antagonistas del caballero, solo se trata, como dijimos, de reorientar su mala disposición, esto es, y según el omnipresente modelo cosmogónico, de utilizar los despojos del monstruo para reacomodarlos y hacer con ellos el cosmos. El monstruo mismo aparece así legitimado, integrado en el plan maestro del mundo. Esto se observa con claridad en las representaciones plásticas del arte medieval, que acordaban siempre un sitio a las diversas criaturas monstruosas que, pese a ser el “caos”, formaban así parte del “cosmos”. Hablando del *Liber monstrorum* atribuido a Adhelmus de Malmesbury, Victoria Cirlot apunta:

Los monstruos son signos introducidos en un sistema de clasificación cuyos significados de relación y oposición permanecen aún oscuros para nosotros. Pero a pesar de su oscuridad, el *Liber* encarna la idea medieval del monstruo y esa es la de un ser dentro del orden. Aunque su hibridez pueda repugnar y generar una sensación caótica, es un ser de la naturaleza y se encuentra dentro de ella. *Totum igitur ordine includitur* (todo está encerrado dentro del orden) (Cirlot, V., “La estética de lo monstruoso”, 178).

Ahora bien, el sitio propio del monstruo dentro del orden del mundo es, siempre, marginal y apartado; por eso el Patagón y el Endriago viven en lejanas islas, y la imaginación medieval, de San Isidoro a Marco Polo, según vimos, conviene en localizar a los cinocéfalos, los panotios, los cinodontes y demás portentos en desiertos o lejanas tierras de Oriente, jamás o raramente alcanzadas por los europeos de su tiempo⁴⁹. Esta localización de los monstruos en geografías apartadas tiene su exacto correlato en el sitio que se les concede en las representaciones plásticas medievales, sitio que resulta siempre marginal o externo, ya se trate de los *marginalia* de los códices manuscritos, ya se trate de la ornamentación exterior de los grandes edificios —piénsese, por caso,

⁴⁹ “En cualquier caso, si el monstruo es sometido a la clasificación y se le ofrece su espacio en los folios del *Liber [monstrorum]*, también se concibe que posee un lugar en el universo: *De occulto orbis terrarum*, en los lugares más recónditos de la tierra, *in abditis mundi partibus*, en las regiones inalcanzables, *per deserta et Oceani insulas*, por los desiertos y las islas del Océano, *in ultimorum montium latebris nutrita*, en las vísceras de los montes lejanísimos. La ubicación de los monstruos en los lugares recónditos del universo, lo convierten en un ser jamás visto. Parece que en su esencia ‘el monstruo gusta de ocultarse’” (Cirlot, V., “La estética de lo monstruoso”, 177-178; *cf.* 181).

en las gárgolas que ofician de desagües en los muros de las catedrales⁵⁰. Pero para que estas criaturas caóticas puedan ser integradas realmente en un cosmos, requieren ser dominadas, pasar a ser regidas por un principio de orden y razón; en el plano de la representación plástica, el dominio de lo caótico-monstruoso se da bajo la forma gráfica de la circunscripción, a través de figuras geométricas que encierran al monstruo y, al hacerlo, lo contienen, lo “dominan”⁵¹; en el plano de la representación narrativa, esa dominación ocurre como resultado del combate que enfrenta al monstruo con el héroe, quien finalmente se le impone, según hemos venido viendo. Cuando en el mito original el dios cosmogónico vencía al monstruo primordial, hacía con su cadáver, con sus despojos reorientados según orden, el universo; los dioses o héroes analógicos, en los primeros grados de debilitamiento del mito original, hacen, según dijimos, un “cosmos parcial”, imponiendo mediante la derrota del monstruo un estado de orden en el plano social o aun personal, ya sea que se libre a una comarca de los castigos de la bestia, se restaure en su reino o heredad usurpados a una princesa, o bien se acceda a un tesoro u objeto mágico que la criatura custodiaba y cuya posesión resulta indispensable al héroe para llevar a cabo su misión ordenadora y justiciera. En el caso de los caballeros andantes de nuestros libros, la derrota del monstruo puede equivaler a su lisa y llana muerte –Amadís ultimando al Endriago– o consistir en un triunfo de armas seguido del arrepentimiento del vencido y de su conversión voluntaria al orden y al bien –no pocos gigantes y caballeros soberbios derrotados por Amadís, el propio

⁵⁰ “Fue J. Baltrusaitis quien señaló la relación entre colocar a los monstruos en los límites de la tierra y la irrupción de monstruos en los *marginalia* de los manuscritos. En el folio ilustrado se observan dos zonas contrastantes: una figurativa, que plasma una historia, aquella realizada por el *historieur*, otra que se ocupa de las letras, de configurar el marco del folio, de enmarcar texto e historia, ornamental, ejecutada por el iluminador. Es en el ámbito ornamental y marginal donde se sitúan los monstruos [...]. El monstruo aparece como un exceso, una abundancia desmedida. La situación marginal del monstruo no se comprueba solo en la ordenación plástica de los manuscritos miniados. La experiencia pronto se trasladó a las vidrieras, a las pinturas al fresco, incluso a la propia arquitectura. Los conductos de agua de las catedrales góticas se revisten de formas monstruosas. Las gárgolas son una extremidad, un desbordamiento insospechado del muro, como el monstruo marginal lo es del texto escrito (Cirlot, V., “La estética de lo monstruoso”, 181-182).

⁵¹ “La noción de ‘estar dentro’ se manifiesta en innumerables representaciones monstruosas que al internar al monstruo buscan insistir en su ser dominado y controlado por los marcos. En la tradición de manuscritos irlandeses (*Libro de Durrow*) y anglosajones (los producidos en Lindisfarne) se fija una concepción geométrico-zoomórfica de la ornamentación del folio. Las iniciales se configuran a partir de lacerías en cuyo interior se encierra al ser monstruoso, como el minotauro del mito clásico [...]. El monstruo se coloca entre las lacerías, los círculos laberínticos o también en la propia forma abstracta de la inicial [...].” (Cirlot, V., “La estética de lo monstruoso”, 178-179).

caso del Patagón—. Pero incluso en los casos en los que el monstruo es muerto, siempre hay “algo” de él que resulta aprovechable, rescatable como ingrediente o soporte de ese nuevo orden cuya constitución persigue el caballero; así, Amadís remeda bastante bien la cosmogonía original cuando, tras matar al Endriago, reordena su ámbito, su apartada isla hasta entonces evitada por los navegantes y conocida bajo el nombre de “Ínsula del Diablo”, rebautizándola como “Ínsula de Santa María” e integrándola al mundo frecuentado, esto es, convirtiendo en cierto aspecto lo “marginal” en “central”. También Primaleón, al apresar al Gran Patagón, libera la isla de Palantín de su influjo “caótico” y la pone totalmente bajo el mando legal de su señor, con el añadido, respecto del caso de Amadís y el Endriago, de que aquí el monstruo no es muerto sino domado, literalmente amansado y convertido al orden, al bien, a la vida civilizada. Conviene que retengamos esta doble consecuencia del combate Primaleón-Patagón, esto es, la conversión del monstruo al orden humano y la integración de su ámbito geográfico al mundo legal, porque se trata precisamente de los dos fines principales perseguidos por la conquista de América: por una parte, la conversión de los naturales a los parámetros de vida propios de la civilización europea, y más concretamente a la fe cristiana; por otra parte, el ingreso de sus tierras, hasta entonces marginales y salvajes, en el orden político y económico de la Europa cristiana. Ya hemos de volver sobre este punto cuando intentemos descifrar las intenciones —probablemente no del todo conscientes— de Magallanes a la hora de bautizar a los indígenas de San Julián; de momento no podemos apartarnos del Gran Patagón, porque pese a la derrota sufrida ante el caballero la bestial criatura no está, todavía, convertida totalmente al orden.

B.III.4. LA BELLA Y LA BESTIA

Primaleón ha derrotado en combate al Gran Patagón, lo ha vencido con las armas y la fuerza, físicamente. No lo mata, empero, y lo que es más, no lo “doma”, no lo reduce totalmente al bien, al orden; en suma, no lo vence moralmente. La conversión espiritual del Patagón, más allá de su reducción física, es por lo tanto una tarea pendiente, que el caballero no ha sido capaz de realizar y que vendrá al cabo a consumarse por obra y gracia de un arma mucho más sutil y elevada que los puños, las espadas y las lanzas: la belleza femenina. En efecto, el Gran Patagón se hace bueno y virtuoso, se doblega ante las normas propias de una conducta plenamente humana, adoptándola como suya, y depone completamente su salvajismo y hostilidad, solo a partir del impacto que en su espíritu produce la contemplación de tres damas hermosas, Sélvida, Gridonia y —sobre todo— Zerfira. Estamos aquí frente a otro motivo literario, de profundas raíces filosóficas, que se suma al ya comentado del combate entre el héroe y el monstruo, y que podría identificarse mediante el rótulo *la mujer hermosa como fuente de virtud*. La raíz primera de este motivo literario se encuentra en la doctrina platónica del amor, tal como se la expone en *El Banquete*; se trata de

una teoría acerca del ascenso del alma de lo material a lo espiritual, a partir del goce de la belleza sensible, que explica Diotima a Sócrates en un extenso discurso cuyas partes centrales conviene reproducir:

Es menester [...], si se quiere ir por el recto camino hacia esta meta, comenzar desde la juventud a dirigirse hacia los cuerpos bellos y, si conduce bien el iniciador, enamorarse primero de un solo cuerpo y engendrar en él bellos discursos; comprender luego que la belleza que reside en cualquier cuerpo es hermana de la que reside en el otro y que, si lo que se debe perseguir es la belleza de la forma, es gran insensatez no considerar que es una sola e idéntica cosa la belleza que hay en todos los cuerpos. Adquirido este concepto, es menester hacerse enamorado de todos los cuerpos bellos y sosegar ese vehemente apego a uno solo, despreciándolo y considerándolo de poca monta. Después de eso, tener por más valiosa la belleza de las almas que la de los cuerpos, de modo que si alguien es discreto de alma, aunque tenga poca lozanía, baste ello para amarle [...], a fin de ser obligado nuevamente a contemplar la belleza que hay en las normas de conducta y en las leyes y a percibir que todo ello está unido por parentesco a sí mismo, para considerar así que la belleza del cuerpo es algo de escasa importancia. Después de las normas de conducta, es menester que el iniciador conduzca a las ciencias para que el iniciado vea a su vez la belleza de estas [...] y su contemplación le haga engendrar muchos, bellos y magníficos discursos y pensamientos en inagotable filosofía, hasta que, robustecido y elevado por ella, vislumbre una ciencia única [...]. (Platón, *El Banquete*, 210 A-B, pp. 91-92).

Esa ciencia única, culminación del proceso de elevación espiritual, es la idea eterna y pura de Belleza, la Belleza Absoluta y Trascendente de la cual participan, imperfectamente, todas las cosas bellas terrenales, y a la cual debe tenderse como meta definitiva cada vez que se ama una belleza contingente:

[...] empezar por las cosas bellas de este mundo teniendo como fin esa belleza en cuestión y, valiéndose de ellas como de escalas, ir ascendiendo constantemente, yendo de un solo cuerpo a dos y de dos a todos los cuerpos bellos y de los cuerpos bellos a las bellas normas de conducta, y de las normas de conducta a las bellas ciencias, hasta terminar, partiendo de estas, en esa ciencia de antes, que no es ciencia de otra cosa sino de la belleza absoluta, y llegar a conocer, por último, lo que es la belleza en sí (*Ibid.*, 211 C, p 93).

Por su carácter de trascendental, esta Belleza absoluta se identifica con la Verdad y con el Bien absolutos, y es así como, alcanzando la contemplación de lo uno, se alcanza mediante el mismo acto la posesión de lo otro; quien alcanza tales metas, naturalmente, deviene sabio y virtuoso en grado máximo:

¿Es que no te das cuenta de que es únicamente en ese momento, cuando ve la belleza con el órgano con que esta es visible, cuando le será posible engendrar no apariencias de virtud, ya que no está en contacto con una apariencia, sino virtudes verdaderas, puesto que está en contacto con la verdad; y de que al que ha procreado y alimenta una virtud verdadera le es posible hacerse amigo de los dioses y también inmortal, si es que esto le fue posible a algún otro hombre? (*Ibid.*, 212 A, p. 94).

Es muy poco probable que el amansamiento del Patagón provenga directamente de la doctrina de *El Banquete*⁵², pero es indudable que en nuestra novela caballeresca se encuentra la huella de la filosofía platónica del amor, tal como esta fue entendida y transmitida durante la Edad Media a partir de las obras del Pseudo Dionisio⁵³ y de tantos otros platonizantes posteriores. Pocos años después de la composición del *Primaleón* va a tener amplia acogida en España la moda del neoplatonismo de cuño renacentista, debido en gran medida al magisterio de Marsilio Ficino y su comentario al *Banquete* platónico, y a dos tratados italianos prontamente traducidos al castellano, *Il Cortigiano* de Baltasar Castiglione, de 1528 (vertido al castellano por Juan Boscán en 1534)⁵⁴, y

⁵² Doctrina cuyas líneas básicas pueden leerse, estupendamente resumidas y explicadas, en Lenoir, *Historia del amor en Occidente*, 170-175; y en Parker, *La filosofía del amor en la literatura española*, 61-91, 127-129.

⁵³ “Después de todo, las cosas terrenas subsisten gracias a la Hermosura absoluta, que contienen dentro de su condición material. Por la materia podemos elevarnos hasta los arquetipos inmateriales” (Pseudo Dionisio Areopagita, *La jerarquía celeste*, en sus *Obras completas*, 129). “Porque llamamos Hermosura a aquel que trasciende la hermosura de todas las criaturas, porque estas la poseen como regalo de Él, cada una según su capacidad. Como la luz irradia sobre todas las cosas, así esta Hermosura todo lo reviste irradiándose desde el propio manantial” (Pseudo Dionisio, *Los nombres de Dios*, en *Ibid.*, 301). “Nada hay hermoso que no haya brotado de aquella simplísima Hermosura, su fuente. De esta Hermosura proceden todas las cosas, bellas cada cual a su manera. La Hermosura es causa de armonía, de amistad, de comunión: todo lo une y es fuente de todo [...]. Todas las cosas llevan dentro el deseo de hermosura. Va delante de todas como Meta y Amor a que aspiran [...]. La Hermosura se identifica con el Bien. Todos los seres, sea cual fuere lo que los induce a obrar, buscan la Hermosura y el Bien. No hay nada en la naturaleza que no participe del Bien y de la Hermosura” (*Ibid.*, 302). “El movimiento es rectilíneo cuando el alma, en vez de entrar dentro de sí misma [...], procede por las cosas que la rodean y se levanta de lo externo, como de símbolos varios y múltiples, a la contemplación de simplicidad y unión. El Bien-Hermosura es la causa de estos movimientos, de lo sensible, de lo que permanece conservando su reposo y situación y del alma, fundamento de uno y otro” (*Ibid.*, 303-304).

⁵⁴ Espigamos algunas de las razones con que argumenta Castiglione, según la traducción mencionada de Boscán, la doctrina platónica: “Pero aun entre todos estos bienes hallará

los *Dialoghi d'amore* de León Hebreo, de 1535 (traducido dos veces durante el siglo XVI, siendo la versión más lograda la del Inca Garcilaso de la Vega en 1590). El neoplatonismo ha sido siempre visto como la filosofía propia del renacimiento, pero ello no debe hacernos olvidar que durante los siglos medios existió una fuerte corriente platónica, y que las ideas de *El Banquete* que acabamos de citar no eran en absoluto ajenas a la mentalidad medieval y prerrenacentista en la que corresponde encuadrar al *Primaleón*. En este el detallado proceso que describe Diotima a Sócrates parece fuertemente abreviado, pues el Patagón pasa casi instantáneamente del cerril salvajismo inicial a la más mansa disposición con solo ver a Sélvida primero, y luego a Gridonia y Zerfira; sin embargo, la impresión de instantaneidad es más aparente que real, pues si bien es cierto que se obvian aquí todos los pasos intermedios que estipula Platón – pasar de un cuerpo bello a dos y de ahí al concepto de belleza material; después ir del amor de los cuerpos bellos al de las almas bellas, y de allí al amor de las leyes, de las ciencias o de la sabiduría y, finalmente, al del Absoluto del cual participan todas las cosas bellas y en donde radica la posesión de la virtud–, el logro definitivo por parte del Patagón de esta virtud que, entendida como meta final, se identifica en el contexto de la novela con la humanización y civilización de la criatura salvaje y animalizada, requiere del concurso sucesivo y acumulativo de tres “cuerpos bellos”, de tres damas hermosas que progresivamente van posibilitando el completo amansamiento de la bestia. Recordemos que el Patagón se amansa solo momentáneamente al contemplar a Sélvida, y que al apartarse de ella vuelve a su conducta salvaje; después sucede casi lo

el enamorado otro mayor bien, si quisiere aprovecharse de este amor como de un escalón para subir a otro muy más alto grado, y esto harásele perfetamente, si entre sí ponderare cuán apretado ñudo y cuán grande estrechez sea estar siempre ocupado en contemplar la hermosura de un cuerpo solo; y así de esta consideración le verná deseo de ensancharse algo [...], y juntando en uno todas las hermosuras, hará en sí un conceto universal, y reducirá la multitud dellas a la unidad de aquella sola [...]; y así no ya la hermosura particular de una mujer, sino aquella universal, que todos los cuerpos atavía y ennoblece, contemplará [...]. Este grado de amar, aunque sea muy alto y tal que pocos le alcanzan, todavía no se puede aún llamar perfeto, porque la imaginación [...] nunca está del todo descargada de las tinieblas materiales [...]. Por eso el alma apartada de vicios, hecha limpia con la verdadera filosofía [...], abre aquellos ojos que todos tenemos y pocos los usamos, y vee en sí misma un rayo de aquella luz que es la verdadera imagen de la hermosura angélica [...]; y así, por este proceso adelante llega a estar ciega para las cosas terrenales con grandes ojos para las celestiales [...]; y así ardiendo en esta más que bienaventurada llama se levanta a la su más noble parte, que es el entendimiento, y allí, ya no más ciega con la oscura noche de las cosas terrenales, vee la hermosura divina [...]. Esta es aquella hermosura indistinta de la suma bondad, que con su luz llama y trae a sí todas las cosas [...]” (Castiglione, *El cortesano*, 245-248).

mismo con Gridonia, y es Zerfira quien consigue de él una evolución más permanente, si bien ha de faltar aún, como diremos, el golpe de gracia del combate con el león.

El platonismo escolástico medieval había definido bastante explícitamente la condición de la belleza femenina como espejo imperfecto pero útil de la belleza de Dios, y en consecuencia como punto de arranque en la consecución de la virtud; para Guiberto de Nogent, toda belleza mundana es un bien, aunque relativo, verdadero, y refleja válidamente la belleza divina, y concretamente la hermosura de la mujer induce a admirar la hermosura infinita: *Mulier pulchra ad admirationem pulchritudinis infinitae incitat* (apud Bruyne, *Estudios de estética medieval*, II, 211). En la misma línea, uno de los más cercanos seguidores del Pseudo Dionisio, Hugo de San Víctor, afirma que toda belleza sensible no es más que el signo de la invisible belleza de Dios, y también el más apto camino hacia la contemplación de esta: *quoniam visibilis pulchritudo invisibilis pulchritudinis imago est* (apud *Ibid.*, II, 223). Es por eso que el amor de la belleza nos hace virtuosos, porque amando la belleza material somos conducidos al amor de la belleza de Dios, y en amar a Dios consiste la virtud. Seguramente el autor del *Primaleón* no leyó a estos autores, pero sus ideas estaban en el ambiente, y muy especialmente se contenían, bien que levemente modificadas, en la tradición literaria del amor cortés y de toda la lírica amatoria provenzal, italiana y aun castellana de los siglos XIII a XV. La doctrina del amor cortés, tal como se manifiesta en la poesía de los trovadores occitanos y tal como expresamente se expone en el célebre tratado *De amore* de Andreas Capellanus, sostiene el principio de que la visión de la dama bella mejora moralmente, eleva el espíritu del contemplador. Andreas Capellanus, describiendo los efectos benéficos del amor, afirma que este suele dotar de humildad a los soberbios –*superbos quoque solet humilitate beare*–, y en un arranque de entusiasmo exclama: *O, quam mira res est amor, qui tantis facit hominem fulgere virtutibus, tantisque docet quemlibet bonis moribus abundare!* –¡oh, qué admirable cosa es el amor, que hace que el hombre brille con tantas virtudes, y que enseña a cualquier persona a sobresalir por sus buenas costumbres!– (Andreas Capellanus, *De amore*, I, iv, p. 64). En el contexto de las teorías cortesas, es impensable el amor de lo que no sea bello, por cuanto se debe entender que toda la virtud que deviene, según el tratadista, del amor, deviene en primera instancia de la belleza cuya contemplación enamora. Hay una diferencia de peso entre la elevación que produce la belleza en la doctrina cortés y la que produce en el platonismo original, ya que en este, una vez iniciado el ascenso hacia lo espiritual, se prescinde totalmente de la hermosura material que sirvió, sí, como punto de partida, pero que aparece ya como una etapa superada; en el amor cortés, en cambio, el amante se eleva a lo espiritual sin prescindir nunca de lo sensible, reteniendo el gusto por lo material y aun, según los casos, lo carnal, a la manera de una etapa no ya superada, sino englobada y asumida por la etapa posterior (Lewis, *La alegoría del amor*, 4-5). Esta diferencia entre ambas doctrinas no alcanza,

empero, para divorciarlas, y las raíces platónicas de la teoría del amor cortés resultan a todas luces innegables.

Sobre la doble base, entonces, del platonismo filosófico medieval y de ese otro platonismo, algo modificado pero siempre tal al fin y al cabo, de la doctrina cortés, surge en la poesía de buena parte de las literaturas vernáculas europeas el *topos* literario de la visión de la mujer hermosa como factor de mejoramiento y elevación moral; de todas esas literaturas quizá ninguna tan a propósito como la italiana para brindarnos los ejemplos más contundentes, sobre todo en los poetas de la escuela del *Dolce stil nuovo*. Es sabido que el juvenil Dante de la *Vita nuova* y de *Il convivio* es quien más eminentemente representa esta escuela, en cuya visión altamente espiritualista la mujer alcanza dimensiones casi angélicas. Sin entrar en consideraciones generales acerca de esta estupenda pléyade de poetas, vayamos sí a algunas muestras concretas de la idea platonizante de la contemplación de la belleza femenina como fuente de virtud. En la canción segunda del tratado tercero de *Il convivio*, Dante dice acerca de la amada:

Sua biltà piove fiammelle di fuoco,/ animate d'un spirito gentile/ ch'è creatore
d'ogni pensiero bono;/ e rompon come trono/ li 'nnati vizii che fanno altrui vile
(Alighieri, *Il convivio*, III, ii, vv. 63-67, pp. 254-255)⁵⁵.

El propio Dante comenta estos versos y afirma que las llamas de fuego que se desprenden de la belleza de la dama significan el ardor amoroso, y que el espíritu gentil que las anima es el recto apetito, el deseo virtuoso y bueno, por el cual se genera la virtud y se destruye el vicio en todo aquel que contempla esa belleza⁵⁶. Idéntica idea se desprende de otros versos y pasajes de la *Vita nuova*:

Dico che quando ella apparia da parte alcuna, per la speranza de la mirabile salute
nullo nemico mi rimanea, anzi mi giungea una fiamma di caritate, la quale mi
facea perdonare a chiunque m'avesse offeso; e chi allora m'avesse domandato

⁵⁵ Traducimos: “Su belleza derrama pequeñas llamas de fuego,/ animadas de un espíritu gentil/ que es el creador de todo pensamiento bueno,/ y que rompen como un trueno/ los vicios innatos que convierten en viles a todos los demás”.

⁵⁶ “E però dico que la biltade di quella *piove fiammelle di fuoco*, cioè ardore d'amore e di caritate; *animate d'un spirito gentile*, cioè informato ardore d'un gentile spirito, cioè diritto appetito, per lo quale e del quale nasce origine di buono pensiero. E non solamente fa questo, ma disfa e distrugge lo suo contrario –de li buoni pensieri–, cioè li vizii innati, li quali massimamente sono di buoni pensieri nemici” (*Ibid.*, 356-357). “Dico adunque che queste fiammelle che piocono da la sua biltade, come detto è, rompono li vizii innati, cioè connaturali, a dare a intendere che la sua bellezza ha podestade in rinnovare natura in coloro che la mirano [...]” (*Ibid.*, 363).

di cosa alcuna, la mia risposione sarebbe stata solamente “Amore”, con viso vestito d’umiltade (Alighieri, *Vita nuova*, XI, p. 14)⁵⁷.

[...] che quando va per via,/ gitta nei cor villani Amore un gelo,/ per che onne lor pensiero agghiaccia e pere;/ e qual sofrisse di starla a vedere/ diverria nobil cosa, o si morria./ E quando trova alcun che degno sia/ di veder lei, quei prova sua vertute./ ché li avvien, ciò che li dona, in salute,/ e si l’umilia, ch’ogni offesa oblia (*Ibid.*, XIX, vv. 32-40, p. 31)⁵⁸.

Ne li occhi porta la mia donna Amore,/ per che si fa gentil ciò ch’ella mira [...]/fugge dinanzi a lei superbia ed ira./ Aiutatemi, donne, farle onore./ Ogne dolcezza, ogne pensiero umile/ nasce nel core a chi parlar la sente [...] (*Ibid.*, XXI, vv. 1-2, 7-10, pp. 35-36)⁵⁹.

Vede perfettamente onne salute/ chi la mia donna tra le donne vede [...]/ La vista sua fa onne cosa umile [...] (*Ibid.*, XXVI, vv. 1-2, 9, p. 52)⁶⁰.

Otros poetas del *Dolce stil nuovo*, como Guido Guinizelli, Chiaro Davanzati y, sobre todo, Cino da Pistoia, escriben en similares términos, y el motivo adquiere luego nuevas resonancias en la poesía del gran Petrarca⁶¹ y en los líricos del renacimiento

⁵⁷ “Digo que cuando ella aparecía en algún sitio, debido a la esperanza de la milagrosa salvación ningún enemigo me permanecía adentro, más bien me arribaba una llama de caridad que me hacía perdonar a cualquiera que me hubiese ofendido; y a quien entonces me hubiese preguntado cualquier cosa, mi respuesta habría sido solamente ‘Amor’, con gesto revestido de humildad.”

⁵⁸ “[...] que cuando [ella] pasa por la calle,/ Amor arroja en los corazones villanos un hielo,/ por el cual todos sus pensamientos se congelan y mueren;/ y quien soportase el detenerse a verla/ se convertiría en noble, o moriría./ Y cuando encuentra a alguien que sea digno/ de verla, ese prueba su virtud,/ pues lo que ella le da le significa la salvación,/ y de tal modo se hace humilde, que olvida toda ofensa.”

⁵⁹ “En los ojos lleva mi dama a Amor,/ por quien se hace gentil todo lo que ella mira [...]/ huyen ante ella la soberbia y la ira./ Ayudadme, damas, a honrarla./ Toda dulzura, todo pensamiento humilde/ nacen en el corazón a quien hablar la oye [...].”

⁶⁰ “Ve acabadamente su salvación/ quien ve a mi dama entre las otras damas.”

⁶¹ “Fugge al vostro apparire angoscia e noia,/ [...] onde s’alcun bel frutto,/ nasce di me, da voi vien prima il seme” –huyen ante vos la angustia y el tedio,/ [...] por lo cual, si algún bello fruto/ nace de mí, de vos proviene antes la semilla– (Petrarca, *Poesía completa*, I, 71, p. 148); “le parole, che ‘ntese/ avrian fatto gentil d’alma villana” –las palabras [de ella] que, oídas,/ habrían convertido en gentil al alma villana– (*Ibid.*, II, 270, p. 124); “che pensèr basso o grave/ non poté mai durar dinanzi a lei” –que un pensamiento bajo o pesado/ nunca pudo durar delante de ella– (*Ibid.*, II, 360, p. 254).

italiano, como Angelo Poliziano y el propio Miguel Ángel (*cf.* Lida, “La dama”, 262-269). España y su literatura no podían permanecer ajenas a la moda, en tiempos de creciente influencia italianizante; así es que encontramos muestras del tópico ya en algunas composiciones menores de Juan de Mena:

Pues tu vista me salvó,/ cesse tu saña tan fuerte;/ pues que, señora, de muerte/
tu figura me libró,/ bien dirá cualquier que sea,/ sin temor de ser vencido:/
hombre que tu gesto vea,/ nunca puede ser perdido (Mena, *Obras*, copla 7, vv. 13-20, p. 9).

La contemplación de la dama hermosa se valora, como vemos, en términos religiosos, pues por anular los vicios y despertar las virtudes en el corazón de quien la mira, la belleza contemplada acaba siendo un medio para la salvación del alma. En el elogio de la reina Isabel con que encabeza Diego de San Pedro su *Tractado de amores de Arnalte e Lucenda*, la soberana, siguiendo la más pura línea platónica, es vista como una escala al Creador, como una revelación de Dios mismo:

[...] es tal que no avia de ser/ humanidad puesta en ella,/ mas quísola Dios fazer/
por darnos a conoscer/ quién es Él, pues fizo a ella (San Pedro, *Obras*, 11).

[...] y la gran bondad de Aquel/ que tal gracia puso en ella,/ la midió por su
nibel,/ porque demos gloria a Él/ quando miramos a ella (*Ibid.*, 13-14).

Según esta perspectiva, la dama es quien hace tener fe a su enamorado, quien le revela a Dios y le enseña cómo alcanzarlo⁶². Se trata de una recurrente idea en la poesía del siglo XV castellano; véanse si no estas coplas de Pérez de Guzmán:

Mirada con diligencia/ la muy noble compostura,/ de la humana natura/ nos da
plena inteligencia/ de la grand magnificencia/ de aquel sumo Criador,/ hauien-
do del obrador/ por sus obras conoscencia./ [...] si tanto es de nos amable/ la
humana fermosura,/ e nos es tan delectable/ su linda e gentil figura;/ considera
e mesura,/ discreto e sabio lector,/ qué tal será el criador/ que crió tal criatura
(Pérez de Guzmán, “Coplas”, n.º 120 y 124, pp. 588b-589a).

⁶² Así lo sostiene Diego de San Pedro en el discurso mediante el cual Leriano da las veinte razones por las que “los onbres son obligados a las mugeres”, en la *Cárcel de amor*: “La quinta razón es porque no menos nos dotan [las mujeres] de las virtudes teologales que de las cardinales dichas. Y tratando de la primera, ques la Fe, avnque algunos en ella dudasen, siendo puestos en pensamiento enamorado creerían en Dios y alabarían su poder, porque pudo hazer a aquella que de tanta ecelencia y hermosura les parece” (*Obras*, 196-197).

Por supuesto, no llega a tanto nuestro *Primaleón*, y las virtudes de la mansedumbre y de las buenas maneras que las damas bellas logran hacer nacer en el Gran Patagón no pueden reclamar sin más el premio de una salvación eterna sobre la cual nada se dice ni podría decirse; sin embargo, es más que evidente la pertenencia de la novela a la tradición ideológico-literaria que hemos venido recorriendo, y si bien la original doctrina de Platón aparece modificada por la natural índole de un texto narrativo que no cuenta entre sus propósitos el teorizar ni el filosofar, perduran sus clarísimos ecos en el proceso de civilización del salvaje por medio del amor de las hermosas mujeres. Junto a la impronta del platonismo hay otras huellas arquetípicas, que nos limitaremos aquí tan solo a mencionar, pero que pueden resultar de interés para quienes se sientan inclinados a las lecturas psicoanalíticas: nos referimos a la imagen tópica de la bella y la bestia, tal como ha quedado modélicamente plasmada en el relato de igual título de Jeanne-Marie Leprince de Beaumont, pero cuyo molde puede descubrirse en tantísimas realizaciones literarias, folletinescas y aun historietísticas y cinematográficas; piénsese sin ir más lejos en King Kong amansado por la bella damisela, y en el salvaje Tarzán conducido amorosamente a los modales de la civilización por su idolatrada Jane (*Cfr.* Henderson, “Los mitos antiguos y el hombre moderno”, 103-156).

B.III.5. *EL PATAGÓN REGENERADO*

Tenemos pues al monstruo, ahora sí, totalmente reconvertido al orden, merced a la obra sucesiva del héroe que lo ha domado físicamente y de las damas que lo han amansado espiritualmente. Ambas obras no son sino otra ocurrencia de la tradicional fórmula de la *fortitudo et sapientia*, de la concurrencia de las virtudes de la fortaleza y la sabiduría, estudiada por Curtius (*Literatura europea*, I, 246-254). En efecto, *Primaleón* ha vencido al Gran Patagón por medio de la fuerza física, material, y las tres damas –otro número arquetípico y simbólico de toda perfección, dicho sea de paso (*cfr.* Hopper, *Medieval number symbolism, passim*)– lo vencen a través de un proceso de índole espiritual que conduce a la meta de la virtud y el conocimiento del bien, según todo lo dicho acerca de la contemplación de la belleza femenina como paso inicial para el conocimiento de la Belleza Absoluta.

El Patagón regenerado pasa por lo tanto del salvajismo a la civilización, de la ferocidad a la mansedumbre; todos estos cambios afectan su conducta y por consiguiente su moral, pero en lo externo, en su apariencia física, sigue siendo tan feo como antes. El monstruo feo y malo es ahora una amable criatura fea y buena; el *topos* tradicional de la fealdad como expresión exterior de la maldad, al que aludíamos más arriba (B.III.2.), queda totalmente superado e invalidado tras la regeneración espiritual del personaje, quien pasa a asimilarse más bien, algo anacrónicamente, a ese otro *topos* más moderno, propio de cierto Romanticismo, que se solaza en la plasmación de personajes horribles o deformes con almas generosas y superiores: baste recordar, como

los ejemplos más célebres, al Quasimodo de *Notre Dame de Paris*, de Victor Hugo, y al protagonista del *Cyrano de Bergerac*, de Edmond Rostand.

Pero lo que en última y más profunda instancia significa el amansamiento del Gran Patagón es la completa *humanización* de la criatura; en esta predominaba antaño su componente animal, y los más bajos y primarios instintos de su animalidad eran los que se imponían a su parte humana, arrojando el resultado de esa conducta feroz y salvaje que aterrizzaba a los moradores de la isla; tras el amansamiento, por el contrario, es la parte humana la que pasa a dominar, como corresponde, a la animal. El personaje deviene entonces, pese a conservar su exterior forma híbrida, plenamente humano, porque ha logrado trascender el plano de lo instintivo y lo material para acceder, gracias al efecto benéfico de la belleza de las damas, al conocimiento del bien; este conocimiento le posibilita el ejercicio de una conducta virtuosa, pero sobre todo supone la adquisición de una verdadera condición *espiritual* –en tal cosa consiste *lo humano*–, ya que es el conocimiento del bien aquello que permite elegir libremente y, en consecuencia, obrar moralmente. La humanización del Patagón equivale, pues, a la consumación de su condición espiritual; también se traduce y se manifiesta secundariamente, empero, en su *socialización*: a la bestia de conducta cerril y salvaje que vivía apartada, rodeada solo de otros patagones y demás animales, y que hostigaba a los seres humanos que ocasionalmente se le aproximaban, sucede ahora una criatura integrada a la sociedad de los hombres, relacionada amistosamente con estos, amable compañera de cacerías y reuniones, y que inclusive en el plano de la dinámica narrativa participa de la acción como un actante más de la historia humana. Esta condición cabalmente humana y social la adquiere en plenitud el Patagón tras su combate con el león de Gridonia, episodio en apariencia marginal dentro de la pequeña historia de la criatura, pero cuyos alcances semánticos van en realidad mucho más allá. Recordemos que el león de Gridonia ataca intempestivamente al Patagón, y este se ve obligado a defenderse; se reedita así el combate arquetípico del héroe y el monstruo, con la sorprendente novedad de que aquí el Patagón pasa a oficiar de héroe frente al monstruoso león. El otrora monstruo es quien ahora desempeña el rol arquetípico opuesto, el de ordenador y dominador, y se enfrenta a un león representativo del caos, el desorden y la animalidad instintiva⁶³. Debido a la minusvalía física que supone su manquedad, el Patagón debe ser auxiliado por Primaleón en su lucha contra la fiera; asistimos así a la ejemplar escena de dos enemigos de antaño, Primaleón y el Patagón, el vencedor y el vencido, unidos contra un nuevo y común adversario; esta alianza es, en realidad, una

⁶³ Una inversión similar ocurre en ocasión de la lucha entre Patagón y Mayortes, en CLXIII, clxx [clxvij] v^{ab}, pero las cosas no están aquí tan claras: Mayortes no puede ser llanamente asimilado a un “monstruo”, porque es un caballero transformado en perro por la magia de Malfado.

asimilación simbólica, ya que al compartir con el héroe Primaleón un mismo bando contra el animal caótico, el Gran Patagón está funcionalmente *asimilándose* a aquel y asumiendo de hecho un rol heroico⁶⁴. Esta asimilación viene a ser el broche, la culminación del proceso regenerativo del Patagón, dado que solo después de este combate la criatura se amansa completa y definitivamente, en gran medida aleccionado por el ejemplo de altruismo, generosidad y desinterés que acaba de darle su viejo enemigo al acudir en su ayuda: “E desde aquella ora Patagón conoció el bien que Primaleón le fizo, e desde allí adelante él le fue muy mandado” (CXXXVIII, cxlii [cxxxix] v^b); *conoció el bien*, esto es, logró finalmente coronar el proceso de elevación a partir de lo sensible de la belleza femenina, y arribar a la meta espiritual máxima, la del conocimiento de lo bueno y de lo malo, la del criterio moral propio del ser humano libre y responsable. Puede decirse, ahora sí, que el Gran Patagón ha sido por completo vuelto “cosmos”.

B.IV. ANALOGÍAS ENTRE EL GRAN PATAGÓN Y LOS PATAGONES DE BAHÍA SAN JULIÁN

Estamos finalmente en condiciones, poseyendo ya la información pertinente acerca de los elementos literarios, míticos y doctrinales que han intervenido en la configuración del personaje novelesco, de intentar un cotejo entre este y sus homónimos históricos de América, tal como se describen estos últimos en el diario de Pigafetta. Algunas semejanzas son evidentes, otras más sutiles; las hay totales y exactas, y las hay parciales y figuradas. Señalaremos nosotros todas ellas, sin perjuicio, claro, de que podamos inadvertir algún dato en extremo menor.

a) *APARTAMIENTO*: El Gran Patagón y sus congéneres habitan las partes más alejadas e inaccesibles de una isla de por sí marginal, las “muy grandes montañas” del interior, lejos de la costa poblada y urbanizada, constituyendo así “vna gente muy partada de todas las otras” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a). Ni falta hace recordar que los patagones magallánicos, habitantes de un paraje inhóspito como Bahía San Julián, en el extremo meridional de la América del Sur atlántica, se imponen a la mentalidad eurocéntrica de los conquistadores como un pueblo máximamente apartado y marginal, no solo en lo geográfico, sino también en lo cultural.

b) *TAMAÑO*: Volvemos al recurrente tema del gigantismo; no repetiremos todo lo dicho al respecto en A.II., pero sí apuntaremos que el texto del *Primaleón*, si bien no considera directamente como gigantes a los patagones, sí dice expresamente que el Gran Patagón “era grande de cuerpo y de gran fuerça” (CXXXIV, cxxxvi [cxxxix] v^a). En cuanto a los indígenas santacruceños, queda ya dicho sobre su compleción

⁶⁴ Recordemos lo dicho acerca de que, según la ontología profunda de los mitos originales, el dios solar y el monstruo caótico se distinguen formalmente, pero en verdad constituyen ambos dos aspectos de un mismo y único principio trascendente.

robusta, si bien no gigantesca, pese a que Pigafetta reitera en su diario expresiones como “un hombre de estatura gigantesca” (*Primer viaje*, 56), “este hombre era tan grande que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura” (56), “vieron a otro gigante” (59), “este hombre era más grande” (59), “vimos venir hacia nosotros otros cuatro gigantes” (59), “dos de los gigantes son capturados por la astucia” (60), “deseó tomar a sus mujeres para llevar a Europa esta raza de gigantes” (60), “entretuve lo mejor que pude al gigante patagón que llevábamos” (68-69).

c) *FEALDAD*: También sobre este punto ya hemos dicho suficiente; conviene, no obstante, redondear aquí lo conocido. La fealdad del Gran Patagón, reiteradamente motejado por el texto de “desemejado”, al igual que sus congéneres y ese animal que lo engendró, raya casi en lo horripilante y se sustenta en el carácter híbrido de su forma, que añade a su naturaleza humana cara, dientes y largas orejas de perro, y patas de ciervo; el horror y el rechazo son casi inmediatos en todos quienes lo contemplan, a punto tal que “fuyan ante él, según la su catadura era espantosa” (CXXXV, cxxxvii [cxxx] v^a). La cara del Patagón era “tan espantosa, que ponía pauor a quien lo miraua, e no parecía sino el mesmo diablo, que parecía que por los ojos echaua fuego, e tan disforme estaua que no ay hombre que vos lo pudiesse contar” (CXXXVIII, cxlii [cxxxix] r^b); esta fealdad casi absoluta es la que hace que Gridonia reaccione con extremo terror y corra a abrazarse con Primaleón. Pigafetta, según dijimos en su sitio, se limita a destacar expresamente la fealdad de las mujeres patagonas —“nos parecieron bastante feas” (58)—, pero su descripción de las pinturas con que los aborígenes embadurnaban sus rostros no deja de arrojar una acabada impresión de fealdad: “[...] su cara era ancha y teñida de rojo, excepto los ojos, rodeados con un círculo amarillo, y dos trazos en forma de corazón en las mejillas. Sus cabellos, escasos, parecían blanqueados con algún polvo” (57). Retomaremos la cuestión de la fealdad más adelante, para sentar una opinión muy clara al respecto: si bien entendemos que los aborígenes australes debieron de parecer más bien feos a los expedicionarios, no creemos, como Lida, que haya sido la fealdad el rasgo percibido como común para el Patagón ficcional y los patagones históricos; aportamos aquí, de todos modos, alguna otra precisión: las “orejas tan grandes que le llegan fasta los hombros” al Gran Patagón, y sus “pies de manera de ciervo” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a) encuentran una tenue correspondencia en el cabello largo recogido con cordones de los patagones históricos, en donde insertan además sus flechas cuando van de caza⁶⁵, y en las patas de ciervo y orejas largas de

⁶⁵ “Llevan los cabellos cortados en aureola como los frailes, pero más largos y recogidos por un cordón de algodón alrededor de la cabeza, y en el cual colocan sus flechas cuando van de caza” (Pigafetta, *Primer viaje*, 61; cfr. López de Gómara, *Historia General de las Indias*, 213b; Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, IV, 202).

un animal estrechísimamente asociado a nuestros aborígenes, como es el guanaco⁶⁶; se trata, claro está, apenas de un atisbo de analogía, y como tal lo mencionamos.

d) *VELOCIDAD*: Los pies de ciervo confieren al Patagón una gran velocidad: “e corre tan ligero que no ay quien lo pueda alcançar” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a); los indios patagones, según Pigafetta, tienen la velocidad propia de caballos desbocados: “Aunque nuestros hombres dispararon sus armas de fuego contra los fugitivos, no pudieron atraparlos, porque no corrían en línea recta, sino zigzagueando, y con la velocidad de un caballo desbocado” (*Primer viaje*, 61)⁶⁷.

e) *ARMAS*: El arco y las flechas son las comunes armas ofensivas del Patagón novelesco y de los patagones americanos; el primero “trae vn arco en sus manos con saetas muy agudas con que fiere” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a), y con esas saetas dispara a Primaleón: “Patagón tenía vna saeta puesta en su arco, e tiró con ella a Primaleón” (CXXXIV, cxxxvi [cxxxix] v^a). Pigafetta describe así al primer indígena que apareció ante los expedicionarios en San Julián: “Tenía en la mano izquierda un arco corto y macizo, cuya cuerda, algo más gruesa que la de un laúd, estaba hecha con un intestino del mismo animal [el guanaco]; en la otra mano empuñaba unas cuantas flechas de caña pequeñas, que por un extremo tenían plumas como las nuestras y por el otro, en lugar de hierro, una punta de pedernal blanco y negro” (*Primer viaje*, 57-58); un aborigen posterior se aparece, como el otro, “armado igualmente con arco y flechas” (59)⁶⁸.

f) *VESTIMENTA*: Ambos patagones, los ficcionales y los históricos, visten pieles de los animales que cazan. Dice el texto del *Primaleón* que los patagones “no traen sino vestiduras de pieles de las animalias que matan” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a), y Pigafetta así describe, brevemente, las vestimentas de piel de guanaco de los indios: “Su vestido, o, mejor dicho, su manto, estaba hecho de pieles, muy bien cosidas, de un animal que abunda en este país” (*Primer viaje*, 57). Más adelante añade: “Estos

⁶⁶ “Este animal tiene cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y cola de caballo; relincha como este último” (Pigafetta, *Primer viaje*, 57).

⁶⁷ “Andaban tanto, que los españoles no podían atener con ellos” (López de Gómara, *Historia*, 214a). “Estos gigantes son tan ligeros [...] que no hay caballo bárbaro ni español tan veloce en su curso que los alcançe” (Fernández de Oviedo, *Historia*, IV, 211).

⁶⁸ “[...] y muy feroces blandeban sus arcos y flechas, amenazando los extranjeros si no se iban de su casa” (López de Gómara, *Historia*, 214a). “Los arcos eran cortos y reços y anchos, de madera muy fuerte, y las flechas como las que usan los turcos y con cada tres plumas, y los hierros dellas eran de pedernal, a guisa de harpones o rallones bien labrados. E son muy grandes punteros y tiran tan çierto como nuestros ballesteros o mejor”; “Y luego hiçieron traer sus arcos y flechas y penachos para las cabeças y también para los pies”; “muchas veçes armaron los arcos y pussieron flechas en ellos, haçiendo señales que los querían tirar y asaetearlos” (Fernández de Oviedo, *Historia*, IV, 208).

pueblos se visten, como ya he dicho, con la piel de un animal, y con esta piel cubren también sus chozas” (62)⁶⁹.

g) *DIETA*: Se trata de otra interesantísima analogía, que probablemente haya pesado bastante en la elección del nombre por parte de Magallanes. Ambos pueblos patagones son consumidores de carne cruda; “comen carne cruda de lo que caçan por las montañas”, dice el *Primaleón* (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a) sobre las criaturas de la isla de Palantín, y Pigafetta apunta acerca de los naturales de San Julián: “Se mantienen ordinariamente de carne cruda y de una raíz dulce que llaman *capac*. Son muy glotonos [...]; devoraban las ratas crudas, sin desollarlas” (*Primer viaje*, 62)⁷⁰.

h) *SALVAJISMO*: Las analogías anteriores, el comer carne cruda y el vestir pieles, no son en definitiva sino elementos que apuntan a una analogía mayor y englobante, la del salvajismo tanto de los patagones ficticiales cuanto de los patagones históricos. El *Primaleón* reiteradamente señala este rasgo; los patagones “son así como saluajes”, “muy brauos y esquiuos”, y “biuen así como animales”; por otra parte, el nombre mismo de la especie –dato que nos convendrá retener en provecho de nuestras próximas consideraciones– parece entenderse en el texto con el estricto significado de ‘salvaje’: “dizen que ouo de auer [el animal que engendró al Gran Patagón] con vna de aquellas patagonas, que así las llamamos nosotros por saluajes” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a). Son, por cierto, humanos: Palantín define a los patagones como “gente” y al Gran Patagón como “vn hombre que agora ay entre ellos”, e inclusive el padre de este, pese a ser calificado como “vn animal que ay en aquellas montañas”, es dicho también tener “mucho entendimiento” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a); posteriormente, y ante la reacción de espanto de Gridonia al ver a la criatura, el propio *Primaleón* la tranquiliza asegurándole la humanidad del Patagón: “Mi señora, no ayáys miedo, que este que aquí veys es hombre vmano” (CXXXVIII, cxlii [cxxxix] r^b). Pigafetta, como es entendible en un europeo de comienzos del XVI, también halla que los pueblos de San Julián son gentes salvajes, tal cual se deduce del conjunto de la información que brinda acerca de sus costumbres, y tal cual lo dice, inclusive, explícitamente: “Aun siendo salvajes, tienen estos indios una especie de medicina” (*Primer viaje*, 61)⁷¹.

⁶⁹ “[...] venían con abarcas y vestidos de pellejas [...], y [salieron] cubiertos con otras pellejas extrañas hasta media pierna” (López de Gómara, *Historia*, 213b-214a).

⁷⁰ Fernández de Oviedo atempera un poco el testimonio original de Pigafetta, al hablar de una “çierta carne salvagina” que los patagones ofrecieron a los españoles apenas “medio asada” (*Historia*, IV, 151). El mismo cronista, sin embargo, retoma más adelante el dato de la carne cruda: “[...] y partieron con ellos su caça, y començaron de la comer cruda como la traýan” (IV, 203); “comen la carne cruda y el pescado assado y muy caliente” (IV, 209).

⁷¹ López de Gómara extrema el aspecto primitivo y salvaje de los aborígenes americanos al sentar que “van, finalmente, tales, que no semejan hombres” (*Historia*, 214a). Fernández de Oviedo, por su parte, relaciona el salvajismo de estas gentes con su régimen socioeconómico

Reputamos el dato del salvajismo como capital para establecer el porqué de la elección del nombre por parte de Magallanes, pues nos parece que se trata de la característica del Patagón literario más notable y evidente, a la vez que la más fácilmente perdurable en la memoria del lector; la condición salvaje y primitiva de los indios del sur, por su parte, es también lo primera y más acabadamente comprobable por parte de un europeo.

i) *MEDICINA PROPIA*: Ya nos anotició Pigafetta de que pese a su salvajismo los indios tienen medicina; a renglón seguido el cronista la describe: “Cuando están enfermos del estómago, por ejemplo, en vez de purgarse, como nosotros, se introducen una flecha en la boca todo lo que pueden, para excitar el vómito, y arrojan una materia verde mezclada con sangre [...] Si les duele la cabeza, se hacen una cortadura en la frente, y hacen lo mismo en cualquier parte del cuerpo en que sienten dolor, con el fin de que salga una gran cantidad de sangre del sitio donde sufren. Su teoría [...] explica su práctica: el dolor, dicen ellos, lo causa la sangre que no quiere permanecer en tal o cual parte del cuerpo; por consiguiente, haciéndola salir, el dolor debe cesar” (*Primer viaje*, 61). Los patagones novelescos no poseen quizás una teoría médica tan orgánica, pero también conocen los medios para curarse; recordemos que el Patagón, tras ser vencido por el héroe, se niega a ser atendido por los médicos y se dispone a dejarse morir; luego, ante los ruegos de Sélvida, accede a recibir cura, pero insiste en ser él mismo quien se la proporcione, “porque él mesmo se entendía de curar, e sacó la lengua muy grande e bermeja e començó de lamber las feridas; e deziale que aquello le bastaría” (CXXXV, cxxxvii [cxxx] v^{ab}).

j) *FEROCIDAD*: Los patagones ficcionales son altamente belicosos, feroces, violentos; la novela los describe como “muy brauos y esquiuos”, y el Gran Patagón, siempre armado de su arco y sus saetas, “faze mucho daño, que sale a lo llano e no falla hombre de acá de los nuestros que no mata, por manera que los hombres no son seguros [...]. E algunas vezes nos auemos juntado muchos por lo matar, e tanto auemos fecho como nada, antes él nos a fecho gran daño” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a). Posteriormente, el combate del monstruo contra Primaleón y el ataque siguiente de sus congéneres patagones a los amigos del héroe ratifican estas informaciones iniciales de Palantín. A su extrema belicosidad suman los patagones novelescos una gran fortaleza física: Patagón “era grande de cuerpo y de gran fuerça” (CXXXIV, cxxxvi [cxxxix] v^a), y los patagones que intentan socorrerlo “eran muy fuertes e ligeros” (CXXXIV, cxxxvi [cxxxix] v^b) y “eran todos de grandes fuerças” (CXXXIV, cxxxvii [cxxx] r^b). Esta extrema ferocidad no la encontramos, por cierto, entre los indios de San Julián, que son descriptos más bien como amistosos y pacíficos; sin embargo, y pese a este talante general, Pigafetta incluye en su relato algunos pasajes en que ocasionalmente

colectivista: “Son tan salvages, que pienssan que todo es común, y que los chripstianos no se enojan de lo que les hurtan” (*Historia*, IV, 212).

los patagones se muestran belicosos y sumamente feroces. Así, cuando Magallanes intenta tomar algunas mujeres para embarcarlas, y ordena arrestar a dos indios para obligarlos a guiar a los españoles hacia donde estaban las indias, “apenas bastaron nueve hombres fortísimos de los nuestros para atarlos y ponerlos en tierra; uno de ellos consiguió libertarse, y el otro hizo tan grandes esfuerzos que para sujetarle tuvieron que herirle ligeramente la cabeza” (*Primer viaje*, 60). Posteriormente, un patagón “hirió en el muslo con una flecha envenenada a uno de los nuestros, que murió enseguida” (61). Bien que pacíficos y dispuestos a la amistad con los forasteros, vemos que los patagones australes, llegado el momento de reaccionar ante un ataque, lo hacen con fiereza, valentía y fuerza⁷².

k) CONDUCTA RESPECTO DE LAS MUJERES: No podemos aquí hablar de analogías o correspondencias estrictas, sino apenas de un clima de similar consideración y estima de ambos patagones para con las mujeres; se trata, sin embargo, de un elemento no desdeñable, pues la peculiar veneración de los patagones novelescos hacia las damas es otro de los datos que, como el del salvajismo, debieron de impresionar más marcadamente en la memoria de los lectores originales de la obra. Dice Palantín en su inicial informe a Primaleón que el animal que engendró al Patagón “es muy amigo de las mugeres” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a); después, el amansamiento del monstruo ante la belleza de Sélvida, Gridonia y Zerfira, acerca de lo cual ya discurremos largamente, corrobora dicha información y confiere al personaje una de sus características más destacadas. Ciertamente, los aborígenes patagónicos no se amansan ante sus mujeres, pero sí demuestran guardar para con ellas un similar sentimiento de especial afecto y celo; tal afirma Pigafetta al señalar que, pese a ser bastante feas, “sus maridos mostraban estar muy celosos” de las indias (*Primer viaje*, 58). Ya hemos mencionado, por otra parte, la inusitada violencia con que reaccionaron los dos indios apresados por Magallanes cuando este quiso embarcar a sus mujeres (60).

l) REDUCCIÓN AL ORDEN: La peculiar relación del Patagón con las mujeres nos lleva a la consideración de su regeneración o reducción al orden, posibilitada precisamente por la intermediación benéfica de la belleza femenina, tras la inicial doma física lograda por Primaleón en el combate; son en rigor este combate y sus inmediatas consecuencias los elementos que ofrecen algunas semejanzas con los intentos de Magallanes por, también, reducir a su propio orden a los indios de San Julián.

⁷² Las crónicas posteriores intensifican la información ecuaníme y serena de Pigafetta; para López de Gómara los aborígenes resultaban feroces y amenazantes (“y muy feroces blandaban sus arcos y flechas, amenazando los extranjeros si no se iban de su casa”, *Historia*, 214a), y Fernández de Oviedo nos informa sobre un permanente estado de guerra entre ellos (“No hacen fuego de noche, por no ser vistos de sus enemigos, y de continuo viven en guerra”, *Historia*, IV, 204).

El *Primaleón* nos dice que el héroe “lleuaua la lança en las manos, e firió a Patagón con ella con toda su fuerça, e como él no tenía armadura en las piernas, ambas a dos gelas passó”; esto ya comienza a inmovilizar al monstruo, pero Primaleón acaba de doblegarlo cuando “se quitó afuera, e dióle tan poderoso golpe en el brazo derecho cabe la mano que gela cortó e luego le cayó en tierra” (CXXXIV, cxxxvi [cxxxix] v^a). Hay, pues, un certero ataque a las extremidades del Patagón, a sus piernas, que se hieren, y a una de sus manos, que se amputa⁷³; así logra el caballero inmovilizar a su enemigo; después procede a asegurar su victoria sobre él encadenándolo, con el propósito de llevarlo a las naves: “[...] tomole en voluntad de lo lleuar preso, e si él lo pudiesse lleuar en sus naos, que le sería grande honrra”; Primaleón y Purente toman entonces la cadena de los leones que acompañaban al monstruo, y “ambos a dos fueron a Patagón y echárongela a la garganta, aunque él fazía tales cosas que los espantaua, que daua grandes bramidos, por manera que acudieron allí dos de aquellos patagones de su linaje” (CXXXIV, cxxxvi [cxxxix] v^b). En síntesis, tenemos: a) una reducción física del Patagón mediante la inutilización de sus piernas y mano, b) la voluntad de llevarlo vivo a las naves del vencedor, c) el acto de encadenar al vencido, d) los grandes bramidos de este como protesta por esas cadenas, y e) la llegada de los dos patagones, que acuden llamados por esos bramidos. Vayamos ahora a Pigafetta: “El capitán quiso retener a los dos más jóvenes y mejor formados para llevarlos con nosotros durante nuestro viaje y conducirlos después a España; pero viendo que era difícil prenderlos por la fuerza, se valió de la astucia siguiente: les dio una gran cantidad de cuchillos, espejos y cuentas de vidrio, de manera que tuvieron las dos manos llenas; en seguida les ofreció dos grillos de hierro, de los que se usan para los presos, y cuando vio que los codiciaban (les gusta extraordinariamente el hierro), y que, además, no podían cogerlos con las manos, les propuso sujetárselos a los tobillos para que se los llevasen más fácilmente; consintieron, y entonces se les aplicaron los grillos y cerraron los anillos, de suerte que de repente se encontraron encadenados. En cuanto se dieron cuenta de la superchería se pusieron furiosos, resoplando, bramando e invocando a *Setebos*, que es su demonio principal, para que viniese a socorrerlos” (*Primer viaje*, 60). Salvo el novedoso ingrediente de la astucia sustituyendo a la fuerza, estamos aquí, bien que en un orden ligeramente diferente, ante los mismos elementos que veíamos en relación con la reducción del Gran Patagón, a saber: a) la voluntad de llevar dos patagones vivos a las naves del conquistador, para poder al cabo mostrarlos en España, b) una reducción física de los dos patagones mediante la inutilización de sus manos

⁷³ Simbólicamente, la mano, la parte material más noble del ser humano, representa el poder interior de este, su fuerza, su autoridad, su ser mismo (Ciriot, J.E., *Diccionario de símbolos*, 296-297). Al perder su mano, el Patagón comienza a perder su fuerza interior profunda, comienza a dejar de ser él mismo, y por tanto inicia su proceso de regeneración y espiritualización.

—ocupadas con objetos— y de sus piernas —engrilladas—, c) el acto de encadenarlos, d) los grandes bramidos y resoplidos de los indios, furiosos por sus cadenas, y e) el deseo de estos de que a sus gritos acuda en su ayuda el dios Setebos. Se trata, claro está, de una reminiscencia clara pero adaptada y, si se quiere, metafórica, pues no es lo mismo perder literalmente una mano porque ha sido cortada que perderla figuradamente por tenerla ocupada; el paralelo, no obstante, se nos antoja válido. Más válido aún resulta relacionar el amansamiento del Patagón, entendido, según explicamos en detalle, como su completa reducción a la civilización y asimilación al orden de la sociedad humana, con los intentos de Magallanes y los suyos por civilizar y cristianizar a algunos indios. Vayamos nuevamente a Pigafetta: “Este hombre era más grande y estaba mejor formado que los otros; tenía también los modales más dulces [...]. Pasó algunos días con nosotros. Le enseñamos a pronunciar el nombre de Jesús, el padrenuestro, y llegó a recitarlo tan bien como nosotros, pero con voz fortísima. En fin, le bautizamos, poniéndole el nombre de Juan. El capitán general le regaló una camisa, una chaqueta, unos calzones de lienzo, un gorro [...]” (*Primer viaje*, 59). “Durante el viaje entretuve lo mejor que pude al gigante patagón que llevábamos en nuestro navío [...]. Un día que le mostré la cruz y que la besé delante de él, me dijo por señas que *Setebos* entraría en mi cuerpo y me haría reventar [...]. Cuando se sintió en las últimas en su postrera enfermedad, pidió la cruz, la besó, y nos rogó que le bautizáramos, lo que hicimos, poniéndole el nombre de Pablo” (68-69). Los dos indios bautizados son así, como el Patagón, regenerados, espiritualizados, elevados a su salvación eterna según la perspectiva de los conquistadores, pero también asimilados, al menos en parte o imperfectamente, al orden social y cultural de estos. Precisamente aquí, en esta superación del salvajismo inicial, nos parece que radica la analogía más fuerte entre los patagones ficticiales y los históricos; sobre esta base procuraremos entonces explicar las motivaciones de Magallanes a la hora de imponer a los segundos el nombre de los primeros.

B.V. REIVINDICACIÓN Y ENMIENDA DE LA TESIS DE MARÍA ROSA LIDA

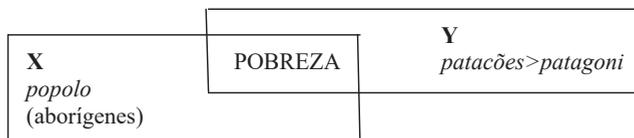
Cuando María Rosa Lida propone su étimo novelesco para los patagones históricos, lo que en rigor está diciendo es que Magallanes denominó a los aborígenes australes con un nombre metafórico. Una pura *metáfora*, en efecto, y no otra cosa, es trasladar a un poblador americano originario el nombre *patagón*, tomándolo, según queda demostrado, de un popular libro de caballerías. Según la clásica definición de Aristóteles (*Poética*, XXI, 1457b, p 102), la metáfora es “la trasposición de un nombre a una cosa distinta de la que tal nombre significa. Esta trasposición puede hacerse del género a la especie, de la especie al género, de la especie a la especie, o por una relación de analogía”. El nombre *patagones* significaba ‘personajes monstruosos de la novela *Primaleón*’, y solo a tales personajes se aplicaba propiamente; Magallanes crea su metáfora al aplicarlo a “una cosa distinta” de esos personajes, esto es, a los

indios de San Julián. El punto que queda todavía por elucidar es el de esa “relación de analogía” que Aristóteles considera como causa y motor de la trasposición metafórica.

Toda metáfora, bien entendida por la retórica tradicional como una comparación abreviada o implícita, supone un *desplazamiento semántico* producido a través de un *término intermedio* con propiedades comunes a los dos términos involucrados en la comparación (Marchese-Forradellas, *Diccionario de retórica*, 256). En nuestro caso, hay un término real *aborígenes* (X), un término metafórico *patagones* (Y), entendido según el significado propio de ‘personajes monstruosos de la novela *Primaleón*’, y una estructura predicativa que crea la metáfora, y que nos ha sido transmitida por la frase de Pigafetta: “Il Capitano generale diede a quel popolo [los aborígenes = término real] il nome de *Patagoni* [los personajes monstruosos de la novela = término metafórico]”. Según la opinión de Lida, recordemos, el término intermedio o rasgo en común (que quizás nos convendrá llamar, con mayor precisión y adoptando la nomenclatura de Bickerton, *atributo específico*⁷⁴) que vincula al término real X con el término metafórico Y, es el de la *fealdad*:



También Deodat, por cierto, al rechazar el étimo de Lida y proponer sus *patacões*, está esbozando una interpretación metafórica del nombre, solo que en lugar de considerar como rasgo en común la fealdad, considera como tal la *pobreza*:



⁷⁴ “Por atributo específico se entiende una cualidad particular, atribuida generalmente a lo denotado por el signo. Así, en inglés se asigna al *hierro* el atributo de ‘dureza’ [...]. Los lexemas a los que se asignan tales atributos se considerarán de aquí en adelante como ‘signos marcados’ ” (Bickerton, “La metáfora”, 89). Según este enfoque, un término metafórico consiste en una palabra o lexema marcado por un sema o rasgo semántico entendido como atributo específico.

En el punto anterior de nuestros análisis, al intentar enumerar y comentar las analogías que observábamos entre los patagones novelescos y los históricos, no hicimos más que enlistar una serie de posibles rasgos en común o atributos específicos en torno de los cuales explicar la metáfora de Magallanes; figuraba en la lista, claro, la fealdad que sostiene Lida y que con tanta indignación rechaza Deodat, pero ya hemos dicho y repetido que no la consideramos el principal rasgo de los patagones y del Gran Patagón del *Primaleón*, sino un rasgo más entre otros de mucho mayor peso, y en consecuencia no creemos posible elevarla a la dignidad de *atributo específico*, de componente semántico privilegiado en la constitución del término metafórico. Como adelantamos entonces, nos parece que el propio texto del *Primaleón* nos brinda la pista para comprender cabalmente el significado del nombre *patagones*: “e dizen que ouo que auer con vna de aquellas patagonas, *que así las llamamos nosotros por saluajes*” (CXXXIII, cxxxvi [cxxxix] r^a). *Patagón*, por lo tanto, significa ‘salvaje’ dentro del sistema semántico de la obra, y así entendida la palabra viene a reflejar muy bien un rasgo que, a diferencia del de la fealdad, sí nos parece fundamental en el diseño de los personajes a quienes se aplica el nombre. Postulamos por tanto que Magallanes, a la hora de imponer el nombre *patagones* a los indígenas de Bahía San Julián, intentó reflejar mediante él precisamente la característica del salvajismo, percibida con toda claridad e inmediatez como el atributo específico de la palabra y como el rasgo en común de los personajes novelescos y los pueblos aborígenes así bautizados. Debemos recordar a este respecto que, según el único testimonio de que disponemos, el diario de Pigafetta, el capitán no impuso el nombre al primer indio que apareció en la bahía, ni lo hizo en la etapa inicial de su contacto con los naturales del lugar; por el contrario, lo hizo al cabo de días y días de reiterados y progresivos acercamientos entre ambos grupos humanos, en el transcurso de los cuales los europeos adquirieron un conocimiento bastante acabado de las costumbres y características de esas gentes a las que veían primitivas y atrasadas. Inclusive la misma *dispositio* discursiva del diario de Pigafetta viene a reflejar esta circunstancia, pues la imposición del nombre se nos narra como remate de un párrafo descriptivo de las costumbres más salvajes y bárbaras de los patagones:

Estos pueblos se visten, como ya he dicho, con la piel de un animal, y con esta piel cubren también sus chozas, que transportan aquí y allá, donde más les conviene, no teniendo punto de residencia fijo, estableciéndose, como los bohemios, tan pronto en un sitio como en otro. Se mantienen ordinariamente de carne cruda y de una raíz dulce que llaman *capac*. Son muy glotones; los dos que cogimos se comían cada uno un cesto de bizcochos por día, y se bebían medio cubo de agua de un trago; devoraban las ratas crudas, sin desollarlas. Nuestro capitán llamó a este pueblo *patagones* (*Primer viaje*, 62).

El nombre corona una descripción de costumbres primitivas a la manera de un rótulo resumidor o, mejor aún, a la manera de una conclusión consecutiva: *porque* estas gentes viven en chozas precarias, *porque* son nómadas, *porque* comen carne cruda, *porque* la extraordinaria cantidad de alimento y bebida que ingieren no se corresponde con las habituales medidas humanas, *porque* devoran ratas y *porque*, además, las devoran sin desollarlas ni cocerlas, *de todo eso síguese* que el capitán les haya dado el nombre de patagones. La denominación *patagones* viene a representar así, en la intención de Magallanes, una síntesis de todas esas características tan evidentemente salvajes, porque consiste en un nombre que, según prescribe la más venerable tradición del Occidente antiguo y medieval, guarda una relación de necesidad y correspondencia respecto de la esencia de la cosa nombrada, a la cual se propone no solo denotar, sino también connotar, describir. (Cfr. Curtius, *Literatura europea*, II, 692-699; S. Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, *passim*; Marín Pina, “El personaje y la retórica del nombre propio”, 165-175).

Sin embargo, el nombre *patagones* no se limita a connotar salvajismo, o en todo caso, no connota cualquier clase de salvajismo, sino —y llegamos por fin al meollo de nuestra interpretación— lo que llamaríamos un *salvajismo superable o redimible*. En la memoria de cualquier lector del *Primaleón*, el Gran Patagón no perdura únicamente bajo su inicial imagen de salvaje extremo, sino también —y sobre todo— bajo su imagen final de exsalvaje regenerado y socializado por obra del conocimiento del bien a partir de la contemplación de la belleza. Y no solo se amansa y humaniza el Patagón, sino que en cierto aspecto lo hacen todos sus congéneres, pues al ver cómo aquel se ha sometido pacíficamente a la hermosa Sélvida, “de allí adelante los patagones fueron espantados, que no osauan fazer mal” (CXXXV, cxxxvii [cxxx] v^b). Los aborígenes que conoció Magallanes en San Julián lo impactaron, es cierto, como primitivos y salvajes, pero además debieron parecerle rescatables y potencialmente civilizables. Pigafetta menciona reiteradamente el carácter amistoso y pacífico de los naturales, quienes reciben a los extraños con muestras, bien que de extrañeza, también de buena voluntad. Durante la estadía de las naves en la bahía varios patagones las visitan, y recíprocamente los marinos son agasajados con comidas y ceremonias en las tolderías indígenas; finalmente, y tal como reseñamos en B.IV., los europeos logran bautizar e incipientemente adoctrinar en la fe cristiana a dos personas. Incluso en el declarado propósito de Magallanes de llevar a España a alguno de esos indios pudo no estar del todo ausente el recuerdo de la escena triunfal del *Primaleón* en la que se describe la llegada del regenerado Patagón a Constantinopla y el desfile por sus calles de la mano de Gridonia. Por las crónicas y la legislación de Indias sabemos que la evangelización y cristianización de los naturales constituía uno de los cometidos centrales de la conquista; para esta y quienes la llevaban a cabo, *evangelizar* era la manera concreta y suprema de *civilizar* a los considerados salvajes, de reducirlos al orden espiritual y político de la metrópoli. En consecuencia, pensamos que en la elección por Magallanes del

nombre *patagones* existe una doble motivación, o, si se quiere, una motivación bifronte o compuesta, consistente en una *realidad actual* –el salvajismo de los aborígenes– y una *realidad potencial* –la superación de ese salvajismo por obra de la evangelización–; ambas realidades, igualmente *esenciales* en la percepción magallánica de esos indios, pese al carácter actual de una y potencial de la otra, constituyen los “atributos específicos” que marcan el lexema *patagón* y posibilitan su aplicación metafórica al pueblo de Bahía San Julián. Así como el Gran Patagón de la ficción es un salvaje que queda reducido a la civilización por el doble camino de la fuerza –el combate contra Primaleón– y del amor a la belleza femenina, los patagones históricos son un pueblo de salvajes a los que sus descubridores europeos desean e intentan civilizar, también, por el doble camino de la fuerza –el acto tramposo del encadenamiento (Pigafetta, *Primer viaje*, 60)– y del amor –la elemental catequesis y el bautismo de los indios Juan y Pablo (*Ibid.*, 59, 68-69).

En conclusión, al proponer nuestra interpretación de la imposición del nombre y sus reales motivaciones, estamos a la vez reivindicando y enmendando la tesis de María Rosa Lida; nos parece ya totalmente inútil empeñarse en negar la viabilidad del étimo por ella propuesto, y más aún, estamos completamente seguros de que el *patagones* que designa a los tehuelches del extremo sur de la Argentina fue impuesto a estos por Magallanes en directa referencia a los patagones y al Gran Patagón de la novela *Primaleón*. Reivindicamos, pues, lo central de la tesis de Lida, pero al mismo tiempo discutimos su fundamentación, negando que el rasgo en común de los patagones ficcionales y los históricos sea la fealdad, y la enmendamos, señalando como atributo específico del lexema *patagones* la característica del salvajismo superable o redimible⁷⁵.

⁷⁵ Enfocando el asunto según la perspectiva de un análisis semiótico, el lexema *patagón*, tal como se presenta en el contexto de la novela *Primaleón*, constituye un semema integrado por una serie de semas, de unidades mínimas de significación, tales como [+ salvajismo], [+ capacidad de regeneración], [+ velocidad], [+ fealdad], [+ fortaleza], [+ ferocidad], [+ hibridez hombre-animal], [+ marginalidad], [+ gran valoración de las mujeres]. Pues bien, al ser empleado el lexema *patagón* como nombre metafórico, tal como lo hace Magallanes al aplicarlo a los indígenas, se produce una reorganización y selección de los semas que lo constituyen, según el modo de actuar de las metáforas que claramente explica Jean-Jacques Thomas: “La metáfora es una reorganización de los semas convencionalmente ligados a un lexema; el proceso metafórico selecciona y enfatiza algunos semas, y desacentúa y reprime otros [...]”. El rastro dejado por el proceso de selección, que delimita el campo semántico, delata la intencionalidad del enunciado, y, a su vez, el descifrar la intencionalidad permite al lector entender lo que está presupuesto en la oración” (“La metáfora: la imagen y la fórmula”, 144-145). Decir, por ejemplo, según la clásica imagen petrarquista, que la piel de la dama es de marfil, supone enfatizar en el lexema *marfil* solamente el sema [+ blancura], desechar otros como [+ dureza] o [+ frialdad], y conservar, desacentuándolo, el sema [+ suavidad]. En nuestro caso, el lexema *patagón*, se-

Llegados a este punto, bien podemos dar por concluida la cuestión, pues el origen de los nombres *Patagonia* y *patagones* queda perfectamente establecido y fundado. Es posible, no obstante, intentar todavía un cometido ulterior.

B.VI. EL ORIGEN DEL ORIGEN

Se recordará que José Imbelloni, al tiempo que aceptaba la propuesta de Lida, hacía la salvedad de que su hallazgo “no resuelve la incógnita morfológica, y solo la posterga a nuevos estudios que esclarezcan de qué modo nació en la mente del autor de la novela caballeresca el vocablo Patagón” (*La segunda esfinge indiana*, 351, *cfr.* A.VI.3.). Es un reparo válido, pero ya hemos dicho que no representa mengua para el trabajo de Lida, el cual cumple acabadamente con su propósito, esto es, explicar el origen de los nombres de los pobladores autóctonos meridionales de América del Sur y de la región por estos habitada. El origen de estos nombres está, nos parece, definitivamente establecido por Lida; queda por establecer, empero, el origen del origen, la etimología no ahora del *patagones/Patagonia* de Magallanes/Pigafetta, sino del *Patagón/patagones* del autor de la novela *Primaleón*. Esta tarea no corresponde ya, de todos modos, a la americanística ni a la toponimia histórica, sino a la hispanística y a la antroponimia literaria, y debería llevarse a cabo no en forma aislada, sino en el marco de un estudio orgánico de toda la onomástica personal y geográfica del ciclo *Palmerín-Primaleón*, entendida como sistema y en relación con el análisis de sus fuentes históricas y literarias. Existe, por cierto, un insoslayable punto de referencia para emprender una investigación así entendida; lo proporcionan los brillantes trabajos de Aquilino Suárez Pallasá sobre el *Amadís de Gaula*, que logran esclarecer de manera terminante y sistemática los orígenes de la toponimia y la antroponimia de esta obra capital y modélica de toda la producción caballeresca hispánica posterior, sobre la base de un sólido sostén documental y de un profundo conocimiento de la historia de la lengua y los principios de la lingüística diacrónica, y superando además prejuicios muy asentados en la crítica anterior, como el del carácter fantasioso o irreal de la geografía

gún lo emplea metafóricamente Magallanes para referirse al aborigen meridional de América, selecciona y enfatiza dos de entre los varios semas que concurren en la palabra en su contexto original, a saber, y a nuestro juicio, los semas [+ salvajismo] y [+ capacidad de regeneración]; un sema aparece totalmente reprimido y desechado: [+ hibridez hombre-animal]; otros semas, finalmente, si bien son conservados, resultan a todas luces desacentuados: [+ velocidad], [+ fealdad], [+ fortaleza], [+ ferocidad], [+ marginalidad], [+ gran valoración de las mujeres]. La fealdad que privilegiaba María Rosa Lida en sus artículos, entonces, forma parte de la semántica del nombre metafórico, pero no alcanza la categoría de sema enfatizado, y en consecuencia no puede considerarse el atributo específico de la metáfora ni el principal rasgo en común sobre el cual fundar la analogía entre los patagones novelescos y los históricos.

amadisiana, o el del fondo preferentemente artúrico de su onomástica. (Suárez Pallasá, “C. Asinius Pollio en el *Amadís de Gaula*”, 173-178; “Attalus, maestro de Séneca, en el *Amadís de Gaula*”, 27-77; “Estratificación de la onomástica del *Amadís de Gaula*”, 189-198; “Gwynedd en el *Amadís de Gaula*”, 272-284; “La Ínsula Firme del *Amadís de Gaula*”, 89-97; “Del Mandubracius del *De Bello Gallico* de C. Julio César al Endriago del *Amadís de Gaula*”, 1ª parte: 91-134, 2.ª parte: 5-79; “Sobre la evolución de *-nn-*, *-nw-* y *-w-* interiores intervocálicos en la onomástica personal del *Amadís de Gaula*”, 281-320; “Sobre un lugar del *Vallum Antonini* en el *Amadís de Gaula*”, 6-61.) Estos trabajos sobre *Amadís* –que se incrementan, por lo demás, con los permanentes nuevos aportes y profundizaciones encarados por su autor– ofrecen una óptima base metodológica para indagaciones análogas referidas al *Palmerín-Primaléon*, capaces de integrar el estudio de nuestro antropónimo en el marco de un verdadero sistema onomástico que desentrañe su sentido y procedencia. Mientras tanto, todo intento por dilucidar su origen en forma aislada del conjunto orgánico de nombres al que pertenece ha de ser forzosamente provisorio y opinable; la interpretación de *Patagón* que esbozaremos a continuación, en consecuencia, deberá ser tomada apenas como una conjetura que podrá o no verificarse cuando el estudio orgánico de los nombres del ciclo se realice, y de ninguna manera como la formulación de una teoría, que no poseemos. Por otra parte, deseamos recordar que el objetivo de nuestro trabajo era contribuir, mediante la reivindicación y enmienda de la tesis de María Rosa Lida, a un mejor conocimiento del origen de los nombres históricos y reales *Patagonia/patagones*; cumplido ya ese objetivo, lo poco o mucho que podamos adentrarnos en la cuestión del origen del origen solo se orienta a complementar nuestra labor, no a concluirla o coronarla.

En A.II. nos referimos a la errada interpretación de la palabra *patagón* como un aumentativo de *pata*, y explicamos por qué la primera forma no puede ser aumentativa de la segunda; sin embargo, el hecho de que no pueda *patagón* ser aumentativo de *pata* no significa que no pueda ser aumentativo de otro sustantivo o adjetivo cuya morfología así lo admita. La formación nominal por sufijación es bastante frecuente en la onomástica personal de los libros de caballerías (Marín Pina, “El personaje y la retórica del nombre propio”, 172-173), y bien puede admitirse una derivación por sufijo aumentativo *-ón*, a partir, claro, de un nombre base que de ninguna manera puede ser *pata*. Hay, por cierto, que andarse con cuidado, porque a menudo la apariencia fonética o morfológica del nombre propio llama a engaño y sugiere falsas interpretaciones; Suárez Pallasá ha demostrado que varios antropónimos del *Amadís de Gaula* con clarísima apariencia de aumentativos, no son tales, sino evoluciones de étimos célticos, germánicos o grecolatinos: *Agonón* < *Conan*, *Antebón* < *Arthgen*, *Antifón* < *Typhon*, *Antimón/Argamón* < *Artmail*, *Apolidón* < *Pollio*, *Darasión* < *Dystan*, *Galifón* < *Galiseo*, *Macandón* < *Machaon*, *Perión* < *Perron*; sin embargo, el mismo autor reconoce que el nombre *Trion* procede por composición expresiva a partir de una base *tri-* ‘tres’, más el sufijo *-on*, para señalar la condición de tercer hijo de Abiseos del

personaje en cuestión (Suárez Pallasá, *La onomástica personal masculina del Amadís de Gaula*, inédita). En nuestro ciclo del *Palmerín-Primaleón* también existe una nutrida galería de nombres masculinos en *-ón*: *Apolón, Edrón, Estebón, Primaleón, Alegón, Amenón, Antión, Baledón, Blandidón, Brodión, Mainón, Redón*; algunos, como el del héroe Primaleón, difícilmente sean aumentativos –en este caso todo parece indicar una composición nominal sobre la base de *primo* ‘primero’ y *león*–, pero sobre los otros queda todavía abierta tal posibilidad hasta tanto, repetimos, no se emprenda el estudio orgánico del sistema onomástico del ciclo. Volvamos, pues, a nuestro *Patagón*, y centrémonos en él. Descartado por imposibilidad morfológica que el nombre sea un aumentativo de *pata*, contemplemos la posibilidad de que sí lo sea de **patago* o *pataco*, formas ambas que legítimamente admiten tal aumentativo. La primera de estas voces no está atestiguada como palabra existente en la lengua castellana; sí lo está la segunda, que define el *Diccionario de Autoridades* como “lo mismo que Patán. Tiene poco uso” (III, 161a), definición recogida también por Corominas-Pascual (*Diccionario*, IV, 423b, art. “pata”). Martín Alonso, por su parte, ofrece una definición más completa: “PATACO, -CA (de *pata*). adj. s. XIV y XV. Patán, aldeano o rústico” (*Diccionario Medieval Español*, II, 1478). La primera documentación de la palabra ocurre en el *Rimado de Palacio* del canciller López de Ayala, esto es, en una obra del siglo XIV: “El cuitado finca pobre mas el bachiller se va;/ si no es nescio o *pataco*, nunca más se perderá” (I, estr. 336 [335]ab, p. 177); más cerca de las fechas del *Primaleón*, Fray Antonio de Guevara la recoge en su *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, obra impresa por primera vez en 1539, pero escrita varios años antes:

Mucho me cae a mí en gracia que si uno ha estado en la corte y agora bive en la villa o en el aldea, llama a todos *patacos*, moñacos, toscos, groseros y mal criados, motejándolos de muy desaliñados en el vestir y de muy grosseros en el hablar” (Guevara, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, cap. XIV, p. 196).

Tanto las definiciones de los diccionarios cuanto los contextos de sus documentaciones literarias confieren a *pataco*, según vemos, una semántica relacionada con la rusticidad, la falta de modales o maneras en el vestir o el hablar, la tosquedad, la grosería, la mala crianza; son todas características que, incrementadas o hiperbolizadas, confluyen en la plasmación del Gran Patagón como personaje. Más aún, no olvidemos que el propio texto del *Primaleón* nos definía la palabra *patagonas* como “salvajes”; veamos entonces qué definición de esta misma palabra nos da el *Diccionario de Autoridades*: “SALVAGE. adj. de una term. Sylvestre, y sin cultivo. Díxose assí de Selva [...]. SALVAGE. Se usa también por desprecio, u dicitario, y vale sumamente nescio, terco, zafio, o tonto. Lat. *Rusticus. Agrestis*” (III, 33b). El adjetivo deriva, en efecto, del latín *silvaticus* a través del provenzal o catalán *salvatge*, y alude a todo lo referido a la *silva* o bosque, especialmente a quien habita en ese sitio o lleva un tipo de vida propio de ese sitio (Corominas-Pascual, *Diccionario*, V, 196a). Traslaticiamente se

entiende, entonces, que quien lleva una vida apartada en los bosques deviene al cabonecio, zafio, terco, tonto; es evidente que entre estos calificativos y los que definían a *pataco* –patán, tosco, grosero, rústico, aldeano– hay apenas un breve paso, fácilmente cubierto por un gradual desplazamiento semántico de los tan habituales en el desarrollo de las lenguas. Podemos por lo tanto conjeturar que el nombre *patagón* consiste en un aumentativo del adjetivo común *pataco*, cuyo sentido, arriba establecido, viene así casi a coincidir con algunos de los significados que el castellano de los siglos XV, XVI y XVII otorgaba a la palabra *salvaje*, sinónimo mediante el cual, a su vez, explica el *Primaleón* el sustantivo *patagón*, entendido finalmente, debido a su forma aumentativa, como ‘sumamente necio’, ‘sumamente tosco’, ‘sumamente rústico’, ‘sumamente grosero’.

Existe sin embargo una dificultad para aceptar definitivamente el étimo *pataco* + sufijo aumentativo *-ón* > *patagón*; se trata de la misma dificultad que –entre otras de mayor peso, claro– estorbaba la metáfora de los *patacões* de Deodat, esto es: ¿cómo explicar el cambio de la oclusiva velar intervocálica sorda *-c-* de *pataco*, en la oclusiva velar intervocálica sonora *-g-* de *patagón*?; ¿por qué debería, en efecto, producirse esa sonorización con solo pasar un mismo nombre de su forma positiva a su forma aumentativa? La dificultad, empero, no reviste la misma gravedad en el caso de *pataco* que ahora consideramos que en el caso de *patacões* propuesto por Deodat; recordemos que este pretendía que, al traducirla en forma instantánea y culta al italiano, Pigafetta había sonorizado la *-c-* de la palabra original para “atenuar, dulcificar, la efonía un tanto dura de la voz portuguesa”. Ya explicamos largamente en su lugar (A.IV.2.) por qué la sonorización es prácticamente *imposible* tratándose de verter el portugués *patacões*, con el sentido de ‘monedas de escaso valor’, a la lengua italiana, y no vamos a repetirnos aquí a este respecto; sí debemos señalar que esa misma sonorización resulta mucho menos imposible, y hasta bastante probable, en el caso de *pataco* > *patagón*, porque ya no se trata aquí de una traducción instantánea y culta del portugués al italiano, sino de la viable evolución fonética popular de una palabra castellana. Siendo la sonorización de las sordas oclusivas intervocálicas, como se explicó, un fenómeno diacrónico y popular, no es aceptable que el propio autor del *Primaleón*, en el acto instantáneo y “culto” de escribir, opere directamente la sonorización de *pataco* en *patagón*; es imprescindible suponer, en cambio, un proceso de relajación fonética relativamente extendido en el tiempo y de naturaleza oral y popular, que haya ocurrido *antes* de la plasmación de la palabra en el texto de la novela. En consecuencia, para que nuestra conjetura pueda ser viable, es necesario que en algún lugar y en algún momento de la Castilla de principios del siglo XVI o fines del XV, haya existido una comunidad de hablantes que sonorizase las velares sordas intervocálicas, y que el autor del *Primaleón* haya tomado de ese acervo oral, *ya sonorizada*, la palabra *patagón*, o bien su base **patago*, para plasmarla por escrito en su novela. Se trata, como se ve, de una posibilidad de momento indemostrable,

pero absolutamente factible; **patago* es forma no documentada, pero es bien sabido que solo una pequeña parte de las numerosísimas variantes y relajaciones fonéticas de la lengua oral popular llega a fijarse por escrito. Por lo demás, la sonorización de las oclusivas sordas intervocálicas es un fenómeno que, haya comenzado en el siglo I como quieren algunos (Menéndez Pidal, *Origenes*, 255-256; Tovar, “Sobre la cronología de la sonorización”, I, 9-15), o en los siglos IX-XI como prefieren otros (Hall, “La non-lenizione”, 530-535; Meyer Lübke, “La sonorización de las sordas”, 1-32), no se había agotado todavía en los siglos XV-XVI, y más aún, no se ha agotado todavía en el siglo XX, ya que tiene plena vigencia en determinadas zonas de Alicante, Toledo, Ávila, Extremadura y Andalucía, tal como Máximo Torreblanca ha estudiado y demostrado en un trabajo de 1976 (“La sonorización de las oclusivas sordas en el habla toledana”, 117-145). Admitir, por tanto, que en algún lugar de España en los tiempos del *Primaleón* existía una comunidad de hablantes que sonorizaba en su lengua oral la velar sorda intervocálica, es perfectamente lícito pese a no contarse con testimonios documentales, más allá, claro, del que el propio *patagón* de nuestra novela aporta, y del que acerca ese otro *patagón* que sirvió para denominar en Flandes y en Luxemburgo, desde 1579, al *patacón* español de plata de 48 a 58 sueldos (*Enciclopedia Universal Ilustrada*, XLII, 686a; Herrera, *El duro*, II, 319-426)⁷⁶. Cabe inclusive la posibilidad –aunque entramos con esto en el resbaladizo terreno de las impresiones subjetivas– de que nuestro escritor haya recurrido a la forma sonorizada **patago* precisamente para aludir a esas tosquedad y rusticidad inherentes a la semántica de *pataco*, esto es, que

⁷⁶ Antes de alimentar falsas ilusiones, nos apresuramos a señalar que el año de los primeros patagones de Flandes es 1579, y que la estadía de Magallanes en Bahía San Julián ocurrió en 1520, razón por la cual no cuadra suponer ninguna influencia de la antedicha moneda sobre el nombre de los patagones históricos. La forma sonorizada del nombre de esta moneda, por otra parte, puede deberse más a fenómenos fonéticos propios de hablantes flamencos que pronunciaban mal el castellano que a un proceso propiamente románico de sonorización. Puede objetárenos que la forma **patago* cuya posibilidad estamos defendiendo solo presenta sonorización de la velar sorda -c- en -g-, en tanto conserva inalterada la dental sorda -t-; a ello respondemos que desde los comienzos mismos del fenómeno de la sonorización en castellano la velar o gutural ha sido la sorda más débil y por tanto la más pronta a relajarse y sonorizarse, en tanto la dental ha resistido mejor a la relajación articulatoria: “En realidad, la gutural presenta características especiales. Haciendo una estadística de los casos estudiados en mi anterior trabajo, tenemos que la gutural ocupa numéricamente el primer lugar: cuento 22 casos de guturales sonorizadas [...] y 7 de caída de guturales intervocálicas. Siguen en orden las dentales, con 21 casos de sonorización y 3 de caída” (Tovar, “Sobre la cronología de la sonorización y caída de intervocálicas”, 13). No es mucha diferencia, por cierto, la que va de 22 a 21 en la estadística de Tovar, pero no deja de señalar una tendencia; Menéndez Pidal, por su parte, parece confirmar esta tendencia al destacar que en los códices latinos que presentan casos de sonorización “por lo común se trata de *c > g*, no de *p* ni de *t*” (*Origenes*, 245).

haya remedado burlescamente la fonética relajada con que los propios patacos, en su necedad y zafiedad lingüísticas, pronuncian la palabra. Esto explicaría bastante bien, además, por qué el autor tomó del habla popular sonorizante solo esta palabra, y no otras: es que sólo esta, y no otras, hace precisa y directa referencia a la condición de aquellos cuyo vulgarismo fonético se complace en sonorizar las sordas intervocálicas.

Podemos entonces retener, al menos provisoriamente, la posibilidad cierta de que *pataco* ‘zafio, rústico, necio, tosco’, sea el étimo del *patagón* novelesco; se trata de un étimo que había sido propuesto con anterioridad para el *patagón* magallánico. Se recordará que al tratar de la recepción de la tesis de Lida hecha por Marcel Bataillon (A.VI.3.), señalamos que este hispanista admitía que el *patagón* del *Primaleón* pudiera haber influido en la denominación de Magallanes, pero sólo concurrentemente con otro étimo, el adjetivo común *pataco* (Bataillon, “Acerca de los patagones, 36-38). Al proponer esta confluencia de étimos, Bataillon retomaba y adaptaba al nuevo estado de la cuestión, creado por el hallazgo de Lida, la explicación que en 1923 ya ofrecía Lehmann-Nitsche para el nombre de los aborígenes de San Julián:

Consultando los diccionarios hallamos como derivación de pata, los términos patán y pataco, con el significado de aldeano, rústico, zafio, tosco. De pataco a patacón, es aumentativo que fácilmente puede ser hecho, claro que con la acepción primera (pie) de la palabra originaria. Pero los famosos indios son conocidos como Patagones (con g), y su país es la Patagonia. La transformación de la consonante c en g, ¿cuándo y por qué se ha realizado? No lo sé” (Lehmann-Nitsche, “Toponimia patagónica”, 2, col. 1).

La pregunta final que se formula Lehmann-Nitsche creemos haberla ya satisfecho; en cuanto al meollo de su explicación, es evidente que falla por dos motivos: primeramente, porque no considera la intermediación, para nosotros indispensable, del *patagón* novelesco entre *pataco* y el *patagón* magallánico; en segundo lugar, porque el étimo propuesto aparece todavía atado a la inaceptable etimología popular de los pies grandes, al sentar el autor explícitamente que debe entenderse *pataco* en relación con *pata* o *pie*, y no según su sentido propio de aldeano, rústico, zafio, tosco⁷⁷.

Lehmann-Nitsche y Bataillon nos han precedido, pues, en la consideración del étimo *pataco*, pero los dos lo proponen como origen directo del nombre americano,

⁷⁷ Diez años antes de este artículo, Lehmann-Nitsche se mostraba todavía reticente a arriesgar una interpretación del nombre de los patagones, si bien acertaba ya, contra las varias etimologías indígenas circulantes, en señalar que el estudio de la etimología de *Patagonia/patagones* “nos parece problema de la filología neo-latina o romance” (Lehmann-Nitsche, “El grupo lingüístico Tshon”, 218).

en tanto nosotros preferimos verlo como el origen del *patagón* novelesco, esto es, como el origen del origen:

1. Lehmann-Nitsche:	<i>pataco</i> >	<i>patagón</i> magallánico
2. Bataillon:	<i>pataco</i> >	} <i>patagón</i> magallánico
	<i>patagón</i> novelesco >	
3. nosotros:	<i>pataco</i> (* <i>patago</i>) >	<i>patagón</i> novelesco > <i>patagón</i> magallánico

Este origen del origen que aquí hemos arriesgado nos parece asaz satisfactorio, pero tal como aclaramos desde un principio, no pasa de ser al día de hoy una conjetura difícilmente verificable, a no ser que venga a descubrirse algún documento donde conste la forma **patago*, o mejor todavía, que el pendiente y necesario estudio orgánico del sistema onomástico del ciclo *Palmerín-Primaleón* confirme la existencia de otros antropónimos generados a partir de similares procedimientos de formación nominal. Por el momento, y llegados ya al punto final de este trabajo, casi diríamos que nos complace colocar ese punto no tras la proclamación de una verdad incontestable y definitiva, sino tras la exhibición de una cuestión abierta que rogamus se interprete y retenga, más que como una incómoda deficiencia, como una tentadora invitación a ir más allá en una búsqueda que, en el saber como en el vivir, nunca se acaba.

C. ADDENDA A LA PRESENTE EDICIÓN

C.I. ILUSIONES PERSISTENTES

Pese a nuestra esperanza de contribuir decisivamente, mediante el análisis, la minuciosa fundamentación y la complementación de la tesis de María Rosa Lida acerca del origen del topónimo *Patagonia* y del etnónimo *patagones*, a su definitiva aceptación en los estudios de historia, antropología y lingüística, y aun tomando en cuenta algunos avances a este respecto, lo cierto es que en los veinte años transcurridos desde que expresamos dicha esperanza en la primera edición de este libro ha quedado en evidencia cuán resistentes resultan todavía las explicaciones tradicionales que, a la luz de las pruebas y las argumentaciones aducidas, deberían ya, de estas alturas, haber desaparecido por completo del discurso crítico, como la ilusión del gigantismo o de los pies grandes, o bien la imposible postulación de étimos indígenas para la vasta región del sur americano. En las páginas que siguen daremos cuenta de algunas de estas persistencias, como también de otros trabajos que, aun aceptando la tesis de Lida y recogiendo lo propuesto por nosotros en este libro, señalan matices o aportan novedades dignos de consideración y discusión.

Cabe mencionar en primer término –en absoluto para reclamar una impertinente prelación cualitativa, sino antes bien para despachar rápidamente la obligada mención de unos trabajos que nada radicalmente nuevo aportan a lo ya tratado en este libro– algunas contribuciones que nosotros mismos hemos publicado con posterioridad a la primera edición de 1999, que ratifican y sintetizan en lo esencial, naturalmente, su contenido y su tesis central, pero que suman quizás alguna que otra precisión hermenéutica en lo que respecta al sentido profundo, acaso profético, que el término *Patagonia* ha tenido en el imaginario cultural argentino y chileno. Como tales consideraciones exceden el propósito estrictamente etimológico del estudio que aquí se reedita, no cabe aducirlas en detalle, razón por la cual nos limitamos a señalar la existencia de esos artículos y capítulos y remitir directamente a su consulta a quien en ellos se interese (González, “Libros de caballerías en América”, 369-382; “De la novela a la historia: libros de caballerías y toponimia americana”, 175-187; “Realidad y deseo detrás de un bautismo: Magallanes y los patagones”, I, 55-69; “Reflexiones sobre una metáfora fundante: Patagonia-patagones”, 129-140).

El artículo de María Alejandra Flores de la Flor “Los relatos de viaje al Océano Pacífico: el Estrecho de Magallanes y la leyenda de los patagones”, de 2014, no se ocupa principalmente de la etimología del nombre de los aborígenes australes, sino de la leyenda generada a partir de su pretendido gigantismo. Con todo, nos vemos forzados a mencionar y comentar brevemente algún pasaje de este trabajo en el que se nos cita e interpreta en forma incorrecta, precisamente –según nos parece– por una interferencia tal vez inconsciente de la arraigada idea del gigantismo y los pies grandes como factores determinantes del nombre impuesto por Magallanes. Transcribimos el párrafo en el que se nos alude:

Tanto los gigantes de las novelas de caballerías como el mito del hombre salvaje es lo que, en opinión de Javier Roberto González, le [*sic*] valió el nombre a los patagones. El “bautismo” de las tribus de la Patagonia se debió, según la teoría presentada en un principio por María Rosa Lida y defendida por el autor anteriormente mencionado, a la novela de caballería [*sic*] titulada *Primaleón* [...] y que tenía por antagonista un gigante de nombre Patagón. González, quien realiza un estudio exhaustivo sobre ello, identifica una serie de puntos que tenían en común tanto el personaje de ficción como los gigantes de la Patagonia: apartamento, tamaño, fealdad, velocidad, armas, dieta, ferocidad, especial conducta hacia las mujeres, salvajismo y reducción al orden civilizado. Son estos últimos, lo [*sic*] que en su opinión, contribuyeron a que Magallanes asemejara a los Tehuelches con el Gran Patagón. (s.p.)

Ni falta hace recordarle al atento lector de este libro que en ningún lugar de él se afirma que el nombre de los patagones provenga de los *gigantes* de las novelas de caballerías ni del *mito* del hombre salvaje, sino de un particular personaje de una novela, el Gran Patagón del *Primaleón*, que no es en absoluto gigante, sino solo corpulento –“grande de cuerpo y de gran fuerza”–, y cuyo salvajismo nada tiene que ver con el mito del *homo sylvaticus* al que se refiere la autora. Es más que evidente que esta, influida en su inconsciente por el prejuicio y la leyenda del gigantismo tehuelche, no logró comprender acabadamente lo que se afirma y lo que se argumenta en este libro contra semejante infundado tópico, pese a que recoge –según vemos, hartamente– y en apariencia acepta la tesis de Lida sobre el origen novelesco del etnónimo.

Si en Flores de la Flor asistimos a la pervivencia de la ilusión del gigantismo, en Marie Ritchie Key (2002) nos enfrentaremos a otra pervivencia infundada, la de la etimología indígena del topónimo Patagonia. Para esta investigadora, que conoce la propuesta de Lida solo indirectamente, a juzgar por lo mal que la recoge, y que no parece haber leído –no la cita al menos– la primera edición de este libro, la posibilidad de un origen novelesco-caballeresco para patagones-Patagonia debe ser rechazada por completo. Veamos la ligereza y el cúmulo de inexactitudes con que despacha la cuestión:

Otra explicación de la palabra da cuenta del informe no confirmado según el cual Hernando de Magallanes habría acuñado el nombre porque “los nativos, con sus gruesas pieles, pelo grueso y caras pintadas, le recordaban a él el *Patagón*, un monstruo con cabeza de perro del romance español del siglo 16 *Amadís de Gaula*. La frase *Patagonia, tierra maldita* es proverbial” (*Encyclopaedia Britannica*, 1982). Otros le dan crédito a la explicación del cronista de Magallanes, Antonio Pigafetta, quien se refiere a los indios tehuelches como los “gigantes”, identificándolos de esta manera con los personajes del mítico *Primaleón de Grecia*, una novela de aquellos años (1512). Correas documenta a los estudiosos que aclararon esta situación yendo a las afirmaciones originales. Se dan referencias de autores argentinos y españoles en Correas y Aliaga (1998: 11-13). Estas y otras historias fantásticas del significado de la palabra es mejor olvidarlas, lo que implica que la etimología permanece incierta (Key, “El significado de *Patagonia*”, 262).

Es evidente que la señora Key no ha recurrido a las fuentes directas que tan ligeramente desestima. De otro modo, no podría confundir tan groseramente el *Amadís de Gaula* con el *Primaleón*, adjudicando a la primera obra el personaje del Gran Patagón que pertenece a la segunda, ni podría tampoco relacionar el supuesto gigantismo de los tehuelches con unos inespecíficos “personajes” del mismo *Primaleón* de donde acaba de desterrar al Patagón. No puede decirse que todo este galimatías sea un error enteramente achacable a la autora, pues proviene en gran medida de la fuente intermediaria que maneja, la *Encyclopaedia Britannica*, que ya en su sitio adujimos nosotros como ejemplo de pésima recepción e intelección de la propuesta de Lida (A.VI.1.), pero si bien no cabe imputarle a Key una culpa total en la generación del error, sí cabe imputarle la grave irresponsabilidad con que lo recoge, lo agrava y lo difunde mediante su adhesión acrítica y su falta de interés por recurrir a las fuentes no digamos ya primarias –el texto del *Primaleón*– sino secundarias directas, como los artículos de Lida que tan apresuradamente refuta sin haberlos siquiera visto.

A continuación, pasa Key a ofrecernos su propia propuesta etimológica para el topónimo *Patagonia*:

Planteo que el significado en cuestión podría ser extrapolado del gran diccionario de lengua yagán (= Yágan = Yahgan = Yamana), registrado por Thomas Bridges durante la segunda mitad del siglo XIX. Bridges utilizó una disposición poco usual en la recopilación de su diccionario, y es que no está escrito en orden alfabético. [...] Tal es el caso de la palabra yagán */patagon/*. Los siguientes ejemplos ilustran algunas de las entradas:

Página 99: <ū-patagön-a> ‘Ampliar, ensanchar. Estirar, como cuando una persona estira sus brazos, alas, chaleco, etc.’

Página 211: <*kupata-gu-möni*> ‘Ir hacia (un lugar) y ampliar, o estirar los brazos’.

Página 372: <*patag-öniä*> ‘Para referirse a cualquier cosa o superficie ancha’.

Página 555: <*tūpatag-öna*> ‘Extender, abrir hacia fuera’ (Key, “El significado de *Patagonia*”, 262).

El resto del artículo –no demasiado extenso, por lo demás– no se ocupa de profundizar en estos posibles étimos que propone, ni de argumentar su pertinencia o su relación semántica con el objeto designado, sea este el grupo étnico de los tehuelches o la región geográfica de la Patagonia; la autora prefiere dedicarse a reseñar la historia del diccionario yagán de Bridges, a describir someramente las características generales de esta lengua, y –sorprendentemente– a recordarle al lector que la Patagonia “está en las noticias hoy en día” sobre todo porque “los arqueólogos están sacando el barro de huesos y de huevos de dinosaurios, que sorprenden a los paleontólogos por su tamaño y edad”, y que tales huesos y huevos “se pueden ver en el museo municipal de Neuquén y en el Museo Paleontológico Egidio Feruglio, en Trelew, ambos en Argentina” (Key, “El significado de *Patagonia*”, 265). Más allá de la inevitable sorpresa ante la curiosa división de tareas según la cual cabe a los arqueólogos la denodada limpieza de restos y a los paleontólogos el mero asombro, uno acaba preguntándose qué tienen que ver los dinosaurios con la etimología, yagana o no, de la Patagonia, y por qué no se ocupó la autora de explicar más en detalle la hipótesis que postula en lugar de, confiada en las simples y acaso aparentes similitudes fónicas de unas pocas palabras, discurrir sobre los avatares de Bridges al elaborar su diccionario o sobre los destinos museísticos de aquellas venerables osamentas saúricas.

En rigor de verdad, la hipótesis de Key ni siquiera es del todo original. Ya la había insinuado Ramón Morales en un trabajo publicado en 1989-1990, que Key no cita. Tampoco nosotros lo citamos –ignorábamos su existencia– en la primera edición de este libro, y cumple ahora reconocer esa falta y hacerle aquí debida justicia a Morales, que acepta y sostiene la tesis de María Rosa Lida sobre el origen novelesco del etnónimo *patagón*; no obstante ello, el autor menciona también, para desestimarlas, las similitudes fonéticas entre patagones-Patagonia y las palabras recogidas por Bridges en su diccionario yagán, algunas de las cuales reaparecerán en el artículo de Key⁷⁸. Es

⁷⁸ “Finalmente, no es posible pasar por alto al célebre *Diccionario Yagán-Inglés* del misionero anglicano Thomas Bridges (1813-1887), en el cual divide Patagonia en ‘patag’ y ‘öniä’, que traduce al inglés como ‘cualquier cosa o superficie ancha’; continúa con la frase ‘ökan kö-p-ö-ta gömi’, que fonéticamente tiene cierto parecido con Patagonia y que traduce como ‘en mi casa hay una tabla’; del mismo modo forma binomios con ‘p’ (abreviatura de

evidente que un mero parecido fónico no basta para postular una relación etimológica entre dos palabras, y más aun en este caso, cuando las realidades lingüísticas involucradas son tanto heterogéneas, pues los tehuelches-patagones –aóniken continentales– y los yaganes –fueguinos insulares– pertenecen a grupos étnicos y lingüísticos distintos. ¿Cómo explicar, entonces, que los tehuelches se llamaran a sí mismos, y llamaran al territorio que habitaban, mediante denominaciones provenientes de otro pueblo, otra región y otra lengua? O más inverosímil todavía, ¿cómo suponer, si damos fe a lo afirmado por Pigafetta en su diario acerca de que fue Magallanes quien bautizó a los patagones, que un portugués al servicio de Castilla, desconocedor de todas esas lenguas aborígenes, recurriera para nominar a los tehuelches a una palabra proveniente de un idioma hablado en una región, como la Tierra del Fuego, a la que todavía no había llegado en su viaje hacia el sur, y de la que desconocía inclusive la misma existencia? Clausuramos estos comentarios sobre el artículo de Key, por su atinada síntesis, con la refutación que aporta César Aníbal Fernández:

El argumento central de Key es que Patagonia es una palabra de la lengua yagán. Esto no parece probable luego de los numerosos estudios en los que se prueba que Magallanes no usó nombres indígenas, sino del santoral católico (Santa Cruz, Once Mil Vírgenes, Monte Cristo, San Julián...) u otros de lengua española (Mar Pacífico, Cabo Deseado...) La ideología etnocentrista de carácter asimilacionista imperante en la época llevaba a que los nombres nuevos solo fuesen castellanos. A tal punto es valedero este criterio que hasta en los zoónimos empleados se recurre a las denominaciones hispánicas. Cabe preguntarse, por qué se iba a modificar este criterio recurriendo a un nombre indígena para “bautizar” a un pueblo y a una de las regiones más importantes de Sudamérica. [...] El hecho de que el topónimo Patagonia apareciera en el diccionario de Bridges solo muestra que el vocablo estaba incorporado a dicha lengua y no, como pretende la autora en cuestión, que su etimología fuese yagán (Fernández, “Patagonia, controversias y certezas sobre su significado”, 111; *cfr.* del mismo autor *Los nombres de la tierra patagónica*).

‘patag’) y ‘umöci’, ‘se cae una casa mal construida’; ‘p’ y ‘unköna’, ‘estar en el agua sobre una cosa ancha’; ‘p’ y ‘öna’, ‘acción de ensanchar o desparramar’. Luego continúa con otros cinco binomios formados con los términos ‘kataka’, ‘undeka-a’, ‘wia’, ‘unaina’ y ‘unagulu’, persistiendo en las traducciones la idea de ‘ampliarse’ o ‘desparramarse’ sobre variados accidentes geográficos” (Morales, “Patagones y Patagonia: un caso de denominación epónima”, 15).

C.II. MALAS LECTURAS

Enrique Pato publica en 2003 un artículo titulado “De nuevo sobre el origen de patagones > Patagonia”. La teoría sobre el origen novelesco y caballeresco del nombre no le agrada a Pato, e intenta refutarla. Lo hace, empero, o bien faltando a la verdad de lo que sostienen los autores que defienden aquella tesis, o bien aseverando cosas que no demuestra, o bien proponiendo soluciones alternativas que contradicen la única fuente fidedigna del bautismo, el diario de Pigafetta. Veamos:

[...] para algunos investigadores el origen del nombre Patagonia podría haber surgido de uno de los libros de caballerías del siglo XV [*sic*], *Primaleón*. En concreto, en un momento del relato, el protagonista llega a una isla apartada, en cuyo interior habita el monstruo Patagón [...] Entre otros, Leonard (1933), Lida de Malkiel (1952), Bataillon (1964) y Zampini (1975) han defendido esta hipótesis, y creen en la difusión marcada por este tipo de novelas entre los exploradores y colonizadores de Indias. Recientemente Luis y Schillat (1997), por un lado, y González (1999), por otro, han retomado estas ideas. No obstante, como es sabido, los patagones no conformaban un pueblo de hombres monstruosos, muy al contrario, sabemos por Pigafetta que los navegantes de la expedición de Magallanes los encontraron “tratables”, “simpáticos”, “contentos” y “amistosos”, y no les inspiraron temor alguno. Los hombres de *Primaleón*, en cambio, “cuando tal vieron a Patagón, fueron muy espantados” [...] Por otro lado, el descuido en su lectura o el no haber consultado directamente la fuente, ha hecho pasar inadvertido el verdadero significado que *patagones* (‘salvajes’) tiene en la novela *Primaleón*: “Y dizen que ovo que aver con una de aquellas patagonas, que así las llamamos nosotros por salvajes” (Pato, “De nuevo sobre el origen de patagones > Patagonia”, s.p.)

No parece justo que el Señor Pato acuse indiscriminadamente a todos quienes “han defendido esta hipótesis, y creen en la difusión marcada de este tipo de novelas”, entre los cuales nos contamos, de haber incurrido en un “descuido en su lectura”, o bien de “no haber consultado directamente la fuente”, causas a las que atribuye este autor el que ninguno de nosotros haya advertido “el verdadero significado que *patagones* (‘salvajes’) tiene en la novela *Primaleón*”. No necesitamos recordar al lector, en lo que a nosotros concierne, la sobrada evidencia de que sí hemos leído el *Primaleón* en forma directa, ni el énfasis que hemos puesto al redactar la primera edición de este libro en la idea del salvajismo superable o redimible como determinante en la elección e imposición del nombre patagones por parte de Magallanes, a punto tal que hemos hecho radicar precisamente en este significado la semántica misma del nombre tanto del personaje novelesco como de los aborígenes australes. Tal vez se dejó confundir Pato por la confesión de Lida de que no había tenido acceso directo al *Primaleón*,

que conoció solo a través de un resumen, y esta limitación de la investigación de la insigne autora la extrapoló y extendió impropriamente a los demás críticos que hemos seguido su huella y defendido y completado su teoría; no resulta admisible semejante ligereza o descuido, que nos hace inclusive sospechar que la falta que el señor Pato imputa a los demás –no consultar en forma directa las fuentes citadas–, es en realidad una falta achacable a él mismo cuando, por caso, cita la primera edición de este libro, y demuestra en los hechos no haberlo leído, o al menos no haberlo entendido en una de sus tesis centrales. Un dato no menor ratifica esta sospecha: al citar la edición de 1999 de este libro en su bibliografía, yerra ciudad y editorial, y reemplaza a Rawson y a la Subsecretaría de Cultura de la Provincia del Chubut, por Buenos Aires y Emecé.

Pero hay más. Después de rechazar en bloque todas las razones de los defensores de la tesis novelesco-caballeresca bajo acusación de no haber acudido a las fuentes, niega Pato que el propio Magallanes haya podido tener contacto con estas, pues decide que “no era ningún entusiasta de este tipo de novelas”. Para respaldar esta afirmación, remite vaga e imprecisamente a “los testimonios de los historiadores que han estudiado la figura de Magallanes”. En nota al pie, enumera Pato a tres de tales historiadores, Braun Menéndez, Zweig y Mauffret, pero no condesciende a transcribir textualmente sus opiniones y pruebas al respecto, y ni siquiera consigna las páginas donde tales opiniones y pruebas podrían en todo caso rastrearse. ¿No debería haberlo hecho, dado que en la autoridad de tales textos historiográficos, y solo en ella, funda su rotundo rechazo de toda posibilidad de que Magallanes fuera lector del *Primaleón*? Por nuestra parte, no conocemos los aludidos textos de Braun Menéndez (*Pequeña historia magallánica*, Buenos Aires, Vial, 1937) y de Mauffret (*Yo, Magallanes, caballero portugués*, Madrid, Anaya, 1988), pero sí conocemos la biografía de Magallanes de Stefan Zweig, que hemos utilizado para la elaboración de este libro, y no recordamos instancia alguna de esa obra donde el autor afirme taxativamente que al navegante portugués no le entusiasmaban las novelas de caballerías. Podemos haber involuntariamente olvidado, o no hallado en nuestra relectura, dicho posible pasaje, desde luego, pero es precisamente para subsanar ese tipo de olvidos o infructuosas búsquedas en sus lectores que debió Pato aducir los textos en los que basa sus asertos.

Finalmente, Pato formula su propia hipótesis y propuesta acerca del origen del nombre de los patagones australes:

[...] aquellos habitantes tan altos y de pies enormes presentaban una característica fisiológica más importante [que el tamaño o la altura]: “hablaban papo”. En efecto, entre otras obras, en la *Historia General de las Indias* de F. López de Gómara se hace hincapié en esta característica patagónica: “[...] Hablan de papo, comen conforme al cuerpo y temple de tierra [...]. Son todos muy ajudiados en gesto y habla, ca tienen grandes narices y hablan de papo”. Esta circunstancia, que ha pasado inadvertida para todos los autores que se han interesado en la

génesis del topónimo argentino, muestra que en el gentilicio *patagón* la base *patago* no hace referencia a ‘pie humano’, sino a una enfermedad relacionada a su vez con el *papo*. Y es que el término *patago*, ‘genus mortui’, aparece documentado desde muy temprano, por ejemplo, en el Códice Emilianense 46, primer diccionario enciclopédico de la Península Ibérica, y en el *Universal vocabulario de latín en romance*, de Alonso de Palencia (Sevilla, 1490): “Patago es linaje de muerte quando por mucha lagaña no se puede de ligero mouer la lengua”. La característica de los indios patagones, que *hablan papo* y sufren *patago*, creemos que debe relacionarse necesariamente con el hecho de que el tehuelche es una lengua aglutinante, donde predominan los sonidos guturales y oclusivos (Pato, “De nuevo sobre el origen de patagones > Patagonia”, s.p.).

Además de López de Gómara y su referencia a que los tehuelches hablaban papo, Pato aduce testimonios bastante posteriores, todos ellos del siglo XIX –Darwin, Guinnard, Musters–, que aportarían ideas supuestamente similares: para Darwin los aborígenes en cuestión tienen “voces discordantes”, para Guinnard profieren “gritos guturales”, y para Musters sus canciones “no son muy melodiosas”. Huelga decir que ninguno de estos cronistas fue testigo directo del bautismo magallánico, ni tuvo contacto directo con la personal experiencia que pudo inducir a Magallanes a elegir el nombre *patagón* para imponérselo a los tehuelches. Solo Pigafetta fue testigo directo de ese acontecimiento, y a juzgar por lo que explícitamente sienta en su diario, no parece haber sido de la misma idea que López de Gómara, Darwin, Guinnard o Musters acerca de la articulación confusa o patológica de los hablantes patagones. Refiriéndose al tehuelche a quien llamaron Juan, y a quien enseñaron a pronunciar el nombre de Jesús y a rezar el Padrenuestro, el cronista afirma que “llegó a recitarlo tan bien como nosotros, pero con voz fortísima” (*Primer viaje*, 59). Ningún papo o patago pareció, por tanto, impedir una articulación clara en este caso, y Pigafetta no hace ninguna otra referencia a lo largo de su relato, por lo demás, a la pronunciación defectuosa, desagradable o áspera de aquellas gentes. Y en rigor de verdad, tampoco lo hacen la mayoría de las fuentes históricas citadas por Pato, salvo López de Gómara –cuya credibilidad, en lo tocante al episodio tehuelche de la expedición de Magallanes, no es ciertamente indiscutible: ya hemos señalado en su sitio que a él se debe la creación de la disparatada etimología popular de los pies grandes como explicación del término *patagón*–, pues Darwin se limita a hablar de “voces discordantes”, lo cual se refiere a la desarmonía *entre* un conjunto de voces y no a la intrínseca fealdad o articulación defectuosa de la lengua en sí; Guinnard alude a “gritos guturales”, vale decir, no al habla o a la lengua en sí, sino a su realización en voz altísima y muy fuerte: todo grito convierte, en cierto punto, en desagradable y acústicamente ingrata incluso a la lengua más armoniosa del mundo; y finalmente, al expresar Musters que las canciones patagonas “no son muy melodiosas” no está tampoco en rigor refiriéndose a la lengua,

sino a la música o al tipo de canto o técnica vocal empleados. Entre tales referencias vagas y semánticamente inconsistentes, aportadas por cronistas o historiadores no testigos del bautismo, y la clara afirmación del único cronista que sí lo fue, Pigafetta, en el sentido de que al menos uno de aquellos patagones era capaz de pronunciar el Padrenuestro tan bien como los expedicionarios españoles o hispanizados, no resulta difícil decidir a qué o a quién otorgar mayor crédito.

Con todo, lo más desconcertante en el artículo de Pato es la conclusión “equitativa” a la que arriba al cabo de su estudio:

Por todo lo expuesto hasta aquí, nos inclinamos a considerar que los primeros hombres blancos en entrar en contacto con los indios de la *terra australis* en la expedición de Magallanes pudieron nombrar a los indígenas como *patagones* por la estatura que tenían, que de hecho era alta para un hombre del siglo XVI, por su aspecto de ‘salvajes’, y también por su peculiar forma de hablar (lengua aglutinante) (Pato, “De nuevo sobre el origen de patagones > Patagonia”, s.p.).

Uno habría esperado que, consecuente con sus propios argumentos en pro de un idioma o un modo de hablar gutural y defectuoso, el autor concluyera inequívocamente sosteniendo sin ambages su propuesta del étimo *patago* ‘dificultad para mover la lengua’ como determinante del bautismo de los patagones. Sin embargo, nos sorprende con un triple y alternativo *quizás* en cuyo seno la posibilidad del origen médico y patológico del nombre es apenas una entre otras, como el redivivo y siempre resistente lugar común del gigantismo, sea de talla o de pies —que el propio Pato había rechazado en instancias previas de su artículo como factor motivante en la elección del nombre⁷⁹—, o la identificación de la semántica del patagón americano con una cualidad de ‘salvaje’ que solamente tiene sentido si se acepta —cosa que él no hace, antes bien rechaza con énfasis— la teoría de Lida sobre la procedencia del término a partir de los

⁷⁹ “De este modo, se hace creer que españoles y portugueses admiraron de los indios sobre todo el tamaño de los pies, error antropométrico que persistirá más de dos siglos. En contra de esta idea se puede indicar que Pigafetta no emplea el adjetivo ‘gigante’ de manera exclusiva para caracterizar a los patagones, sino de manera reiterada a lo largo del relato. En efecto, con anterioridad al encuentro de la expedición con esta tribu cuenta cómo ‘llegados hasta el grado 34, más un tercio del Polo Antártico, encontrando allá, junto a un río de agua dulce, a unos hombres que se llaman caníbales y comen la carne humana, acercósenos a la nave capitana *uno de estatura casi como de gigante* para garantizar a los otros’ [...] Se ha pensado también que *patagao* es una deformación de *patao* [...] Sin embargo, *patagón* no es el aumentativo de *pata*; en castellano, del nombre *pata* se pueden crear los sustantivos *patón* (documentado solo como apellido) y *patudo* (no con el significado de ‘pie grande’ sino con el de ‘que tiene pies’, y ejemplificado en la figura del ángel patudo), pero no el término *patagón*” (Pato, “De nuevo sobre el origen de patagones > Patagonia”, s.p.).

patagones novelescos del *Primaleón*, único lugar donde el nombre es definido como equivalente de ‘salvajes’. Como se ve, el artículo de Pato no alcanza la solidez y la coherencia argumentativas necesarias para contribuir al esclarecimiento de la cuestión.

C.III. MÁS HIPÓTESIS SOBRE EL ORIGEN DEL ORIGEN

Las dos contribuciones que comentaremos en último lugar aceptan la propuesta de Lida y la hipótesis central de que el nombre de los patagones proviene del Gran Patagón del *Primaleón*. Sus aportes no se enderezan, por tanto, a seguir discutiendo sobre una etimología ya resuelta en lo esencial, sino a proponer alternativas para lo que hemos llamado nosotros “el origen del origen”, esto es, la posible fuente del nombre del personaje ficcional de donde derivará después el de los tehuelches de Bahía San Julián. Se trata de dos trabajos seriamente planteados y escritos, sobre cuyas conclusiones puede discreparse, pero no discutir sobre su calidad.

Rodolfo Casamiquela se ocupa de la cuestión en un artículo de 2007. Comienza mencionando algunos posibles étimos romances para el Patagón literario, que después desechará:

[...] pienso que tanto pudo tratarse de un derivado de *pata* –aunque no necesariamente su aumentativo– cuanto de alguna otra palabra de origen latino. Para lo primero, puedo echar mano, a guisa de ejemplo, de voces como las francesas *pataud* o *patauger*, con el significado respectivo de ‘niño, individuo de marcha pesada y de maneras dificultosas’, y ‘marchar sobre un suelo fangoso, en un agua barrosa’. O la italiana *pataccone*, consignada por Morales, aparentemente emparentada con ‘persona obesa, lenta para operar’. Pero además existe *pataco* –voz rescatada primero por Lehmann-Nitsche en 1923 y hace poco fuertemente apoyada por González–, cuyo significado, en castellano antiguo, gira en torno de los conceptos de ‘patán, grosero, rústico’ (Casamiquela, “Los gigantes patagones y la ciudad de los Césares”, 8).

En lo que respecta a los posibles étimos franceses o al italiano, no podemos dejar de señalar por nuestra parte que sus significados, relacionados con las ideas de marcha pesada, lenta o estorbada por la obesidad o por el fango, no parecen condecirse en absoluto con las extremas ligereza y velocidad del Patagón literario, que destacamos detalladamente en su lugar. El propio Casamiquela no está en rigor demasiado convencido con estas etimologías, pues acaba sugiriendo otra por la que al final se decanta:

Pero además, se me ocurre, a título de mero ejemplo, ya que no he hecho un estudio particular del tema, una palabra sugestiva como *patagio* (derivada de *patagium*), que denomina, en castellano actual (y en otras lenguas, como el inglés) a una ‘extensión del cuerpo’ de carácter especial, como las alas de las

aves o las membranas que unen brazos con piernas en algunos anfibios con cierta capacidad de planear. Con lo que, incluso la palabra italiana a que acabo de referirme, *pataccone*, bien pudo dar origen a patagón; tal vez no surgió de la obesidad misma de la persona sino de los múltiples pliegues de piel derivados de ella. Para vencer sus reservas iniciales, piénsese que náufrago deriva de naufragio; mago de magia; galo de Galia, greco o griego de Grecia, bretón de Bretaña, y gascón de Gascuña (Casamiquela, “Los gigantes patagones y la ciudad de los Césares”, 9).

[En el *Primaleón*] Patagón es el monstruo híbrido, salvaje por excelencia, y por extensión se denomina así a los restantes indígenas, varones y mujeres (también disformes pero más humanos). [...] Como se ve, no hace falta más: está clarísima la fuente en que abrevó Magallanes. Pero falta el rabo por desollar –o dicho de otro modo, falta un rasgo físico por valorar: ¡las enormes orejas!, ya lo habrá anticipado el lector. Pues, clarísimo está también, ellas, colgantes, constituirían un *patagio* de primer orden. Así, patagón –según se deduce de los ejemplos vistos antes, como bretón, ¡y aun Primaleón!– valdría como ‘de piel colgante’; para el caso, ‘orejudo’. No tan malo, convengamos, como explicación posible para la escurridiza etimología. Queda hecha la sugestión (*Ibid.*, 11).

Juzgamos exagerada la importancia que Casamiquela atribuye al rasgo, a todas luces menor y desacentuado en la descripción del Gran Patagón novelesco, de las grandes orejas, y muy poco probable que el nombre del personaje pueda provenir de una característica tan poco identificatoria de su identidad física, psíquica o moral como esta. Además, fonéticamente resulta muy difícil, acaso imposible explicar el paso de *-gi-* > *-g-*, con una caída de la yod que no encuentra razón –*patagio* > *patagón*–. Los casos supuestamente análogos que menciona Casamiquela –*naufragio* > *náufrago*, *magia* > *mago*, *Galia* > *galo*, *Grecia* > *griego*, etc.– no sirven en absoluto como parámetros, pues la derivación es exactamente la contraria: no deriva náufrago de naufragio, sino naufragio de náufrago; no proviene mago de magia, sino magia de mago, ni galo de Galia, sino Galia de galo. En la economía de la mayoría de las lenguas occidentales, y muy ciertamente en la de las romances como el castellano, son los nombres concretos los que originan sus derivados abstractos, y no al revés. Así, primero existe la noción del náufrago de carne hueso, o del mago, o del galo, y solo después se deriva de estas nociones la categoría abstracta que da cuenta de la cualidad poseída o la acción ejecutada por el náufrago –el naufragio–, la acción o el hábito operativo propios del mago –la magia–, el lugar o la entidad nacional que agrupa a los galos –la Galia–. Ninguno de los ejemplos aducidos por Casamiquela, en consecuencia, explica la anómala derivación o adaptación de *patagio* en *patagón*. Su propuesta no resulta descabellada –las grandes orejas son un rasgo, aunque secundario, real del

Patagón novelesco, y la palabra *patagio* existe en castellano⁸⁰ y su derivación hacia un aumentativo *patagón* con pérdida de yod, aunque difícilísima de fundamentar, no puede decirse imposible–, pero sí sumamente improbable. Lo que resulta extraño es que un investigador tan avezado como Casamiquela no haya advertido que la semántica de *patagón* viene dada por el propio texto del *Primaleón* cuando expresamente se dice allí que las patagonas son así llamadas por ‘salvajes’, y que es en pos de esta semántica, y no de otra, que conviene buscar la posible etimología del nombre⁸¹. Cualquier otro camino que se emprenda hacia ella, si no del todo errado, resulta al menos errático y poco confiable.

Miguel Armando Doura publica en 2011 un extenso y excelente artículo, “Acerca del topónimo *Patagonia*, una nueva hipótesis de su génesis”, que no dudamos en calificar como el mejor estudio de los que tenemos noticia aparecidos con posterioridad a la primera edición de este libro. Se trata de un trabajo exhaustivo, documentadísimo y muy minucioso en la presentación del estado de la cuestión y de los datos y los argumentos que ofrece como novedades. En líneas generales acepta la tesis de Lida y

⁸⁰ Ramón Morales se había adelantado a Casamiquela, en su artículo de 1989-1990, en mencionar en relación con el etnónimo *patagones* una posible etimología vinculada con la voz *patagio*, aunque partiendo de su forma latina, y descartándola de plano: “[...] se hallan [en latín] los términos ‘patagiatus’, ‘patagium’ y ‘patagus’. Forcellini, en su *Lexicon totius latinitatis* (1833), sostiene que el primero es un adjetivo relacionado con el adorno de un vestido femenino; el segundo es una pieza de ropa femenina; y el último una enfermedad grave y mortal. Es obvia también aquí la total desvinculación con la etimología antropométrica que nos ocupa” (“Patagones y Patagonia: un caso de denominación epónima”, 14-15).

⁸¹ Más curiosa aún resulta esta obliteración de Casamiquela respecto del sentido expreso del nombre Patagón en la novela, cuando él mismo, al referirse a los patagones tehuelches, menciona el hecho de que estos eran considerados salvajes por sus conquistadores araucanos: “Gigantes rústicos desprovistos todavía de la distinción que daba el roce con los indígenas transcordilleranos (los *aucache* del sur del hoy Chile continental, araucanizados) y con los blancos –léase tejidos, platería, armas de acero y cotas, alcohol, etcétera–, fueron vistos como salvajes (¡bárbaros!) por los indígenas regionales, autores de la denominación, en la lengua que, por entonces, se imponía como lengua franca, o quizá mejor, lengua de parlamento (de indígenas con indígenas y con españoles): el araucano (mapuche). La voz [tehuelche] deriva de *chewul-che*, en que la segunda parte es ‘gente’, y la primera (sinónimo de *auka*) precisamente ‘salvaje’, ‘bárbaro’” (Casamiquela, “Los gigantes patagones y la ciudad de los Césares”, 12-13). Se trata de un aporte precioso que Casamiquela hace, y no aprovecha, pues esta semántica del nombre dado por los araucanos a los tehuelches resulta un fuerte argumento en favor de que Magallanes, al bautizar al mismo grupo étnico, debió percibir en él como igualmente determinante e identitaria la condición salvaje que también percibieron los vecinos araucanos, y que por ello los nombró mediante una palabra que significa, en la novela *Primaleón* de donde proviene, exactamente eso, ‘salvaje’.

el origen novelesco del gentilicio *patagones*, de acuerdo con la fuente del *Primaleón* y con las razones largamente defendidas aquí; al igual que Casamiquela, el objetivo de Doura no es reabrir la cuestión de la etimología de la Patagonia o de los patagones históricos, que considera ya resuelta, sino ofrecer una nueva hipótesis sobre el posible “origen del origen”, sobre la presumible fuente del nombre novelesco *Patagón*. Doura repara en el cuerno que trae el Patagón colgado de su cuello, que tañe para convocar a sus congéneres patagones, y encuentra en el *Diccionario técnico de la música* de Felipe Pedrell un instrumento aerófono similar, llamado sugestivamente *paflagonia*. El autor declara haber examinado además otros ocho reputados diccionarios musicales en distintas lenguas, y realizado consultas a cinco importantes musicólogos de diversos países, sin haber obtenido en ninguno de estos rastreos bibliográficos o personales ninguna referencia confirmatoria o adicional respecto del mentado instrumento; más éxito tuvo al parecer con algunos diccionarios y enciclopedias generales españolas, que recogen el término pero se limitan a transcribir la referencia aportada por Pedrell. Seducido por la analogía morfológica entre el cuerno del Gran Patagón y la antigua trompeta mencionada por Pedrell, y no menos por la similitud fonética entre *patagón*/*Patagonia* y el nombre *paflagonia* que da este musicólogo a la dicha trompeta, Doura reflexiona:

Por su nombre, creemos que debe estar directamente relacionado con la región geográfica que fue denominada de la misma forma: *Paflagonia*, y que bajo este nombre perteneció al imperio persa, a la Magna Grecia y al imperio romano, y que hoy es parte de la costa norte de Turquía, sobre el Mar Negro. Pero veamos, Pedrell nos informa que su “pabellón tenía la forma de una cabeza de buey”, pues bien, entendemos que en este caso, buey o toro son similares, y es sabido el lugar preferencial que tenían estos animales en la cultura griega y persa. Creemos que es verosímil pensar, por lo tanto, que exista una relación entre este instrumento y esta región geográfica, sobre todo cuando Pedrell nos aclara que esta trompeta o clarín es antiguo: “antigua trompeta o clarín”, a pesar de que no nos da una idea de cuán “antigua” es. Un cuerno, como llevaba colgado el Patagón en su cuello, no es una “trompeta” o “clarín”, sin embargo, ambos son instrumentos de viento, y el cuerno se encuentra en la génesis de estos instrumentos (Doura, “Acerca del topónimo *Patagonia*”, 71).

Continúa Doura recordando que el ámbito espacial en el que mayormente se desenvuelve la acción del *Primaleón* es básicamente griego y mediorientista, por lo cual una zona como la de la antigua Paflagonia bien puede caer bajo el área geográfica propia de los personajes de la novela, y más en concreto, bien podría llegar a corresponderse con la isla donde habitan el Gran Patagón y sus congéneres patagones. Finalmente, y sobre la base de estos considerandos, formula tres posibilidades en relación con el origen griego del antropónimo ficcional *Patagón* a partir del instrumento de viento

y/o la región llamados, ambos, *Paflagonia*: a) que la novela *Primaleón*, que leemos actualmente en castellano, proceda por traducción de un perdido original griego, donde el personaje que en la versión actual se llama *Patagón* pudiera haberse llamado **Pa-phlagón*, o algo similar; b) que aun desechando la posibilidad de un original griego, haya existido en una versión primera y perdida del original castellano el helenismo **Paflagón* como nombre del personaje; c) que el autor de la novela haya decidido adrede castellanizar en *Patagón* el nombre originalmente griego **Paphlagón* (Doura, “Acerca del topónimo *Patagonia*”, 75-76). Analicemos, una por una, estas hipótesis alternativas.

La primera cabe desecharla tajantemente. El *Primaleón*, es cierto, incluye en el colofón de su edición salmantina de 1512 la siguiente leyenda: “Fue trasladado este segundo libro de *Palmerín*, llamado *Primaleón*, y ansimesmo el primero, llamado *Palmerín*, de griego en nuestro lenguaje castellano”, pero de sobra sabemos que nos hallamos aquí no ante una declaración verídica, sino ante el manido tópico de la *falsa traducción*, más que frecuente en los libros de caballerías –su influjo llega inclusive, en clave paródica, al propio *Quijote*–, según el cual el autor finge estar traduciendo su obra de un original en alguna lengua extraña, hasta ese momento perdido, con lo cual pretende conferir a su creación una pátina de leyenda, exotismo y prestigio (vid. Marín Pina, “El tópico de la falsa traducción”, 541-548). No existen pruebas fehacientes de que ninguno de entre las varias decenas de libros de caballerías castellanos que recurren al tópico de la pretendida traducción haya sido realmente traducido de un original verdadero y atestiguable en alguna lengua clásica o antigua. Ello no excluye la posibilidad remotísima de que el *Primaleón* pudiera ser el primer caso comprobable, pero para esto habría antes, precisamente, que comprobarlo, lo cual Doura no hace ni podría hacer.

Sobre la segunda hipótesis, la de un *Primaleón* cuyo original fue siempre castellano pero que incluyó en su primera redacción un supuesto helenismo **Paflagón* que mutó en copias sucesivas a la actual forma *Patagón*, Doura formula las siguientes precisiones:

En este caso observamos que el brazo o barra de la letra “f” bien pudo haberse alterado durante la copia por un empaste de cuño y unirse a la siguiente “l” formando una doble “tl” unidas por un solo brazo: *paflagon* > *pattagon*; quizás pudo haberse trastocado la “f” por “t” y empastado el cuño o leído simplemente por error “tl”: *paflagon* > *patlagon* > *pattagon*; o trastocada la “l” por “t”: *paflagon* > *paftagon* > *pattagon*; o simplemente haberse leído mal y confundir “fl” por “tl”; luego en cualquiera de estos casos muy fácilmente puede haber pasado a una sola “t”: *pattagon* > *patagon* (Doura, “Acerca del topónimo *Patagonia*”, 76-77).

Las sucesivas posibles mutaciones que conjetura Doura no son imposibles, pero sí muy poco probables. Para empezar, habría que suponer una tradición impresa de

muchas, demasiadas copias intermedias del texto, para que los sucesivos empastes de los tipos, confusiones de lectura de los rasgos gráficos y transformaciones y mutaciones de rasgos pudieran verosímilmente darse; ahora bien, no tenemos noticias de ediciones previas a la de Salamanca de 1512 que se hayan perdido. ¿Significa esto que no existan? No, pero hace sospechar que, de existir, no pueden haber sido tantas como las que este proceso hipotético reclama como necesarias, pues en ese caso al menos una de esas muchas tendría que estar atestiguada. Pero hay un argumento de mayor peso contra esta hipótesis de las confusiones gráficas. El nombre del Gran Patagón, de los patagones y de las patagonas aparece en el texto del *Primaleón* varias decenas de veces; el mal empaste de los tipos móviles pudo acaso suceder en una de esas ocurrencias del nombre, en dos, en tres, en diez, pero ¿es concebible que haya sucedido en todas, absolutamente todas sus ocurrencias? Y para más, ¿en todas y en cada una de ellas los errores de lectura resultantes desembocaron en la misma confusión y en el mismo efecto de *-fl-* > *-tt-* > *-t-* que señala Doura? Poco menos que imposible.⁸²

Finalmente, tampoco satisface la hipótesis de que el autor del *Primaleón* haya deliberadamente modificado el nombre *Paphlagón* en *Patagón*, hipótesis así formulada y precisada por Doura:

Por último, pensamos que no deberíamos descartar la posibilidad de que el autor del *Primaleón* haya, premeditadamente, querido escribir *patagón* en lugar de *paphlagón* o *paflagón*, usando quizás el mismo recurso utilizado por el autor del *Amadís de Gaula*, que vinculara al *Amadís* con la inexistente región de *Gaula* probablemente recordando a la sí existente región de *Gales* [Wales] o a la de *Galia* o la presencia del *rey Artús* en lugar del *rey Arturo* en el *Tirant lo Blanc* o en el *Quijote de la Mancha* (Doura, “Acerca del topónimo *Patagonia*”, 77).

Contra esta hipótesis opera la ausencia de casos análogos donde una palabra griega con grupo consonántico interno *-phl-* o *-fl-* resulte castellanizada mediante el reemplazo de dicho grupo por *-t-*; Doura debería ofrecer algún ejemplo donde tal cosa ocurra para poder fundar mínimamente su conjetura. No lo hace, y en cambio menciona un par de nombre literarios —el topónimo *Gaula*, el antropónimo *Artús*— que no

⁸² Se impone estudiar sistemáticamente, además, a la hora de postular un presunto helenismo voluntario o deliberado en un libro de caballerías, si en ese mismo libro existen otros helenismos más evidentes o demostrables que avalen la sospecha o fundamenten la hipótesis. La tarea podría dar buenos frutos si se emprendiera a propósito del *Primaleón*, pues en otros libros de la especie caballeresca sí ha podido demostrarse un conocimiento —al menos básico o parcial— de la lengua griega por parte del autor, a partir del manejo de la antroponimia y la toponimia. Así creemos haberlo hecho en relación con *Cirongilio de Tracia* (González, “Dos helenismos reivindicados en el *Cirongilio de Tracia*”, 45-73).

valen en absoluto como casos análogos al que aquí se discute, pues ninguno de ellos consiste en una castellanización de un nombre griego, y en ninguno de ellos aparece el cambio fonético *-phl-* o *-fl-* > *-t-*. Se comprende que mediante estos dos ejemplos Doura ha querido simplemente atestiguar el hecho de que el autor de una obra literaria puede, llegado el caso, manipular los nombres históricos o reales a su entero arbitrio, y modificar caprichosamente sus formas. Pero no es tal cosa lo que ocurre con la *Gaula* del *Amadís* o el *Artús* del *Tirant* o del *Quijote*. Ante todo, debe decirse que Gaula no es una “inexistente región”, como afirma Doura, sino una muy bien localizada zona de la costa francesa del Canal de la Mancha, más o menos coincidente con la actual Normandía⁸³; su nombre, si bien proviene de la *Galia* romana –y de ninguna manera de Gales, como alternativamente conjetura Doura–, no procede en su forma castellana *Gaula* directamente de aquella forma latina, sino de la francesa *Gaule*, según los patrones regulares de castellanización de voces francesas acabadas en *-e*, con conservación casi total de la forma original. En cuanto a Artús, no es en absoluto una invención de los autores del *Tirant lo Blanc* –obra cuya lengua original, por lo demás, no es el castellano, sino el catalán valenciano– o del *Quijote*, sino procede de las novelas hispánicas del ciclo artúrico, bastante más viejas, como *El baladro del sabio Merlín* o *La demanda del santo Grial*; estas, a su vez, no hacen otra cosa que conservar una forma –a veces levemente modificada en *Artur*– que se remonta a una tradición manuscrita aun anterior, como la recogida por Karl Pietsch en su edición de los *Spanish Grail Fragments*, donde la forma *Artús* es ampliamente predominante. Se trata, por lo demás, de una solución que en rigor no supone castellanización alguna, pues copia *ad litteram* una de las formas que en las novelas artúricas francesas –de donde provienen las hispánicas por traducción y adaptación– adopta el nombre del mítico rey, en coexistencia con otras: *Artus*, *Artu*, *Artur*. Los autores del *Amadís*, del *Tirant* y del *Quijote*, en consecuencia, no han en absoluto ejercido esa supuesta

⁸³ Según ha demostrado fehacientemente Aquilino Suárez Pallasá en sus brillantes trabajos sobre onomástica personal y geográfica del *Amadís de Gaula*: “Comenzamos refutando la conclusión de E. B. Place de que Gaula es un reino de la Pequeña Bretaña. Esta conclusión es errónea porque contradice muchos lugares del texto y porque se apoya en la lectura de un solo pasaje: ‘assí en la vida del rey Perión, mi padre –dice Amadís a sus amigos–, como después della, aquel reyno de Gaula no nos faltará en la pequeña Bretaña, de que agora oue las cartas cómo en sus días me la dieron’ (II 552b). En realidad, en la frase ‘en la pequeña Bretaña’ la preposición *en* es errata por *e*, puesto que en ese lugar, como en muchísimos otros de los cuatro libros, hay epífrasis: ‘aquel reyno de Gaula no nos faltará *e* la pequeña Bretaña’, debe leerse. Resuelta la epífrasis: ‘aquel reyno de Gaula e la pequeña Bretaña no nos faltarán’. [...] En conclusión: la Gaula del *Amadís* no es Francia, ni Bretaña, sino una zona costera del Canal de la Mancha que parece abarcar las actuales regiones francesas de Baja Normandía, Alta Normandía, Picardía y parte de Norte” (Suárez Pallasá, “La Ínsula Firme del *Amadís de Gaula*”, 93-95).

creatividad onomástica que imagina Doura, sino se han limitado a recoger nombres ya castellanizados –o catalanizados, en el caso del *Tirant*– y plenamente operantes en la tradición literaria previa, nombres que, por lo demás, han advenido a sus formas hispánicas conforme a los procedimientos habituales y naturales de adaptación de sus respectivos modelos franceses, lo cual no sucede de ningún modo con la hipotética –e improbableísima– castellanización en *patagón* de los nombres griegos *paphlagón* o *paflagón*.

Así concluye Doura su artículo:

Teniendo en cuenta las hipótesis antedichas, pensamos que es posible que el autor del *Primaleón*, al hacer viajar al héroe Primaleón en un entorno cercano a Constantinopla, entre geografías conocidas, ignotas o imaginarias, haya tenido en cuenta la existente región de la Paflagonia, habitada por *groseros*, *toscos* y mal vistos por los griegos *paflagones*, para desarrollar las aventuras de Primaleón en la innominada isla donde hiciera habitar al salvaje patagón. También pensamos que es probable que exista una relación entre el cuerno que llevaba colgado el patagón del *Primaleón* y el instrumento de viento llamado *paflagonia* (Doura, “Acerca del topónimo *Patagonia*”, 77).

Una posible influencia del topónimo *Paflagonia* y de sus habitantes, vistos como bárbaros por los griegos, en la plasmación literaria de los *patagones* salvajes del *Primaleón*, no es del todo descartable; sí resulta insatisfactoria la hipótesis concreta que ofrece Doura acerca de la concreta manera en que dicha influencia pudo haberse materializado, esto es, la muy poco probable cadena de errores gráficos a lo largo de una indemostrada tradición impresa del texto anterior a su edición conocida de 1512, o bien la tampoco viable castellanización del helenismo mediante un procedimiento de adaptación absolutamente extraño a las normas y usos habituales. Quizá con otros procedimientos de análisis, o a la luz de testimonios al día de hoy inexistentes, se pueda en el futuro avanzar más y mejor por la senda que ha abierto Doura con su sugerencia. Por nuestra parte, y hasta tanto tal cosecha no suceda, seguimos pensando, como en 1999, que el étimo más probable para el antropónimo literario *patagón* es el adjetivo *pataco*, ‘rústico, zafio, toscó’, alterado en *patago* por pronunciación sonorizante de la gutural intervocaliza por mimesis de la rusticidad aludida en la propia semántica del término, y bajo forma aumentativa, según razonamos en B.VI.

OBRAS CITADAS

1. Academia Brasileira de Letras. *Dicionário da Língua Portuguesa*. Elaborado por Antenor Nascentes. Brasil: Departamento de Imprensa Nacional, 1966, vol. III: J-P.
2. San Agustín. *La Ciudad de Dios*, en sus *Obras*. Edición preparada por José Morán O.S.A. 2.^a ed. latín-español. Madrid: B.A.C., 1965, vols. 16-17.
3. Alfonso el Sabio. *Código de las Siete Partidas*, en *Códigos españoles concordados y anotados*. Madrid: Imprenta de La Publicidad, 1848, tomo II.
4. Alighieri, Dante. *Il convivio*. Ed. G. Busnelli e G. Vandelli. 2.^a ed. Firenze: Le Monnier, 1964, 2 vols
5. Alighieri, Dante. *Vita nuova*. Ed. Edoardo Sanguinetti. Milano, Garzanti, 1977.
6. Alonso, Martín. *Diccionario Medieval Español*. Salamanca: Universidad Pontificia, 1986, 2 vols.
7. Alvar, Manuel - Pottier, Bernard. *Morfología histórica del español*. Madrid: Gredos, 1983.
8. Andreas Capellanus. *De amore. (Tratado sobre el amor)*. Ed. latín-castellano e introducción de Inés Creixell Vidal-Quadras. Barcelona, El Festín de Esopo, 1985.
9. Aristóteles. *Poética*. Traducción y notas de Eilhard Schlesinger. Buenos Aires: Barlovento, 1977.
10. Avalle Arce, Juan Bautista. *Amadís de Gaula: el primitivo y el de Montalvo*. México: F.C.E., 1990.
11. *El baladro del sabio Merlín*. Según el texto de la edición de Burgos de 1498. Edición y notas de Pedro Bohigas. Barcelona: Seleccionces Bibliófilas, 1957, 3 vols.
12. Bataillon, Marcel. "Acerca de los patagones. Retractatio", *Filología*, VIII, 1-2 (1962), 27-45.
13. Bataillon, Marcel. "Les patagons dans le *Primaleón* de 1524", en *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, 1955, pp. 165-173.
14. Bazán, Pedro. *El país de Cón (región andina), cumbre de la argentinidad*. Buenos Aires: Hachette, 1941.
15. *Biblia de Jerusalén*. Nueva edición revisada y aumentada. Bilbao: Desclee de Brouwer, 1975.
16. Bichakjian, Bernard H. "Romance lenition: thoughts on the fragmentary-sound-shift and the diffusion hypotheses", *Romance Philology*, XXXI, 2 (1977), 196-203.

17. Bickerton, D. "La metáfora como actualización de una potencialidad latente del signo: Prolegómenos a una teoría lingüística de la metáfora", en Thomas, Jean-Jacques - Delas, Daniel. *Poética generativa*. Buenos Aires: Hachette, 1989, pp. 88-99.
18. Bruyne, Edgar de. *Estudios de estética medieval*. Madrid: Gredos, 1959, 3 vols.
19. Cacho Blecua, Juan Manuel. *Amadís: heroísmo mítico cortesano*. Madrid: Cupsa Editorial, 1979.
20. Caldas Villar, Jorge. *Nueva Historia Argentina*. 4.ª ed. Buenos Aires: Editorial Juan Carlos Granda, 1975, 4 vols.
21. Casamiquela, Rodolfo. "Los gigantes patagones y la ciudad de los Césares", *Todo es Historia*, 447 (2007), 6-17.
22. Castiglione, Baltasar. *El cortesano*. Traducción castellana de Juan Boscán (1534). Buenos Aires: Espasa Calpe, 1945.
23. Chaunu, Pierre. "Les romans de chevalerie et la conquête du Nouveau Monde", *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*, X (1955), 216-228.
24. Cioranescu, Alejandro. "La conquista de América y la novela de caballerías", en *Estudios de literatura española y comparada*. La Laguna: Universidad de La Laguna, 1954, pp. 29-46.
25. Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*. 6.ª ed. Barcelona: Labor, 1985.
26. Cirlot, Victoria. "La estética de lo monstruoso en la Edad Media", *Revista de Literatura Medieval*, II (1990), 175-182.
27. Coomaraswamy, Ananda K. "Angel and Titan: an essay in Vedic ontology", *Journal of the American Oriental Society*, LV, 4 (1935), 373-419.
28. Corominas, Joan. Res. Rosenblat, Ángel. *El nombre de Venezuela*. - Deodat, L.S.M. *Alrededor del topónimo Patagonia*, *Hispanic Review*, XXV, 2 (1958), 167-168.
29. Corominas, Joan - Pascual, José A. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. 3.ª reimp. Madrid: Gredos, 1991, 6 vols.
30. Curtius, Ernst Robert. *Literatura europea y Edad Media latina*. México: F.C.E., 1955, 2 vols.
31. D'Arbois de Jubainville, H. *El ciclo mitológico irlandés y la mitología céltica*. Barcelona: Viasión Libros, 1981.
32. De Brosses, Charles. *Histoire des navigations aux terres australes*. Paris: 1756, vol. I.
33. *La demanda del Sancto Grial con los maravillosos fechos de Lanzarote y de Galaz su hijo*, en *Libros de caballerías. Primera parte: ciclos artúrico y carolingio*. A cargo de Adolfo Bonilla y San Martín. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1907, pp. 163-338.
34. Deodat, Leoncio S. M. "Alrededor del topónimo Patagonia" (Separata del Suplemento del n.º 24 de *Patagonia. Boletín de la Casa de la Patagonia*). Buenos Aires: Talleres Gráficos Continental, 1955.

35. Devoto, Giacomo. *Avviamento alla Etimologia Italiana*. Firenze: Le Monnier, 1968.
36. Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Edición de Carmelo Sáenz de Santa María. Introducción y notas de Luis Sáinz de Medrano. Barcelona: Planeta, 1992.
37. *Diccionario Enciclopédico Salvat*. Barcelona: Salvat Editores, 1986, 26 vols.
38. Doura, Miguel Armando. “Acerca del topónimo *Patagonia*, una nueva hipótesis de su génesis”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, LIX, 1 (2011), 37-78.
39. Eisenberg, Daniel. *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century. A bibliography*. London: Grant & Cutler, 1979.
40. Eisenberg, Daniel. *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*. Newark: Juan de la Cuesta, 1982.
41. Eliade, Mircea. *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*. Barcelona: Planeta-De Agostini, 1984.
42. Eliade, Mircea. *Mito y realidad*. 2.^a ed. Madrid: Guadarrama, 1973.
43. Eliade, Mircea. *Traité d’Histoire des Religions*. Préface de Georges Dumézil. Paris: Payot, 1953.
44. *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*. Barcelona: Espasa Calpe Editores, 1920, vol. XLII.
45. *The Encyclopaedia Britannica*. 11th ed. Cambridge: Cambridge University Press, 1911, vol. XX.
46. Fernández, César Aníbal. *Los nombres de la tierra patagónica*. Buenos Aires: Editorial Maitén, 2003.
47. Fernández, César Aníbal. “Patagonia: controversias y certezas sobre su significado”, en Neumann, Dora Beatriz (ed.). *Conferencias entre el viento y las palabras*: Trelew, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de la Patagonia, 2010, pp. 109-113.
48. Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias*. Asunción: Guaranía, 1944, vol. IV.
49. Figueiredo, Cândido de. *Novo Dicionário da Língua Portuguêsa*. 3.^a ed. Lisboa: Portugal-Brasil Limitada Sociedade Editora, 1922, 2 vols.
50. Filgueira Valverde, José. “Influencia de la literatura caballeresca en los conquistadores y en los cronistas de Indias”, *Enseñanza Media*, XXXVII (1959), 213-226.
51. Fletcher, Francis. *The World Encompassed by Sir Francis Drake, Being his Next Voyage to that to Nombre de Dios*. Ed. W.S.W. Vaux. London: Hakluyt Society, 1854.
52. Flores de la Flor, María Alejandra. “Los relatos de viaje al Océano Pacífico: el Estrecho de Magallanes y la leyenda de los patagones”, *Tiempos Modernos*, 28 (2014), en línea en www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/viewFile/367/408 (verificado el 30-01-2015).

53. Fogelquist, James Donald. *El Amadís y el género de la historia fingida*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1982.
54. Frisoni, Gaetano. *Dizionario Moderno Italiano-Spagnuolo e Spagnuolo-Italiano*. 2.^a ed. Milano: Ulrico Hoepli Editore, 1979, 2 vols.
55. García de Diego, Vicente. *Gramática histórica española*. 3.^a ed. Madrid: Gredos, 1981.
56. García Dini, Encarnación. "Per una bibliografia dei romanzi di cavalleria: edizioni del ciclo dei 'Palmerines'", en AA.VV. *Studi sul Palmerin de Olivia III. Saggi e Ricerche*. Pisa: Università di Pisa, 1966, pp. 5-44.
57. Gayangos, Pascual de. "Discurso Preliminar", en *Libros de caballerías*. Madrid: BAE, 1909, vol. XL, pp. iii-lxii.
58. Goldberg, Harriet. "The several faces of ugliness in Medieval Castilian Literature", *La Corónica*, VII, 2 (1979), 80-92.
59. González, Javier Roberto. "Amadís en su profecía general", *Letras*, 34 (1996), 63-85.
60. González, Javier Roberto. "Dos helenismos reivindicados en el *Cirongilio de Tracia* de Bernardo de Vargas", *Stylos*, 12 (2003), 45-73.
61. González, Javier Roberto. "La ideología profética del *Palmerin de Olivia*", *Letras*, 37 (1998), 53-81.
62. González, Javier Roberto. "Libros de caballerías en América", en *Amadís de Gaula 1508. Quinientos años de libros de caballerías*. Madrid: Biblioteca Nacional de España, 2009, pp. 369-382.
63. González, Javier Roberto. "Mal Hado-Malfado. Reminiscencias del *Palmerin de Olivia* en los *Naufragios* de Álgar Núñez Cabeza de Vaca", *Kañina. Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*, XXIII, 2 (1999), 55-66.
64. González, Javier Roberto. "De la novela a la historia: libros de caballerías y toponimia americana", en Beltrán Oscar H. *et alii* (eds.) *Contemplata Aliis Tradere. Miscelánea homenaje al Profesor Juan R. Courrèges en su 75º aniversario*. Buenos Aires: Dunken, 2007, pp. 175-187.
65. González, Javier Roberto. "Pautas para la caracterización del discurso profético ficcional como clase de texto: las profecías del *Palmerin de Olivia*", *Incipit*, XVIII (1998), 107-158.
66. González, Javier Roberto. "Realidad y deseo detrás de un bautismo: Magallanes y los patagones", en *Unidad y diversidad en América Latina: conflictos y coincidencias*. 2 vols. Buenos Aires: Centro de Graduados en Historia de la Universidad Católica Argentina, 2000, vol. I, pp. 55-69.
67. González, Javier Roberto. "Reflexiones sobre una metáfora fundante: Patagonia-patagones", en Maturo, Graciela (ed.) *El humanismo indiano. Letras coloniales hispanoamericanas del Cono Sur*. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina, 2005, pp. 129-140.

68. González, Javier Roberto. “El sistema profético en la determinación del *Palmerín-Primaleón* como unidad textual”, *Incipit*, XIX (1999), 35-76 (primera parte), XX-XXI (2000-2001), 81-118 (segunda parte).
69. González, Javier Roberto. “Los sueños proféticos del *Palmerín de Olivia* a la luz de los *Commentarii in Somnium Scipionis* de Macrobio”, *Stylos*, 7 (1998), 205-264.
70. González, Javier Roberto - González Bolia, Elsa - Lastra Paz, Silvia C. - Obligado, Rebeca. “Transformaciones del mito en los cuentos infantiles”, en *Actas del Segundo Coloquio Internacional de Literatura Comparada “El cuento” (Homenaje a María Teresa Maiorana)*, Buenos Aires: Universidad Católica Argentina, 1995, vol. II, pp. 293-297.
71. *La Gran Conquista de Ultramar*. Edición y notas de Pascual de Gayangos. Madrid: BAE, 1951.
72. Grimal, Pierre. *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona: Paidós, 1981.
73. Grimal, Pierre (dir.) *Mitologías de las estepas, de los bosques y de las islas*. 3.^a ed. Barcelona: Planeta, 1973.
74. Grimal, Pierre (dir.) *Mitologías. Del Mediterráneo al Ganges*. 3.^a ed. Barcelona: Planeta, 1973.
75. Groussac, Paul. “Toponymie historique des côtes de la Patagonie”, *Anales de la Biblioteca* (Bs.As.), VII (1912), 287-425.
76. Guevara, Antonio de. *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Edición y notas de M. Martínez de Burgos. Madrid: Espasa Calpe, 1915.
77. Hall, Robert A. “La non-lenizione nella Romània Occidentale”, *Romance Philology*, XXVIII, 4 (1975), 530-535.
78. Henderson, Joseph L. “Los mitos antiguos y el hombre moderno”, en Jung, Carl G. *et alii. El hombre y sus símbolos*. 4.^a ed. Barcelona: Caralt, 1984, pp. 103-156.
79. Hernández y Sánchez Barba, Mario. “La influencia de los libros de caballerías sobre el conquistador”, *Estudios Americanos*, XIX, 102 (1960), 235-256.
80. Herrera, Adolfo. *El duro*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1914, 2 vols.
81. Hopper, Vincent Foster. *Medieval number symbolism. Its sources, meaning, and influence on thought and expression*. New York: Cooper Square Publishers, 1969.
82. Imbelloni, José. *La segunda esfinge indiana. Antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos*. Buenos Aires: Hachette, 1956.
83. San Isidoro de Sevilla. *Etimologías*. Versión castellana e introducciones particulares de Luis Cortés y Góngora. Madrid: BAC, 1951. (cfr. Isidori Hispalensis Episcopi *Etymologiarum sive Originum Libri XX*. Recognovit brevique adnotatione critica instruxit W.M. Lindsay. Oxonii, E Typographeo Clarendoniano, 1911).
84. Jiménez de la Espada, M. *Relaciones geográficas de Indias*. Madrid: Ministerio de Fomento, 1897.

85. Juan Manuel. *Libro del caballero et del escudero*, en *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*. Recogidos e ilustrados por don Pascual de Gayangos. Madrid: BAE, 1884, pp. 234-257.
86. Kayser, Wolfgang. *Lo grotesco. Su configuración en pintura y literatura*. Buenos Aires: Nova, 1964.
87. Keen, Maurice. *La caballería*. Prólogo de Martín de Riquer. Barcelona, Ariel, 1986.
88. Kerson, A.L. - Alatorre, A. "Revista de revistas. *Hispanic Review*, tomo 20 (1952)", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, X, 2 (1956), 234-238.
89. Key, Marie Ritchie. "El significado de *Patagonia*", *Estudios Filológicos*, 37 (2002), 261-266.
90. Lacarra, María Jesús-Cacho Blecua, Juan Manuel. *Lo imaginario en la conquista de América*. Zaragoza: Comisión Aragonesa Quinto Centenario, 1990.
91. Lapesa, Rafael. *Historia de la lengua española*. Prólogo de Ramón Menéndez Pidal. 9.ª ed. corregida y aumentada. Madrid: Gredos, 1981.
92. Lausberg, Heinrich. *Lingüística Románica*. Madrid, Gredos, 1965, 2 vols.
93. Ledda, Giuseppina. "Note sul *Primaleón* o *Libro segundo del emperador Palmerín*", en AA.VV. *Studi sul Palmerín de Olivia III. Saggi e ricerche*. Pisa: Università di Pisa, 1966, pp. 137-158.
94. Lehmann-Nitsche, Robert. "El grupo lingüístico Tshon de los territorios magallánicos", *Revista del Museo de La Plata*, XXII (1913), 217-276.
95. Lehmann-Nitsche, Robert. "Toponimia patagónica", *La Nación*, Bs. As., 5 de agosto de 1923, 3.ª sec., p. 2.
96. Lenoir, Noël Pierre. *Historia del amor en Occidente*. Buenos Aires: Peuser, 1959.
97. Leonard, Irving A. *Los libros del conquistador*. 2.ª ed. México: F.C.E., 1979.
98. Levillier, Robert. *El Paititi, El Dorado y las Amazonas*. Buenos Aires, Emecé: 1979.
99. Lewis, C. S. *La alegoría del amor. Estudio sobre la tradición medieval*. Buenos Aires: Eudeba, 1969.
100. *Libro del Caballero Zifar*. Edición de Cristina González. 2.ª ed. Madrid: Cátedra, 1993.
101. *Libro del esforzado caballero don Tristán de Leonís y de sus grandes fechos en armas*, en *Libros de caballerías. Primera parte: ciclos artúrico y carolingio*. A cargo de Adolfo Bonilla y San Martín. Madrid: BAE, 1907, pp. 339-457.
102. Lida de Malkiel, María Rosa. "La dama como obra maestra de Dios", en sus *Estudios sobre la literatura española del siglo XV*. Madrid: Ediciones José Porrúa Turanzas, 1977, pp. 179-290.
103. Lida de Malkiel, María Rosa. "Fantasía y realidad en la conquista de América", en *Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso, en su cincuentenario (1923-1973)*. Buenos Aires, 1975, pp. 210-220.

104. Lida de Malkiel, María Rosa. "Para la toponimia argentina: Patagonia", en su *El cuento popular y otros ensayos*. Buenos Aires: Losada, 1976, pp. 91-97. (Originalmente en: *Hispanic Review*, XX, 1 (1952), 321-323).
105. López, Vicente Fidel. "Geografía histórica del territorio argentino", *La Revista de Buenos Aires*, t. XX, año VII, n.º 80 (1969), 608-640.
106. López de Ayala, Pero. *Libro de Poemas o Rimado de Palacio*. Edición crítica, introducción y notas de Michel García. Madrid: Gredos, 1978, 2 vols.
107. López de Gómara, Francisco. *Historia General de las Indias*, en *Historiadores primitivos de Indias*. Madrid: BAE, 1877, vol. XXII, pp. 155-294.
108. Luna, Félix (dir.) *Historia integral de la Argentina*. Buenos Aires: Planeta, 1995, 4 vols.
109. Llull, Ramón. *Libro de la Orden de caballería*. Ed catalán-castellano. Barcelona: Teorema, 1985.
110. Mancini, Guido. "Introducción al *Palmerín de Olivia*", en su *Dos estudios de literatura española*. Barcelona: Planeta, 1970, pp. 7-202.
111. Marchese, Angelo, Forradellas, Joaquín. *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. 2.ª ed. Barcelona: Ariel, 1989.
112. Marco Polo. *Viajes*. Traducción de María de Cardona y Suzanne Dobelmann. Barcelona: Planeta-De Agostini, 1995.
113. Marín Pina, María Carmen. "El ciclo español de los Palmerines", *Voz y Letra*, VII, 2 (1996), 3-27.
114. Marín Pina, María Carmen. *Edición y estudio del ciclo español de los Palmerines*. Tesis Doctoral. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1988. (Microfichas).
115. Marín Pina, María Carmen. "Los monstruos híbridos en los libros de caballerías españoles", en *Literatura Medieval* (Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval), Lisboa: Edições Cosmos, 1993, pp. 27-37.
116. Marín Pina, María Carmen. "Nuevos datos sobre Francisco Vázquez y Feliciano de Silva, autores de libros de caballerías", *Journal of Hispanic Philology*, XV, 2 (1991), 117-130.
117. Marín Pina, María Carmen. "El personaje y la retórica del nombre propio en los libros de caballerías españoles", *Tropelías*, 1 (1990), 165-175.
118. Marín Pina, María Carmen. "El tópico de la falsa traducción en los libros de caballerías españoles", en *Actas del Tercer Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*. Salamanca, 1989, vol. I, pp. 541-548.
119. Maritain, Jacques. *El orden de los conceptos. I: Lógica Menor (Lógica formal)*. Buenos Aires: Club de Lectores, 1962.
120. Marsilio Ficino. *Über die Liebe oder Platons Gastmahl*. Übersetzt von Karl Paul Hasse. Herausgegeben und eingeleitet von Paul Richars Blum. Lateinisch-Deutsch. Hamburg: Felix Meiner Verlag, 1984.

121. Mena, Juan de. *Obras completas*. Edición, introducción y notas de Miguel Ángel Pérez Priego. Barcelona: Planeta, 1989.
122. Menéndez Pelayo, Marcelino. *Orígenes de la novela*. Edición preparada por Enrique Sánchez Reyes. Santander: CSIC, 1943, vol. I.
123. Menéndez Pidal, Ramón. *Manual de gramática histórica española*. 18.^a ed. Madrid: Espasa Calpe, 1985.
124. Menéndez Pidal, Ramón. *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*. 7.^a ed. Madrid: Espasa Calpe, 1972.
125. Meyer Lübke, W. *Grammatica storica della lingua italiana e dei dialetti toscani*. 2.^a ed. Torino: Loescher Editore, 1985.
126. Meyer Lübke, W. “La sonorización de las sordas intervocálicas latinas en español”, *Revista de Filología Española*, XI, 1 (1924), 1-32.
127. Morales, Ramón. “Patagones y Patagonia: un caso de denominación epónima con una errónea atribución geográfica”, *Anales del Instituto de la Patagonia. Serie Ciencias Sociales*, 19 (1989-1990), 11-21.
128. Musters, George Chaworth. *Vida entre los patagones*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 1997.
129. Navarro y Lamarca, Carlos. *Compendio de la historia general de América*. Buenos Aires: Ángel Estrada, 1910, vol. I.
130. *The New Encyclopaedia Britannica*. 15th ed. Chicago: Encyclopaedia Britannica Inc., 1981, vol. XIII.
131. Norton, F. J. “The first edition of *Primaleón*, Salamanca 1512”, *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXVII, 1 (1960), 29-31.
132. Núñez Cabeza de Vaca, Álvaro. *Naufragios*. Edición, introducción y notas de Roberto Ferrando. Madrid: Cambio 16, 1992.
133. Olascoaga, Manuel José. *Topografía andina*. Buenos Aires: Peuser, 1901.
134. [Palmerín de Olivia]. *El libro del famoso e muy esforçado cavallero Palmerín de Olivia*. Texto crítico a cura di Giuseppe Di Stefano. Pisa: Università di Pisa, 1966.
135. Parker, Alexander A. *La filosofía del amor en la literatura española, 1480-1680*. Madrid: Cátedra, 1986.
136. Pastells, Pablo. *El descubrimiento del Estrecho de Magallanes. (En conmemoración del IV Centenario)*. Madrid: Rivadeneyra, 1920, 2 vols.
137. Pato, Enrique. “De nuevo sobre el origen de patagones > Patagonia” (2003), en línea en www.monografias.com/trabajos16/patagones/patagones.html (verificado el 18-10-2019).
138. Pei, Mario A. “Intervocalic occlusives in ‘East’ and ‘West’ Romance”, *The Romanic Review*, XXXIV, 3 (1943), 235-247.

139. Pérez de Guzmán, Fernán. “Coplas fechas por Fernán Pérez de Guzmán de vicios e virtudes”, en *Cancionero castellano del siglo XV*. Ordenado por R. Foulché-Delbosc. Madrid: BAE, 1912, vol. I, pp. 575-626.
140. Perrot, José de. “Il ‘Gran Patagone’ nel *Primaleone* e nei *Libri di Viaggio* di Pigafetta”, *Studi di Filologia Moderna*, I (1908), 290-291.
141. Petrarca, Francesco. *Obra completa en poesía*. Edición italiano-español. Traducción y prólogo de Atilio Pentimalli. 2.^a ed. Barcelona: Río Nuevo, 1980, 2 vols.
142. Pianigiani, Ottorino. *Vocabolario Etimologico della Lingua Italiana*. 4.^a ed. La Spezia, Fratelli Melita Editori, 1991.
143. Pierce, Frank. *Amadís de Gaula*. Boston: Twayne Publishers, 1976.
144. Pigafetta, Antonio. *Primer viaje en torno del globo*. Versión castellana de Federico Ruiz Morcuende. 2.^a ed. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1943. (Cfr. Pigafetta, Antonio. *Primo viaggio intorno al globo terracqueo*. Ed. Carlo Amoretti. Milano: Biblioteca Ambrosiana, 1800).
145. *Platir* (Valladolid, Nicolás Tierri, 1533). Edición de María Carmen Marín Pina. Alcalá: Centro de Estudios Cervantinos, 1997.
146. Platón. *El Banquete. Fedón. Fedro*. Traducción del griego de Luis Gil. Buenos Aires: Hyspamérica, 1983.
147. C. Plini Secundi *Naturalis Historiae Libri XXXVII*. Edidit Carolus Mayhoff. Stutgardiae, in aedibus B. G. Teubneri, 1967, 6 vols.
148. *Poema de Mio Cid*. Edición, introducción y notas de Ramón Menéndez Pidal. 15.^a ed. Madrid: Espasa Calpe, 1980.
149. [Primaleón]. *Libro segundo del emperador Palmerín en que se recuentan los grandes e hazañosos fechos de Primaleón e Polendus, sus fijos, e octros buenos cavalleros estrangeros que a su Corte vinieron*. Salamanca, 1512. [Cambridge, F.151.b.88].
150. *Primaleón*. (Salamanca, 1512). Edición de María Carmen Marín Pina. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1998.
151. Propp, Vladimir. *Morfología del cuento*. 5.^a ed. Madrid: Fundamentos, 1981.
152. Propp, Vladimir. “Las transformaciones de los cuentos fantásticos”, en Todorov, Tzvetan. *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. México: Siglo XXI, 1987, pp. 177-198.
153. Pseudo Dionisio Areopagita. *Obras completas*. Edición preparada por Teodoro H. Martín. Madrid: BAC, 1990.
154. Real Academia Española. *Diccionario de Autoridades*. Edición facsímil. Madrid: Gredos, 1963, 3 vols.
155. Reynolds, Winston A. “Los caballeros soberbiosos del *Amadís*”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 350 (1979), 387-393.
156. Riquer, Martín de. *Caballeros andantes españoles*. Madrid: Espasa Calpe, 1967.

157. Riquer, Martín de. "California", en *Homenaje al profesor Antonio Vilanova*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1989, vol. I, pp. 581-599.
158. Rodríguez de Montalvo, Garci. *Amadís de Gaula*. Edición de Juan Manuel Cacho Blecuá. Madrid, Cátedra, 1897-1988, 2 vols.
159. [Rodríguez de Montalvo, Garci.] *Las sergas del muy esforzado caballero Esplandián*, en *Libros de caballerías*. Edición de Pascual de Gayangos. Madrid: BAE, 1909, pp. 403-561.
160. Rodríguez Prampolini, Ida. *Amadises de América. La hazaña de Indias como empresa caballeresca*. 2.^a ed. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1977.
161. Rosa, José María. *Historia Argentina. Tomo I: Los tiempos españoles (1492-1805)*. Buenos Aires: Editorial Oriente, 1974.
162. Rosenblat, Ángel. "La primera visión de América", en su *La primera visión de América y otros estudios*. Caracas: Departamento de Publicaciones (Colección Vigilia), 1969, pp. 13-38.
163. Sáenz, Alfredo. *La caballería*. 3.^a ed. revisada y corregida. Buenos Aires: Gladius, 1991.
164. Sánchez, Alberto. "Los libros de caballerías en la conquista de América", *Anales Cervantinos*, VII (1958), 237-260.
165. San Pedro, Diego de. *Obras*. Edición, prólogo y notas por Samuel Gili y Gaya. Madrid: Espasa Calpe, 1950.
166. Schevill, Rudolph. "La novela histórica, las crónicas de Indias, y los libros de caballerías", *Revista de las Indias*, 59-60 (1943), 173-196.
167. Sebastián Yarza, Florencio I. *Diccionario Griego-Español*. Barcelona: Sopena, 1972.
168. Spegazzini, Carlos. "Costumbres de los patagones", *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, XVII (1884), 221-240.
169. Storni, Julio S. *Interpretación de algunas voces indígenas*. Tucumán: Editorial La Raza, 1939.
170. Suárez Pallasá, Aquilino. "C. Asinius Pollio en el *Amadís de Gaula*", *Stylos*, 3 (1994), 173-178.
171. Suárez Pallasá, Aquilino. "Atталus, maestro de Séneca, en el *Amadís de Gaula*", *Stylos*, 6 (1997), 27-77.
172. Suárez Pallasá, Aquilino. "Estratificación de la onomástica del *Amadís de Gaula*", en *Studia Hsipanica Medievalia III. Actas de las Cuartas Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval*. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina, 1993, pp. 189-198.
173. Suárez Pallasá, Aquilino. "Gwynedd en el *Amadís de Gaula*", en *Studia Hispanica Medievalia IV. Actas de las Quintas Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval*. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina, 1996, pp. 272-284.

174. Suárez Pallasá, Aquilino. “La Ínsula Firme del *Amadís de Gaula*”, en *Studia Hispanica Medievalia II. Actas de las Terceras Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval*. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina, 1990, pp. 89-97.
175. Suárez Pallasá, Aquilino. “Del Mandubracius del *De Bello Gallico* de C. Julio César al Endriago del *Amadís de Gaula*”, *Stylos*, 4 (1995), 91-134; 5 (1996), 5-79.
176. Suárez Pallasá, Aquilino. *La onomástica personal masculina del Amadís de Gaula*. Investigación inédita, 186 pp.
177. Suárez Pallasá, Aquilino. “Sobre la evolución de -nn-, -nw- y -w- interiores intervocálicos en la onomástica personal del *Amadís de Gaula*”, *Revista de Filología Española*, LXXVII, 3/4 (1997), 281-320.
178. Suárez Pallasá, Aquilino. “Sobre un lugar del *Vallum Antonini* en el *Amadís de Gaula*. El Ms. CCC 139 de la *Historia Britonum* como fuente del *Amadís de Gaula* primitivo”, *Stylos*, 7 (1998), 6-21.
179. *Textos medievales de caballerías*. Edición de José María Viña Liste. Madrid: Cátedra, 1993.
180. Thomas, Henry. *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas*. Madrid: CSIC, 1952.
181. Thomas, Jean-Jacques. “La metáfora: la imagen y la fórmula”, en Thomas, Jean-Jacques - Delas, Daniel. *Poética generativa*. Buenos Aires: Hachette, 1989, pp. 131-152.
182. Torreblanca, Máximo. “La sonorización de las oclusivas sordas en el habla toledana”, *Boletín de la Real Academia Española*, LVI, 207 (1976), 117-145.
183. Torre Revello, José. “Lecturas indianas (siglos XVI-XVIII)”, *Thesaurus (Boletín del Instituto Caro y Cuervo)*, XVII, 1 (1962), 1-29.
184. Tovar, Antonio. “Sobre la cronología de la sonorización y caída de intervocálicas en la Romania Occidental”, en *Homenaje a Fritz Krüger*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, vol. I, pp. 9-15.
185. Vidal de Battini, Berta Elena. “Patagonia. Nombre de una región argentina”, *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, XL, 155-156 (1975), 141-162.
186. *Voz y Letra. Revista de Literatura*. Madrid: Arco Libros, VII/1 y VII/2 (1996).
187. Walsh, John K. “The chivalric dragon: hagiographic parallels in early Spanish romances”, *Bulletin of Hispanic Studies*, LIV, 3 (1977), 189-198.
188. Zweig, Stefan. *Magallanes. La aventura más audaz de la humanidad*. 2.^a ed. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1938.

ÍNDICE

PREFACIO A LA PRESENTE EDICIÓN	3
PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN	5
A. DISTINTAS EXPLICACIONES DEL TOPÓNIMO <i>PATAGONIA</i>	7
A.I. Antonio Pigafetta	7
A.II. La ilusión de los pies grandes	9
A.III. La ilusión indigenista	15
A.IV. La tesis de Leoncio S. M. Deodat	18
A.IV.1. Exposición.....	18
A.IV.2. Refutación.....	21
A.V. La tesis de María Rosa Lida.....	25
A.VI. Recepción y discusión de la tesis de Lida	27
A.VI.1. Recensiones, ecos y aprobaciones	27
A.VI.2. Los reparos del Sr. Deodat.....	29
A.VI.3. José Imbelloni y Marcel Bataillon	36
B. LOS PATAGONES Y EL GRAN PATAGÓN DEL <i>PRIMALEÓN</i>	41
B.I. Los conquistadores de América y los libros de caballerías.....	41
B.II. El <i>Primaleón</i> y el Gran Patagón	47
B.III. Motivos mítico-literarios y doctrinales en los episodios del Gran Patagón	58
B.III.1. Configuración física del Gran Patagón.....	58
B.III.2. Configuración moral del Gran Patagón	60
B.III.3. El combate del héroe y el monstruo	62
B.III.4. La bella y la bestia	69
B.III.5. El Patagón regenerado	77
B.IV. Analogías entre el Gran Patagón y los patagones de Bahía San Julián	79
B.V. Reivindicación y enmienda de la tesis de María Rosa Lida	86
B.VI. El origen del origen.....	91

C. <i>ADDENDA</i> A LA PRESENTE EDICIÓN.....	99
C.I. Ilusiones persistentes.....	99
C.II. Malas lecturas.....	104
C.III. Más hipótesis sobre el origen del origen	108
OBRAS CITADAS.....	117
ÍNDICE.....	129

JAVIER ROBERTO GONZÁLEZ

(Buenos Aires, 29/11/1964)

Profesor (1988), Licenciado (1992) y Doctor en Letras (1995) por la Universidad Católica Argentina, egresado con Medalla de Oro (1988) y el Premio de la Academia Argentina de Letras (1988). Becario (1990-1997) y Miembro de la Carrera de Investigador Científico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina, CONICET (1997), en la categoría Investigador Independiente (2011). Miembro de Número de la Academia Argentina de Letras (2019). Miembro Correspondiente de la Real Academia Española (2019). En la Universidad Católica Argentina se ha desempeñado como Director del Centro de Estudios de Literatura Comparada (2006-2012), Director del Doctorado en Letras (2011-2012), Director del Departamento de Letras (2006-2018), y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras (2012-2018), donde reviste actualmente como Profesor Titular Ordinario de las asignaturas Literatura Española Medieval e Historia de la Lengua Española, y como Director de la revista *Letras*. Se ha desempeñado también como docente en la Universidad Nacional de Buenos Aires y en la Universidad de Morón (Argentina), y como profesor invitado en las Universidades Nacionales de Cuyo, del Nordeste y de la Patagonia (Argentina), en la Universidad Católica “Sedes Sapientiae” de Lima (Perú), en la Universidad Nacional de Bogotá (Colombia), en la Universidad Gabriela Mistral (Santiago de Chile), en la Universidade de São Paulo (Brasil), en la Universidade de Brasília (Brasil), en la Universidad de Zaragoza (España), en l’Istituto Universitario Sophia (Firenze, Italia), en l’Università Vita-Salute San Raffaele (Milano, Italia), y en l’Université Paris III Sorbonne Nouvelle (Francia). Es autor de más de ciento cuarenta trabajos de investigación publicados en volúmenes y revistas académicas de Europa, ambas Américas y Asia, mayormente encuadrados en el área de la filología hispánica medieval y del siglo XVI. Ha publicado los libros *Patagonia-patagones: orígenes novelescos del nombre* (Rawson, Argentina, 1999), *Cirongilio de Tracia de Bernardo de Vargas. Guía de lectura* (Alcalá de Henares, España, 2000), la edición de este mismo libro de caballerías (Alcalá de Henares, España, 2004), *Plegaria y profecía. Formas del discurso religioso en Gonzalo de Berceo* (Buenos Aires, 2008), *Los Milagros de Berceo: alegoría, alabanza, cosmos* (Buenos Aires, 2013), y *Don Quijote y Martín Fierro: muerte y transfiguración del heroísmo* (Alcalá de Henares, España, 2016). Ha coordinado los volúmenes colectivos *Visiones de Sarmiento* (junto a Miguel Ángel De Marco, Buenos Aires, 2010) y *Borges-Francia* (junto a Magdalena Cámpora, Buenos Aires, 2011). Como dramaturgo, ha publicado *Dido y Eneas* (Buenos Aires, 1995), y estrenado esta obra (Teatro Nacional Cervantes, 1995), *Medea* (Teatro Colonial, 1989), y *La declaración de Electra* (Teatro Argentores, 1997); esta última obra fue asimismo distinguida en 1994 con el Premio Nacional de Teatro otorgado por la Sociedad General de Autores de la República Argentina.



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE